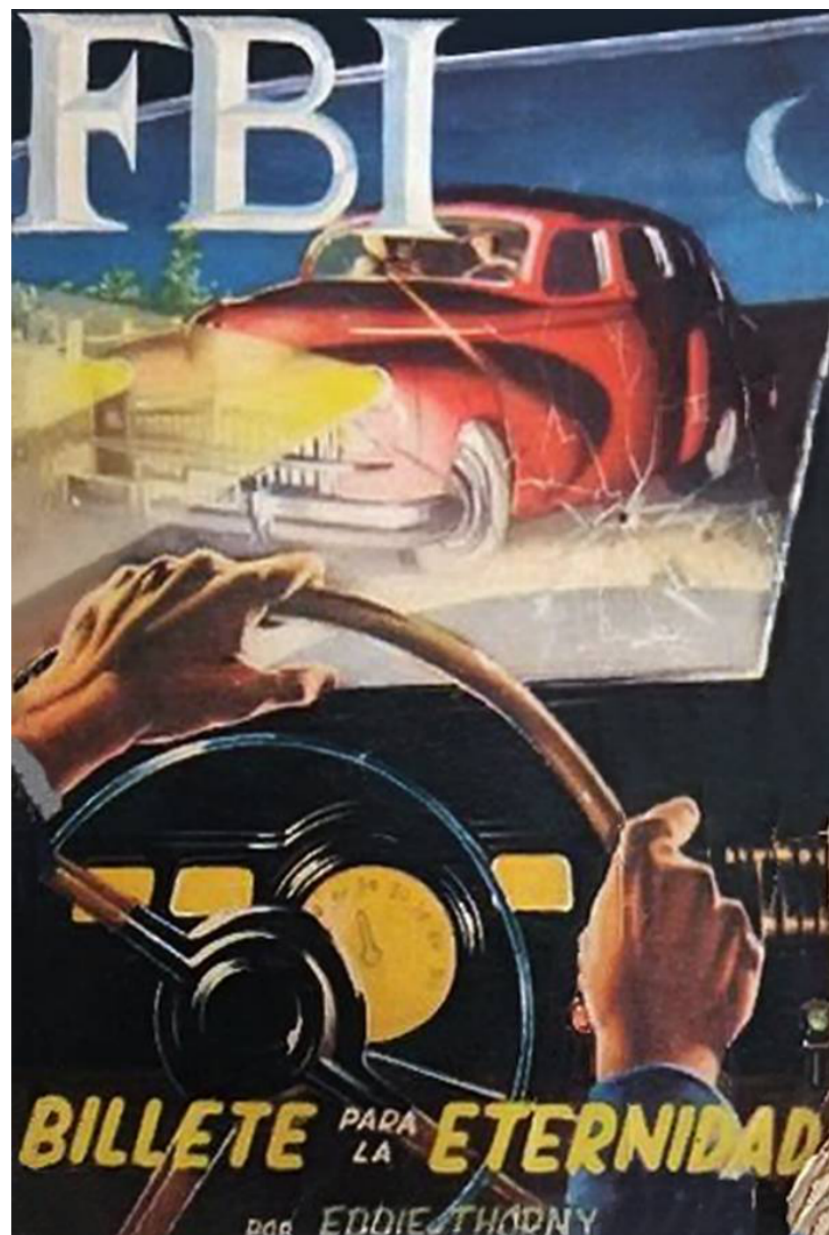




EDDIE THORNY

BILLETE PARA LA ETERNIDAD



EDDIE THORNY

BILLETE PARA LA ETERNIDAD



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1952
PRINTED IN SPAIN



San Bernardo, 68.—MADRID

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1)
2. La hora gris (4.ª ed.) (1)
3. El rey del Hampa (4.ª ed.) (2)
4. El cobarde (3.ª ed.) (1)
5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3)
6. Contra Scotland Yard (3.ª edición) (1)
7. Su alteza el ladrón (2.ª edición) (2)
8. La ruta de la locura (2.ª ed.) (3)
9. A la ofensiva (2.ª ed.) (4)
10. La redada (2.ª ed.) (5)
11. Shanghai (3.ª ed.) (1)
12. Guerra de gangsters (2.ª edición) (2)
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5)
14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6)
15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7)
16. Tànger (3.ª ed.) (1)
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5)
18. Tragedia en Berlín (2.ª ed.) (4)
19. Alta traición (2.ª ed.) (2)
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1)
21. El delator (6)
22. Armonías de muerte (3)
23. Destinos cruzados (1)
24. Persecución (5)
25. Una ciudad abierta (4)
26. Horas trágicas (7)
27. La muerte alada (3)
28. Doctor X (1)
29. El coloso de hierro (6)
30. Trampas mortales (5)
31. Contrabando funesto (5)
32. Nueva York-San Francisco (7)
33. Entre rejas (1)
34. Muerte en el Caribe (6)
35. Secuestro (5)
36. El dueño del mundo (4)
37. Hermano contra hermano (7)
38. Filibusteros modernos (2)
39. Palestina en llamas (3)
40. La ley del terror (8)
41. A la desesperada (5)
42. La promoción de la muerte (6)
43. Tinieblas (1)
44. Espías en la noche (2)
45. Fidelidad (6)
46. Sin cuartel (7)
47. Armour, expulsado (7)
48. La huida de Varka (3)
49. La Maffia (1)
50. Alaska, final de ruta (8)
51. Tras el telón de acero (6)
52. Gangsters de guante blanco (9)
53. ¡Acusado! (7)
54. Misterio en Viena (5)
55. El genio del mal (6)
56. Hombres armados (10)
57. Pavorosa elección (5)
58. La bestia escarlata (3)
59. Huellas de ultratumba (11)
60. S. O. S. (8)
61. Billetes malditos (3)
62. Camino de perdición

63. Camaradas enemigos (3)
 64. A la deriva (6).
 65. ¡Odio! (1).
 66. Cita de madrugada (3)
 67. «Killer» a sueldo (5).
 68. Muerte en el atardecer (4)
 69. Loup-Garou (3).
 70. Punto final (5).
 71. ¡Mirad a las sombras! (3)
 72. Entre esas brumas... (5).
 73. Tortura (13).
 74. El confidente (3)
 75. ¡Terror! (5).
 76. El final de Rocco (5).
 77. El vengador negro (1).
 78. ¡Código! (8).
 79. Sentenciado (6).
 80. Secreto de Estado (4).
 81. Alias «Lugger» (5).
 82. Hora «D» (3).
 83. Carne de horca (4).
 84. Tráfico mortal (8).
 85. Jack el Invencible (1).
 86. Rastros perdidos (6).
 87. Contrato siniestro (3).
 88. Traición sangrienta (14).
 89. Al borde del abismo (5).
 90. Crimen y justicia (1).
 91. Hombres sin alma (3).
 92. ¡Sabotaje! (8).
 93. La marca trágica (5).
 94. Misión suicida (4).
 95. Lucha a muerte (5).
 96. Rebelión (3).
 97. Hampa de frac (1).
 98. Caza mayor (4).
 99. La muerte falsifica dólares (15).
 100. Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición.)
 101. De Harvard a Quantico (16).
 102. El asfalto es rojo (5)
 103. Tragedia en Chinatown (14).
 104. Soborno (3)
 105. Vida en deuda (17).
 106. Aguas turbulentas (4).
 107. La araña verde (8).
 108. Contraespías (18).
 109. Noches de Nueva York (5).
 110. ¡Aniquilados! (19).
 111. La risa sardónica (3)
 112. Chantaje (4).
 113. Canon de protección (20).
 114. El misterio de los locos del aire (21).
 115. El hombre de Whitechapel (5).
 116. Al llegar la noche (8).
 117. Ciudad vertical (22).
 118. Hombres y bestias (1).
 119. La máscara (3).
 120. Destino manda (23).
 121. Sin esperanza (4).
 122. La tela de araña (24).
 123. Una sombra... (5).
 124. Sin nada que perder (4).
 125. Fidelidad, Bravura, Integridad (3).
 126. La ciudad prohibida (2).
 127. Fatalidad (5).
 128. Escalera de color (18).
 129. La muerte blanca (15).
 130. Ojo siniestro (3).
 131. El espectro del pasado (25).
 132. Club nocturno (8).
 133. Persiguiendo cadáveres (26).
 134. Erisión de oro (4).
 135. Pasión inmortal (1).
 136. ¿Volverá O'Regan? (5).
 137. Cubil de alimañas (17).
 138. La aventura de Harris (3).
 139. Ratas del puerto (27).

EN PREPARACION:

El triunfo de los mejores.

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz. | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Grey. |
| (2) Fred Baxter. | (11) Thomas Settee. | (19) Edgar Ford. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nebot. | (20) Andre O'Sun. |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wanton. | (21) Feti Marty. |
| (5) O. C. Tavin. | (14) F. N. Gray. | (22) Dana Yoneil. |
| (6) Alar Benet. | (15) Robert Deaf. | (23) Al Gallard. |
| (7) A. G. Murphy. | (16) Alan Carson. | (24) Chester King. |
| (8) Lewis Haroc. | (17) Alu Cortrea. | (25) Joseph Tell. |
| (9) J. L. Morris. | | (26) Ned Ryman. |

I

DERROTAS INEXPLICABLES



A primera gran sorpresa la constituyó el resultado del Great Optional, corrido en el famoso hipódromo de Saratoga Spring. La carrera había despertado enorme expectación en todos los Estados del Este. Aunque eran quince los caballos que tomaban la salida, el interés se centraba en dos: «Hyperion» y «Pharsalia». «Hyperion» era el purasangre más famoso que jamás corrió en una pista americana; «Pharsalia», un «*crack*» inglés, aureolado por su reciente victoria en el Derby, que durante los entrenamientos había logrado tiempos que se consideraban imposibles de batir.

La carrera en que se enfrentaban ambos era considerada como

una lucha por la hegemonía hípica entre Inglaterra y los Estados Unidos. Aunque los técnicos daban como favorito al caballo británico, la mayoría del público, un poco por patriotismo y otro poco porque «Hyperion» no había conocido la derrota en las treinta pruebas en que había intervenido, se inclinaban por éste. De cualquier forma, las apuestas —que alcanzaban a varios millones de dólares, no sólo en las taquillas del propio hipódromo, sino en las oficinas de apuestas de Nueva York, Filadelfia, Washington, Jersey City y Chicago—, estaban bastante equilibradas. Entre los dos favoritos, naturalmente, que los otros trece iban totalmente descargados. «Apostar por ellos sería un fabuloso negocio si llegasen a triunfar —escribía uno de los críticos deportivos la víspera de la carrera—; pero, naturalmente, no hay la menor posibilidad de que tal cosa ocurra. Tendría que producirse un milagro, y los milagros no son cosas de nuestro tiempo ni los hipódromos el lugar más adecuado para que se produzcan».

Sin embargo, el milagro se produjo. Veinte mil espectadores que se agolpaban en las tribunas del Saratoga Hippodrome y dos millones de curiosos que siguieron la carrera a través de sus aparatos de televisión, pudieron presenciar el prodigio. Si en un principio, y conforme a todas las previsiones, «Hyperion» y «Pharsalia» se colocaron en cabeza, en la recta final ambos aflojaron el paso, y un caballo, con el que nadie contaba, «Winner», logró adelantárseles, ganando por medio cuerpo.

Cuatro días más tarde, el público sufrió una nueva sorpresa deportiva. En la semifinal del campeonato de fútbol americano, Notre Dame aplastó a Cardinals, contra todas las previsiones y pese a que a la mitad del partido iba perdiendo por nueve puntos de diferencia. Veinticuatro horas después se produjo la inesperada —«increíble», según el calificativo de un crítico neoyorquino— derrota de los Yankees a manos de sus eternos rivales los Dodgers, en la Liga Mundial de Base-Ball.

Cardinals y Yankees eran claros favoritos en las apuestas cruzadas. Quienes apostaron por sus contrarios obtuvieron ganancias extraordinarias.

—Aunque en el deporte es posible todo —decía el teniente Parsons, de la Policía neoyorquina, hablando con uno de sus jefes

—, hay cosas que sobrepasan todo lo imaginable. No estuve en Saratoga ni entiendo mucho de carreras de caballos; pero sí presencié la partida entre Dodgers y Yankees, llevo veinte años viendo jugar al

«base-ball»,

fui en mis tiempos un buen «*pitcher*» y me jugaría sin vacilaciones el sueldo de un año a que los Yankees no debieron ser vencidos.

—¿Cómo explica que lo fueran y por un tanteo tan escandaloso?

—De ninguna manera limpia y deportiva —repuso Parsons—. Hubo algo muy raro y no me extrañaría que los caballeros del «racket» estuvieran mezclados en ello. Si se produjese una nueva sorpresa...

—¿En qué está pensando, teniente?

—En lo que sucedería si Bod Lemon venciera pasado mañana a Sandy Peters.

—Eso no puede ocurrir de ninguna manera. Creo que el «manager» de Lemon ha cometido el a mayor error de su vida al enfrentar al muchacho con Peters. El negro jugará con él hasta dejarle tirado por más de la cuenta. Bien administrado, Bob habría podido ir muy lejos; así, lo más probable es que no se reponga nunca de la paliza que va a darle Sandy.

—Pues yo empiezo a sospechar que será Lemon el ganador.

—¿Por qué?

—Porque las apuestas están en favor del negro en la proporción de diez a uno. Veremos si me equivoco.

La pelea entre Sandy Peters y Bod Lemon había despertado un interés extraordinario, y no sólo porque en la contienda se ventilaba el título mundial de los grandes pesos. Bod Lemon gozaba de todas las simpatías, mientras su contrincante —un negro excéntrico, camorrista, fanfarrón y provocativo— había tenido la rara habilidad de concitar contra sí todos los odios.

Bod era blanco, y Sandy, negro; Bob había marchado como voluntario a Corea en los primeros días de la guerra, resultando herido y siendo condecorado por su heroísmo en el frente de batalla; mientras Sandy, que ganaba dinero en cantidades exorbitantes, había cometido la torpeza de negarse a participar en una velada de boxeo destinada a recaudar fondos para agasajar a los soldados, a menos que le pagasen por anticipado veinticinco mil

dólares.

El combate atrajo una multitud que llenó por completo las inmensas graderías del Yankee Stadium. Al iniciarse la pelea, todos los corazones deseaban la victoria de Bob; pero como el dinero debe defenderse con la cabeza, las apuestas se inclinaban por abrumadora mayoría del lado de su contrincante.

Los tres primeros «*rounds*» transcurrieron en la forma que los técnicos habían previsto. Bob Lemon atacó desde el comienzo con ímpetu salvaje, tratando de conseguir una decisión por la vía rápida. Pero Sandy Peters probó, una vez más, su madera de auténtico campeón. Con un limpio juego de piernas y cintura, esquivó la mayor parte de los golpes de su contrincante, al tiempo que asestaba otros, que frenaban la acometida de su adversario. Con indudable valentía, Bob tornaba una y otra vez a la carga; pero, una y otra vez, el negro acumulaba puntos e iba paso a paso ablandando la resistencia de Lemon, en preparación del golpe definitivo.

Muchos creyeron que el combate llegaba a su final en el cuarto asalto, cuando Sandy alcanzó a su contrincante con un limpio «uppercut», que le lanzó a la lona por la cuenta de siete. El blanco se levantó totalmente «groggy» y flotó por el «*ring*» hasta que la campana señaló el final del «*round*». Un locutor que estaba radiando el partido, comentó entonces:

—Peters ha podido terminar con Lemon. Si no le ha rematado en este asalto es porque tiene la seguridad absoluta de hacerlo en el siguiente.

Expresaba, con claridad meridiana, lo que pensaban y sentían los sesenta mil espectadores que presenciaban el combate. Para todos ellos fue una sorpresa el desarrollo del quinto «*round*».

Sandy, al que los aficionados conocían con los expresivos remos de «Matarife» y del «Asesino de Harlem», no tenía por costumbre dar cuartel a sus enemigos; por el contrario, procuraba acabar con ellos en el menor tiempo posible. Cuando su adversario se había visto en dificultad para concluir un asalto, el negro iniciaba el que le seguía con un ataque implacable para asegurarse la victoria. En este caso, sin embargo, no ocurrió así. Lejos de atacar desde que sonó la campana se limitó a dar vueltas en torno a Bob, cayó en la ingenuidad de aceptar los cuerpo a cuerpo del blanco y le dio tiempo sobrado para reponerse.

—Da la impresión de que quiere prolongar la pelea —dijo a sus oyentes el mismo locutor de la NWD—, seguro de que la victoria no puede escapársele.

Pero en el sexto asalto la decoración cambió por completo. Repentinamente, por causas que nadie acertaba a explicarse, Sandy Peters parecía haber perdido parte de su agilidad y fortaleza. Ni esquivaba con la misma habilidad de cinco minutos antes los golpes de su adversario ni pegaba con su acostumbrada precisión y dureza. Mientras Lemon se crecía por segundos, el negro se achicaba.

—¡Duro con él, Bob! ¡Todavía puedes ganar!

Ni sus más entusiastas partidarios se atrevían a esperar lo que ocurrió en el séptimo «round». Sandy salió de su rincón, pálido, desencajado, con una mirada de angustia y terror en los ojos. Alguien llegó a afirmar que le temblaban las piernas y acaso no se apartara mucho de la verdad. A los primeros golpes de Bob, bajó incomprensiblemente su guardia, ofreciendo el mentón a los puños de su contrincante. No faltó entonces quien pensase en cualquier argucia del negro que ofrecía su rostro como cebo para hacer caer al blanco en una trampa; pero, como los hechos no tardaron en demostrar, quienes así pensaban se equivocaban de medio a medio.

Lemon aprovechó con acierto la oportunidad que se le ofrecía. Lanzando con rapidez sus puños alcanzó una y otra vez la mandíbula de Peters. El negro ni siquiera intentó cubrirse. Aguantó sin moverse los primeros golpes de su adversario hasta que uno más violento y preciso le mandó rodando sobre la lona. Ni aun entonces creyó nadie que el combate hubiese llegado a su final. Aunque castigado con eficacia, Sandy no parecía tan acabado como para no intentar incorporarse. Su mismo rival, apartado por el «referee», seguía atento y vigilante la cuenta del árbitro, dispuesto a caer de nuevo sobre el negro tan pronto como se pusiera en pie. Pero Peters ni siquiera lo intentó. En medio de un silencio impresionante, el árbitro seguía contando:

—¡Ocho!... ¡Nueve!... ¡Y diez!

Un clamoreo ensordecedor acogió el final. Muchos se restregaban, incrédulos, los ojos, negándose a creer lo que acababan de presenciar.

¡Sandy Peters batido por «knock-out»! ¡Bob Lemon, proclamado campeón del mundo de los grandes pesos! Mientras el ganador

saludaba con los brazos en alto, los segundos del vencido le alzaban del suelo conduciéndole a su rincón.

Receloso desde antes de iniciarse la pelea, el teniente Parsons había seguido, con extrema atención, su desarrollo desde el borde mismo del «ring». No perdió el menor detalle y hubo muchas cosas que se le antojaron inexplicables; por lo menos, desde un punto de vista exclusivamente deportivo. Era evidente que Sandy Peters demostró una clara y patente superioridad, que tuvo la pelea ganada al final del cuarto asalto y que se dejó vencer deliberadamente en el séptimo. Más aún: cuando el negro permaneció en el suelo durante los diez segundos fatídicos no había perdido el conocimiento. Si no se levantó para continuar la lucha, estando en perfectas condiciones de hacerlo, fue porque no le dio la gana.

¿Un «tongo» vulgar y corriente? Parsons no lo creía. Nadie se presta a un «tongo» cuando la simulación puede costarle el título mundial de la categoría máxima del boxeo. Aparte del honor que representa, ser campeón de los grandes pesos significa medio millón de dólares seguros a los que un individuo interesado como Sandy no renunciaría fácilmente. Aparte de que el negro, a cambio de sus muchos defectos, tenía la virtud de proceder siempre con la máxima honestidad deportiva. Ni había aceptado jamás ningún acuerdo previo ni consentía que sus rivales estuvieran en pie un segundo más del tiempo que precisaba para derribarlos.

Bastaba verle la cara al bajar del «ring» con dirección a los vestuarios, para convencerse de que la derrota le había dolido profundamente. Y no eran lo más expresivo las lágrimas que le corrían por las mejillas, sino el ligero temblor de sus piernas y el aire de terror, puramente animal, que brillaba en sus pupilas cuando miraba en torno suyo como temeroso de que cualquiera pudiese acercársele en el instante más inesperado para meterle unos cuantos balazos entre pecho y espalda.

—Indudablemente —murmuró Parsons— es ésa la explicación. Y tuvo que ser aquel tipo quien le amenazó.

Al finalizar el tercer «round» había visto a un individuo alto, corpulento, de nariz aplastada y frente estrecha, cambiar algunas palabras en tono agitado y violento con el preparador de Sandy. Más tarde, en el descanso entre el cuarto y el quinto asalto, el

mismo sujeto, camuflado entre los segundos del negro, simuló dar aire al campeón mientras disimuladamente deslizaba unas breves frases en sus oídos. Parsons advirtió que el rostro de Peters experimentaba entonces una completa mutación y que cuando de nuevo se enfrentó con su adversario había dejado de ser un vencedor seguro para convertirse en una sombra de sí mismo.

—Me gustaría saber lo que le dijo aquel tipo.

La cara del individuo no le resultaba totalmente desconocida. Haciendo un esfuerzo logró recordar su nombre y antecedentes. Era un tal Ted Allen Campbell, antiguo y fracasado boxeador, mezclado más tarde en turbias actividades, detenido tres veces y condenado una como miembro de un pequeño «gang» del Bowery que explotaba diversas casas de juego e intervenía en negocios de «protección». Pero cuando quiso buscarle, resultó ya demasiado tarde. Al finalizar el combate, Ted se alejó del «ring», mezclándose con la multitud que iba desalojando el Yankee Stadium.

—Le buscaré mañana. Ahora quizá pueda sacar algo al amigo Vic o al propio Sandy.

Vic Mantle, «manager» del negro, era un viejo conocido suyo. De parecida edad, nacidos y criados ambos en Brooklyn, aficionados a los deportes en los días ya un tanto lejanos de su juventud, habían charlado en tono amistoso algunas veces y discutido con vehemencia muchas más. Mientras para Parsons el deporte no pasó de ser una distracción y un medio de conservarse ágil y fuerte. Vic lo transformó, desde el principio en su «*modus vivendi*». Había dado bastantes tumbos y no siempre se comportó con absoluta decencia, hasta que tuvo la suerte de descubrir a Sandy Peters y pudo permitirse el lujo —para él, por lo menos, lo fue durante cierto tiempo—, de comportarse con rectitud y decencia.

—Volviste a las andadas, ¿eh, Vic? Te creí regenerado, pero el «tongo» de esta noche.

Mantle protestó acalorado. La pelea no había sido un «tongo». ¿Qué podía ganar? Por mucho dinero que le ofreciese Bob Lemon, siempre perdería más con la derrota de Sandy. Si había conseguido el sueño acariciado durante tantos años de tener en sus manos un campeón del mundo, no lo iba a tirar por la ventana. Y menos a cambio de nada.

—¿Olvidas que las apuestas estaban diez a uno en favor de

Peters?

—¿Y cree que yo he apostado en contra de mí «poulein»? ¡Ni hablar! No soy un sinvergüenza estúpido y tendría que serlo para...

—¿Podrías decirme, entonces, qué hablabas con Ted Allen Campbell? —le interrumpió, secamente, Parsons.

Por los ojos de Vic cruzó una sombra de temor; incluso palideció ligeramente. Sin embargo, era zorro viejo, se repuso con rapidez y se encerró en una rotunda negativa. Afirmó que era la primera vez que oía aquel nombre. No figuraba entre los entrenadores o auxiliares de Sandy, como el teniente podría comprobar sin la menor dificultad. ¿Qué le vio hablando con él? Sería un tipo que se acercó a aconsejarle lo que debía hacer con cierto aire de suficiencia y al que tuvo que despedir de mala manera.

—«Okay», Vic. Ya veo que no quieres hablar. ¡Peor para ti! Es posible, muy posible, que esto haga que te retiren la licencia de «manager» e incluso que te lleven a la cárcel. ¿No te parece mejor ser un poco franco conmigo?

Pero Mantle se encerró en una rotunda negativa, de la que no hubo forma de sacarle. Sin dejarse convencer, Parsons quiso hablar a solas con Sandy. El «manager» pretendió oponerse, pretextando que el púgil no se hallaba en condiciones de responder a ninguna pregunta en aquellos momentos bajo la doble impresión de los golpes recibidos y de la derrota que significaba una catástrofe en su carrera de boxeador. El teniente le atajó:

—¡Elige rápido: o le hablo aquí o me lo llevo detenido!

Le habló allí, naturalmente. Aunque Peters dio muestras de profunda inquietud cuando Parsons reveló su identidad, se apresuró a declarar que todo había sido correcto y que había sido vencido por un golpe de suerte de su contrincante. Esperaba que Lemon le concediera la revancha.

—Le venceré. De diez peleas que celebremos deben ser más ocho por lo menos.

—Eres demasiado modesto, muchacho —repuso Parsons—. De diez combates que celebréis triunfarás en los diez. A menos...

—¿Qué?

—Que un tipo como Ted Allen Campbell te diga unas palabritas al oído...

Sandy cambió de color, le temblaron las manos y su cara reflejó

una profunda angustia. No obstante, como minutos antes hiciera Vic, afirmó que aquel nombre le era totalmente desconocido. Pero el teniente había visto demasiado para dejarse engañar y acorraló con sus preguntas intencionadas al negro. Peters no era tan hábil y escurridizo en una discusión como en un combate en el «ring» y pronto no tuvo argumentos con que responder a los esgrimidos por su interlocutor. A pesar de ello se obstinó en callar. Tan sólo en una ocasión gruñó con gesto desesperado:

—¡Peor hubiera sido que me agujereasen la piel!

—¿Conque fue eso, eh? Los amigos de Campbell te anunciaron que te convertirían la piel en un colador si no te dejabas ganar, ¿verdad? Bien, muchacho. Pues nada tienes que temer si hablas y me dices todo lo que sepas.

—Si hablase —replicó Sandy—, no llegaría vivo a mañana.

Todas las seguridades dadas por Parsons no obstaron para infundirle el valor preciso para despegar los labios. Tampoco dieron el menor resultado las amenazas. La descalificación por parte de las autoridades deportivas le asustaba no poco; la perspectiva de verse en una estación de policía, en la cárcel tal vez, le angustiaba. Pero...

—Peor sería que me recogiesen mañana o pasado flotando sobre las aguas del Harlem...

Localizar a Campbell no resultó difícil. Tenía unos billares y una oficina de apuestas deportivas en una calle cercana a Bowery, donde a la mañana siguiente dio Parsons con él.

—Buen negocio la derrota de Sandy, ¿eh, Campbell?

—Bueno para quienes apostaron por su contrincante. Desgraciadamente, mis clientes habían confiado en ese maldito negro.

—¿Tú también?

—¡Seguro! Sólo quien no supiera una palabra de «box» podía dar alguna «chance» a Lemon. Se lo dije así a cuántos muchachos me preguntaron. Yo mismo arriesgué mi dinero y lo perdí.

—Entonces, ¿fue eso lo que te indujo a hablar con Vic e incluso saltar por entre las cuerdas para aconsejar a Sandy? —preguntó, intencionadamente, el teniente.

Campbell, que estaba en guardia desde la aparición de Parsons, sintió aumentar sus recelos. Por fortuna, no era la primera vez que

la policía le interrogaba y sabía que lo mejor era negarlo todo. Pero en aquel caso no servía de mucho, porque el teniente parecía enterado de muchas más cosas de las que pudieran convenirle.

Parsons le había visto hablando con Vic y Sandy y sus negativas resultaban contraproducentes. Quiso entonces sostener que había hablado con ambos para indicarles cómo el negro podría desembarazarse con mayor rapidez de su contrincante, pero tampoco esto dio el resultado apetecido.

—¡No mientas, Ted! Sé el recado que diste a Peters y puedo repetirte tus mismas palabras. ¿Quién te mandó hacerlo?

—¿Hacer qué?

—Anunciar a Sandy que si no se dejaba derrotar por fuera de combate le meterían en el cuerpo más plomo del que pudiese aguantar un elefante.

Campbell negó con gesto irritado. Aquello era una estupidez, una calumnia sin pies ni cabeza. Ni siquiera vaciló cuando Parsons afirmó que el propio Vic Mantle lo había confesado así.

—¡Mentira! —chilló colérico—. Ni Vic ha podido decir eso ni aunque lo hubiese dicho...

—¿Es que vas a dudar de mi palabra? —preguntó en tono hiriente Parsons—. Pues no tardarás en salir de dudas. Vas a venirte conmigo; te carearé con Mantle y veremos lo que sucede.

Nuevamente protestó acalorado Ted. No podían detonarle por aquella estupidez. No existía nada contra él y si el teniente insistía en llevárselo, tendría un buen disgusto por haberse excedido en sus atribuciones.

—¿De veras, amiguito? Pues vete desechando esa ilusión. No te detendré por lo que dijiste a Vic, pero sí por algo que puedo probar con facilidad.

—No he hecho nada para que me detenga —protestó Campbell.

—Excepto olvidarte del capítulo

27 A

del Internal Revenue Code. Como apostador profesional estabas obligado a inscribirte en el Registro especial y a satisfacer un diez por ciento de impuestos sobre el total de las apuestas. ¿O acaso ignorabas que existía esa ley?

Ted no lo ignoraba, como no lo ignoraba ninguno de los infinitos «bookies» que negociaban con las apuestas. Aprobada en el mes de

noviembre de 1951, la Ley, bajo su inofensiva apariencia, pretendía ser un golpe mortal contra el «gangsterismo» organizado, que en los últimos años obtenía sus máximos beneficios de la afición americana al juego y de la ingenuidad de quienes suponían que actuaban con un mínimo de buena fe y decencia.

Pero ninguno de ellos estaba muy dispuesto a someterse a sus dictados. «Cuando uno da su nombre y dirección a la Policía, puede darse por muerto», afirmaba uno de los más conocidos. Y todos, con absoluta unanimidad, estaban dispuestos a cambiar de «negocios» antes de someterse a los dictados de la Ley, que, según sus consejeros jurídicos, todavía no estaba en pleno vigor.

—Ése es tu error, Campbell. La ley entró en vigor apenas promulgada. ¿Y sabes lo que significa para ti? Pues una multa de quince mil dólares y cinco años de encierro.

Ted pretendió seguir protestando, pero no le sirvió de nada. Parsons se echó a reír cuando el «bookie» afirmó que, por tratarse de una ley federal, eran los agentes federales los encargados de hacerla cumplir y que nada tenía que ver en todo aquello la Policía local.

—Parece que conoces la ley mejor de lo que decías hace dos minutos, muchacho. Desgraciadamente, aún te falta mucho que aprender. Claro que en los cinco años próximos te sobrará tiempo para estudiar en

Sing-Sing

u otro hotel por el estilo.

—¡Bah! Tan pronto como los amigos se enteren, hablarán con el juez y todo quedará resuelto.

Parsons no estaba dispuesto a que las cosas se arreglasen con la facilidad que Campbell esperaba. Sabía, sin embargo, que era posible que el juez se dejase convencer o, cuando menos, que decretase su libertad condicional bajo fianza. Si ocurría cualquiera de las dos cosas, tendría que decir adiós a su esperanza de que Ted cantase y de saber lo que había detrás de todos aquellos desconcertantes resultados deportivos que habían enriquecido a cuántos tuvieron la corazonada —aunque sus razones y motivos fueran algo muy distinto a una simple corazonada—, de apostar por los que todo el mundo consideraba como seguros perdedores.

—Vas a ir directamente a la cárcel en calidad de incomunicado.

Y haré lo posible y lo imposible porque te pudras en una celda hasta que me digas quién ha organizado este bonito negocio. ¿Entendido?

—¡No sueñe, teniente! Ni sé una sola palabra, ni aunque lo supiese se lo diría a nadie. De la cárcel se sale un día u otro; del cementerio...

Por vez primera en su larga carrera profesional, Thomas Parsons se excedió en sus atribuciones, haciendo que un detenido fuese enviado a la cárcel incomunicado, sin pasar previamente por delante del

District

Attorney o cualquiera de sus ayudantes. Sabía que no podría prolongar la detención durante mucho tiempo y que podía costarle un disgusto. Pero estaba dispuesto a descubrir toda la podredumbre del «racket» de las apuestas y creía que el camino emprendido le conduciría al éxito buscado.

—¿Qué esperas conseguir con todo esto? —le preguntó Clement S. Labine, buen amigo suyo, hombre de leyes y asesor jurídico de la Policía con quien habló con entera claridad sobre el caso—. ¿No comprendes que dentro de setenta y dos horas no tendrás más remedio que dejarle en libertad, que armará un escándalo de todos los demonios y que puede costarte salir del Cuerpo?

Sí, Parsons había pensado en todo esto. No obstante, afrontaba los riesgos con la esperanza de que en aquellos tres días ocurrieran algunas cosas. Pensaba decir al que le preguntase —y estaba seguro de que no tardaría mucho en preguntarle—, que Campbell había cantado de plano dando los nombres de quienes habían organizado los fraudes deportivos para enriquecerse con el dinero de las apuestas. Suponía que eran gentes poderosas, que harían algo por liberar a su cómplice y que al hacerlo se descubrirían.

—¿Y si lo único que les interesa es quitarte de en medio para librarse de un enemigo peligroso y molesto?

—Mejor. A mí no me cazarán con facilidad; y el que lo intente acabará proporcionándome las pruebas que necesito.

Labine distaba mucho de compartir su optimismo. En realidad, no comprendía con exactitud lo que el teniente iba buscando. ¿Terminar con los corredores de apuestas, con un negocio fraudulento que estaba en manos de los antiguos «gangsters»? Bien; ya se encargaría de eso la propia Ley aprobada últimamente, caso

de que entrase en vigor, lo que aún no había sucedido.

—Prefiero adelantarme como se han adelantado esos tipos. Creo que quien dirige el «racket», y que no debe ser otro que el propio y famoso Anastasia en persona, teme tanto a la Ley que está dispuesto a cambiar de orientación. Por eso se han producido estas últimas y colosales estafas.

Ante el gesto del consejero jurídico explicó sus palabras. Los grandes «bookies», viendo lo que se les venía encima, se disponían a abandonar un terreno que podía ser demasiado peligroso para ellos. Pero antes realizaban unas jugadas capaces de redondear su fortuna. El procedimiento era muy sencillo. Ante una carrera de caballos, un «match» de fútbol, de base-ball

o de boxeo, daban órdenes a su extensa red de agentes apostadores, extendidos por todo el país, de tratar de convencer a sus habituales clientes para que apostasen por quien todos los críticos consideraban como seguro vencedor; incluso les prohibían aceptar apuestas en favor de la presunta víctima.

—Luego, bien sea inyectando a los caballos, sobornando a los jugadores o amenazando a los «managers», consiguen que el resultado sea contrario al esperado. Como ellos son los únicos que apostaron por quienes en definitiva y contra todo pronóstico resultaron triunfantes, se llevan, con aparente legalidad, todo el dinero apostado.

Calculaba que los cuatro últimos resultados-sorpresa registrados, habían significado una ganancia de tres a cinco millones de dólares para los grandes «*bookmakings*», que no eran otros que los conocidos dirigentes del famoso Murder Syndicate, puestos en la picota por la investigación senatorial de Kefauver.

—¿No crees que esto basta y sobra para justificar mi interés en el asunto?

Mister Labine lo creía, en efecto. Sin embargo, expresaba sus dudas de que Parsons consiguiera nada. Era una empresa demasiado grande y audaz para un hombre solo, que no contaba con los concursos y las ayudas necesarias. Puesto que los negocios del Sindicato se extendían a diversos Estados y conculcaban un número extraordinario de leyes y disposiciones, ¿por qué no dejar su resolución a los agentes federales, a quienes, en derecho,

correspondía la investigación?

Con claras y precisas palabras dio el teniente su repuesta. Diversos incidentes, y especialmente el interrogatorio del antiguo alcalde de Nueva York, William

O'Dwyer,

por la comisión que puso en claro las concomitancias del crimen y la política en las grandes ciudades americanas, habían arrojado sombras considerables respecto a la honestidad de la Policía neoyorquina. Por el simple hecho de que algunos individuos aislados se dejaran sobornar con facilidad, las gentes habían llegado a considerar a todo el Cuerpo como integrado por auténticos indeseables.

—Yo, que hace veinte años pertenezco al Cuerpo, que le quiero sinceramente, deseo demostrar al mundo entero que hay en él hombres dignos, honrados y valientes.

Labine comprendía perfectamente su actitud. La comprendía, no sólo por lo que decía, sino por algo que se callaba. Parsons tenía un hijo de treinta años, con el que siempre se había llevado bien. Sólo una vez discutió con él, pero aquella vez lo hizo con violencia y acritud. Fue cuatro meses antes, cuando la investigación de Kefauver, que entonces celebraba en Nueva York unas sesiones que eran televisadas a toda la nación, alcanzaba su punto álgido. Chick Parsons, que al ser licenciado del Ejército, ingresó en el

F. B. I.,

quería que su padre abandonase la Policía neoyorquina, contra la que tantas acusaciones de corrupción se lanzaban en aquellos instantes. El viejo replicó, indignado y colérico, que estaba orgulloso de pertenecer a ella.

—Si otro que no fuera mi hijo, me hubiese dicho lo que tú acabas de decir, le habría dejado la cara que no le reconocería ni su propio padre.

Ahora, al enfrentarse decidido y resuelto con el Sindicato del Crimen, trataba no sólo de reivindicar el Cuerpo a que pertenecía, sino demostrar a Chick que había sido demasiado impulsivo al hablar en la forma que lo había hecho.

—Así verá que ni soy un carcamal ni me asustan los «gangsters». Que no sólo son ellos, los jóvenes agentes federales, quienes saben cumplir con su deber.

Terminaba su charla con Labine cuando le avisaron por teléfono de que en su despacho de Centre Street le estaba esperando Lewis Carl Hegan. Él solo nombre de su visitante hizo dar un salto al teniente Parsons. Hegan era un abogado millonario y famoso. Había intervenido en muchos casos célebres, aunque siempre defendiendo a tipos de conducta poco limpia. El asunto que más dinero y nombre le valió fue precisamente la defensa de Albert Anastasia, cuando el famoso «Zar de Brooklyn» tuvo pendiente sobre su cabeza una sentencia de muerte. Consiguió su absolución, no sin que antes muriesen de manera más o menos accidental, todos los que podían acusarle, y aquel éxito aseguró definitivamente su fortuna.

—¿Qué te dije, Clem? —exclamó, excitado el Teniente—. ¡Ya están ahí! Hegan no intervendría para defender a un pobre diablo como Campbell. Si lo hace es porque le manda el Sindicato.

—Por eso mismo debes tener más cuidado, Thomas —repuso, pensativo su interlocutor—. Hegan es un viejo zorro, peligroso y astuto.

—Yo soy más peligroso y astuto que él —afirmó, convencido, Parsons—. Viene a tratar de averiguar lo que sé, a meterme un poco de miedo y a engañarme. Pero seré yo quien le sonsaque, le engañe y le asuste, a él y a todos los que están detrás de él.

Labine exteriorizó con claridad su inquietud. Sabía que el teniente, al que trataba desde hacía muchos años, era inteligente, habilidoso y resuelto. De todas formas, temía por él. Se había lanzado a una lucha terriblemente desigual, cuyo final bien pudiera ser un balazo en la nuca.

—¡Descuida, Clem! —repuso Parsons—. Todavía no se ha fundido la bala que haya de terminar conmigo. Viejo y todo, voy a dar una buena lección a muchos. Y en primer lugar a Lewis Carl Hegan, amigo y protector del Sindicato del Crimen.

II

DOS MUERTOS



EWIS Carl Hegan era un hombre de cincuenta años, de pelo grisáceo, frente abombada, nariz aguileña, que abonaba su ascendencia semítica, y ojos pequeños y escrutadores, resguardados tras los cristales de unos lentes de oro. De mediana estatura, con cierta tendencia a la obesidad, vestía con elegante sencillez, se expresaba con elocuencia, diciendo siempre lo que le interesaba decir y demostraba en todo momento la justicia con que se le consideraba como uno de los hombres de leyes más hábiles y sinuosos, no sólo de Nueva York, sino de toda la costa atlántica.

Al enfrentarse con Parsons se expresó en la forma que el teniente

esperaba. Los amigos de Campbell le habían encargado de su defensa y estaba allí en cumplimiento de su deber. No ocultaba su extrañeza por la forma en que su defendido había sido tratado, enviándole a la cárcel sin hacerle comparecer previamente ante un juez ni ser asesorado, en la forma que garantizaban las leyes, por un abogado libremente elegido. Entendía que todo ello constituía una flagrante violación de los inalienables derechos ciudadanos, garantizados por el Código fundamental de la nación, y estaba dispuesto a exigir que los culpables fueran debidamente sancionados.

—Sobre todo, cuando ningún cargo serio y probado ha podido presentarse contra mi defendido.

¿El capítulo

27 A

del «Internal Revenue Code», con las modificaciones recientemente introducidas respecto a las apuestas? ¡Bah! Falta de algunos pequeños detalles, aquella ley no había entrado aún en vigor, ni podía exigirse su cumplimiento, que, en modo alguno, podría tener efectos retroactivos. Pero, aun admitiendo que así fuese —y lo admitía, únicamente a efectos dialécticos—, no justificaba la detención incomunicada de Campbell, que en el peor de los casos, debía ser puesto en libertad bajo fianza.

—Todo eso estaría muy puesto en razón —replicó, flemático, Parsons, tras escuchar su larga peroración—, si los cargos presentados contra Ted fueran los que acaba de señalar. Por desgracia para él, y para otros muchos, hay cosas de muy superior gravedad.

—¿Podría indicarme de qué se trata? —preguntó, arrugando el ceño Hegan.

—Podría callármelas, y estaría en mi derecho, porque no tengo por qué darle explicaciones. Sin embargo, y por un exceso de cortesía, voy a decírselo.

Habló con entera claridad de lo ocurrido en el Yankee Stadium la noche del combate entre Sandy Peters y Bob Lemon. Personalmente, había visto a Campbell hablar con el negro, al que amenazó de muerte si no se dejaba derrotar. Aquello venía a continuación de otros hechos —la sensacional victoria de «Winner» sobre «Hyperion» y «Pharsalia» en el hipódromo de Saratoga Spring,

por ejemplo—, que constituía verdaderas y gigantescas estafas.

—Tenía pruebas plenas cuando detuve a Ted. He conseguido, naturalmente, que cantase de plano. Y lo que ha dicho basta y sobra para que varios distinguidos caballeros, entre los que se encuentran algunos de sus mejores clientes, por cierto, ocupen muy pronto una celda de

Sing-Sing,

si es que no tienen que sentarse un ratito en la silla caliente.

Hegan, que le escuchaba con extraordinaria atención, contestó expresando su incredulidad y escepticismo. Aunque Parsons comprendió que el abogado no tenía otro deseo que hacerle hablar, se prestó voluntariamente a su juego. Aludió a la gran jugada realizada por el Sindicato y a los millones que le había valido, poniendo la información en boca de Campbell.

—Y todavía le diré más. ¿Sabe por qué le tengo en la cárcel? Pues porque si le dejase en libertad, tan pronto como pusiera los pies en la calle, le liquidarían sus propios amigos. ¡Si ha sido él mismo quién me pidió, con lágrimas en los ojos, que le metiese en una buena celda!

Hegan no pareció muy convencido por las explicaciones de Parsons, si bien no pudo ocultar por entero la preocupación que le producían. El teniente dedujo, sin grandes dificultades, que su interlocutor conocía bastante acerca de la gran estafa de las apuestas, y que mentalmente estaba examinando las posibles consecuencias de lo ocurrido. Sin embargo, al despedirse ya, pronunció unas palabras que entrañaban una clara amenaza:

—Si Campbell ha dicho cuanto le atribuye, cosa que me permito dudar hasta que lo oiga de sus propios labios, es un charlatán calumniador al que ninguna persona sensata debe dar el menor crédito. Si usted se lo concede, tendré que lamentarlo por usted mismo.

—¿Debo interpretarlo como una amenaza de los individuos a quienes Campbell acusa? —preguntó, secamente, el teniente.

—Como una simple advertencia de amigo. Para llevar ante los tribunales a esos caballeros, necesitará algo más que la palabra de un simple «bookie». No creo que lo consiga, y menos empleando métodos y procedimientos que, por salirse de los cauces legales, pueden costarle cualquier día un grave disgusto.

No uno, sino tres disgustos tuvo Parsons en las veinticuatro horas siguientes. El primero de todos fue una llamada al despacho de su jefe inmediato, el inspector de distrito, Ray Boone. El nombre de Boone había sonado bastante durante la investigación de Kefauver como íntimo amigo del famoso James Moran, protector desde sus elevados puestos de los tipos más conocidos del hampa neoyorquina; pero aunque Moran fue destituido y procesado, contra Boone no se encontraron pruebas de ninguna clase y continuó dentro de la Policía. En su charla con Parsons, el inspector se expresó en términos duros y violentos.

—Precisamente por ser los encargados de hacer cumplir la Ley —dijo—, hemos de ser más respetuosos que nadie con sus mandatos. Usted, teniente, parece haberlo olvidado. Si tiene algún cargo contra Campbell, debe presentarlo ante el Distric's

Attorney; si no, dejarlo inmediatamente en libertad.

Sin dejarse intimidar por el tono y la actitud de su jefe, Parsons habló serenamente, defendiendo su actuación. Era costumbre que cuando se detenía a cualquier individuo sospechoso de un grave delito, la Policía le interrogase durante dos o tres días antes de ponerlo a disposición de la autoridad judicial. Esto era, en fin de cuentas, lo que estaba haciendo: buscar las pruebas que apoyasen su acusación.

—¿Por qué le ha mandado a la cárcel incomunicado, cuando pudo tenerlo en un calabozo de Centre Street?

—Porque lo consideré más seguro —repuso, intencionado, el teniente—. Sobre todo para su vida.

Boone sabía perfectamente a qué se refería su interlocutor, pero no quiso darse por enterado. En los momentos álgidos de la persecución contra el «gangsterismo», dirigida por míster Dewey, tres individuos, convictos y confesos de graves delitos, que habían empezado a acusar a sus cómplices, salieron de Centre Street. Uno, fugado; los otros dos, puestos en libertad por una equivocación. La suerte de los tres fue idéntica, porque a las pocas horas de abandonar la jefatura policíaca estaban en la Morgue con unos cuantos agujeros en el cuerpo.

—Bien —dijo el inspector, poniendo fin a la charla—. Le he advertido con toda claridad y no debe echar en saco roto mi

advertencia. Temo mucho que haya dado un paso desgraciado y que eso tenga para usted las consecuencias más desagradables.

Como contrapartida a su discusión con Boone, Parsons tuvo la fortuna de oír que varios otros jefes aplaudían su determinación y le impulsaban a continuarla por el mismo camino. Uno de ellos, el capitán Ed Raschi, que, como el teniente, había llegado a los puestos de mando desde simple patrullero, fue todavía más expresivo:

—¡Cuenta conmigo, Thomas! Aunque haya quien les proteja, tenemos que limpiar la ciudad de esa maldita plaga.

El segundo disgusto se lo dio su hijo. Alguien —y no hacía falta ser un lince para pensar en Clement Labine— le había llamado a Washington para darle cuenta del embrollo en que el viejo se estaba metiendo. Chick Parsons no podía moverse de la capital federal, pero logró unas horas de permiso para volar en avión a Nueva York, hablar con el autor de sus días y regresar por el aire a su punto de destino.

Parsons se indignó. Tenía ya cincuenta y cinco años, pero, si no el vigor, conservaba los arrestos de su juventud, con una mayor habilidad y experiencia. Sabía que la empresa que acometía entrañaba riesgos indudables; pero jamás temor alguno le había inducido a dejar de cumplir con su deber.

—Lo creo, padre. Y si estuvieras en la Policía federal sería el último que te aconsejara no seguir adelante.

Ante la protesta airada del viejo, explicó sus palabras. No era que los agentes federales fueran de raza distinta; pero por la composición misma del Cuerpo, por la selección realizada entre los aspirantes, por la función a realizar, y sobre todas las cosas, por la integridad y el acierto de míster Hoover, que había sabido inculcar en sus hombres una moralidad a toda prueba y una disciplina de hierro, no tolerando debilidades ni corrupciones, el

F. B. I.,

superaba con mucho a todas las organizaciones policíacas existentes en el país.

—Cuando acometemos una tarea, sabemos que nos jugamos la vida. Pero también, que si caemos, lo haremos por una causa noble, que seremos vengados justicieramente y que nadie de entre nosotros pretenderá apuñalarnos por la espalda. Aunque no conozcamos a un

compañero estamos ciertos de que es una persona honrada, que odia el delito tanto como nosotros mismos y que se dejará matar antes de faltar al juramento prestado. ¿Puedes decir lo mismo de todos y cada uno de los agentes del Cuerpo a que perteneces?

Chick Parsons hubo de retornar a Washington, fracasado por completo en su intento. Volvió porque su deber le reclamaba, aunque, por su gusto, se hubiese quedado en Nueva York. Le angustiaba el doloroso presentimiento de que los asesinos del Murder Syndicate se librasen de su padre, utilizando su procedimiento favorito: el crimen.

Sus temores hubieran sido mucho mayores de escuchar la conversación telefónica que dos horas después de su partida sostenía el teniente Parsons con un comunicante que tuvo buen cuidado de no dar su nombre. El desconocido interlocutor exigió la libertad inmediata de Campbell y la destrucción de todas las diligencias incoadas.

—Si lo hace, recibirá por correo un buen regalito. ¿Qué tal veinte mil? Si me da su palabra, los enviaré inmediatamente. Puede tenerlos en su poder esta misma tarde.

—¿Y si me niego?

—Entonces haría bien en rezar lo que sepa, porque su vida no será muy larga.

—Más corta será la tuya, si caes en mis manos —contestó, indignado, Parsons.

Fueron inútiles sus intentos por descubrir a su anónimo comunicante. Logró saber, sí, que la llamada había sido hecha desde un elegante bar de Riverside Drive; pero ni los camareros ni nadie tenían la menor idea de quién hubiese podido utilizar el teléfono público del establecimiento para hacer aquella llamada.

La amenaza ni sorprendió ni asustó al teniente. La estaba esperando desde que detuvo a Ted; pero se necesitaba mucho más para meterle el resuello en el cuerpo. En cierto sentido le alegró. Demostraba que iba por buen camino, que los forajidos estaban inquietos y esa inquietud podía hacerles cometer alguna equivocación. ¿Asesinarle? ¡Que lo intentasen! Parsons iba siempre prevenido y alerta; si alguien pretendía cerrarle el paso, acaso comprendiera demasiado tarde su error.

Hizo entonces algo sorprendente: presentarse en la cárcel para

conversar con Ted Allen Campbell. Que un teniente de Policía fuera a la prisión para interrogar a un detenido nada tenía de extraño; pero sí que insistiera en hablar con él completamente a solas y dentro, de la celda en que se hallaba incomunicado. Consiguió, naturalmente, su propósito. Y una vez a solas con él, no perdió el tiempo en inútiles rodeos.

—Supongo, Ted, que ahora estarás dispuesto a hablar. Callando no harás otra cosa que empeorar tu situación. Es posible que si persistes en tu negativa no tenga más remedio que dejarte en libertad; pero eso sería lo peor que podía ocurrirte.

—¿Lo peor que me pusiera en libertad? —preguntó, extrañado, Campbell.

—Seguro. Si hoy salieras a la calle, mañana tendríamos que recoger tu cadáver en cualquier callejuela. Ya sabes cómo las gastan tus amiguitos.

—¿Y por qué habían de matarme mis amigos?

—Por hablar más de la cuenta, dándome los nombres de todos los que han intervenido en...

—¡Pero si no le he dicho una sola palabra! —le interrumpió, excitado, Ted.

—Cosa que únicamente sabemos tú y yo. Y yo he pregonado a los cuatro vientos todo lo contrario. En estos momentos tus compinches están convencidos de que les has traicionado. Y la traición la castigan siempre de la misma manera: la muerte.

Campbell protestó, indignado. La jugarreta del teniente le parecía digna de todos los vituperios. Había mentido sin otro propósito que excitar contra él la ira de sus compañeros. Pero no le serviría de nada. Cuando saliese hablaría con ellos y les convencería de su lealtad.

—No sueñes, muchacho —le interrumpió, sin perder la calma, Parsons—. ¿Crees que llegarías a hablarles? ¿Supones que te darían tiempo siquiera a abrir la boca? ¡Ni pensarlo! Ellos te han juzgado y sentenciado ya; sólo falta que te tengan a tiro para que la sentencia sea ejecutada.

No tuvo que esforzarse mucho para convencer a Campbell. Ted llevaba diez años formando parte de diversos «gangs» para hacerse ilusiones respecto al porvenir que le esperaba. Si le tomaban por un «soplón», no tenía salvación posible.

—El solo hecho de que te pusiera en libertad ahora, ya constituiría para ellos la mejor prueba de que eres un auténtico «chivato».

Ted sabía lo que ocurría con los presuntos «chivatos». Los muchachos les volvían la espalda dondequiera que les encontraban sin molestarse en cruzar una sola palabra con ellos. Y cuando lo hacían era siempre para anunciarles un final que no tardaría en llegar.

—Tu situación es bastante clara, amiguito: si te pongo en libertad, te matan; si continúas aquí, vivirás. Pero para que sigas aquí es preciso que hables, diciéndome cuánto sabes. ¡Elige!

Campbell comprendió que el teniente hablaba perfectamente en serio. No cabía duda, por otro lado, de que estaba diciendo la verdad. De cualquier forma se le hacía muy cuesta arriba denunciar a sus amigos, aunque estuviera convencido de que sus amigos no le perdonarían de ninguna manera la supuesta traición. Necesitaba pensarlo antes de decidirse; procurar ponerse en contacto con alguien que le informase de la situación fuera de las paredes de su celda. ¿Que estaba incomunicado? ¡Bah! No era la primera vez que entraba en la cárcel y sabía perfectamente que todos los guardianes y todas las precauciones no bastan para impedir que un preso logre hablar con sus compañeros de reclusión.

—¿Tienes que pensarlo, no? Lo comprendo, muchacho. Te daré dos días de plazo. Pasado mañana volveré por aquí. Si entonces continúas empeñado en callar, no tendré más remedio que dejarte en libertad. ¡Tú verás lo que te conviene!

Al salir habló unos minutos con el subdirector de la prisión. Asaltado por un repentino presentimiento, Parsons se expresó en tono alarmado:

—¡Mucho cuidado con el preso, amigo! Sus declaraciones tienen el máximo interés para la Justicia, y no quisiera que se repitiese la historia de Kid Reles. ¿Entendido?

Kid *Twist* Reles fue un famoso «gángster» de Brooklyn, que en 1940, detenido por la Policía y sentenciado por sus antiguos cómplices, habló con claridad, denunciando los criminales manejos de varios grupos de malhechores. Las autoridades procuraron guardarle bien, pero un día le tiraron por una ventana desde la altura de un sexto piso y murió en el acto.

—Descuide, teniente. Kid Reles no estaba en esta cárcel, ni aquí han ocurrido jamás cosas de éstas.

—Pues celebraré por usted que sigan sin suceder. Sobre todo en el caso de Campbell.

Creyó que con aquel aviso habría suficiente; lo siguió creyendo al día siguiente, cuando habló por teléfono con la prisión y le informaron de que, para evitar sorpresas desagradables, un guardián permanecía día y noche de vigilancia ante la celda de Ted.

Pero en la mañana del segundo día, precisamente cuando se disponía a ir a la cárcel para ver si Campbell se decidía, como esperaba, a cantar de plano, le sobresaltó una llamada telefónica.

—Venga de prisa, teniente. Acabamos de descubrir que el preso se ha suicidado.

Parsons soltó una maldición. No creía en el suicidio, naturalmente. Avisó a uno de los ayudantes del Distric's

Attorney para que fuese en su compañía al gabinete dactilográfico y que mandasen algunos expertos que realizasen las oportunas averiguaciones, y cogiendo su automóvil, marchó a toda velocidad hacia la prisión.

Fue el propio subdirector, con el que había conversado dos días antes, quien le informó de lo sucedido. Hacía una hora que el guardián de vigilancia ante la celda de Campbell, le pareció oír un ruido sospechoso. Al observar por la mirilla, vio, espantado, que Ted se había colgado de los barrotes del ventanillo. Entró rápidamente, lanzando algunos gritos para avisar a sus compañeros. Pero aunque se dio buena prisa en descolgar al preso, y él y otros varios vigilantes estuvieron veinte minutos haciéndole la respiración artificial, no consiguieron volverle a la vida.

El subdirector le acompañó a la celda, donde pudo ver el cadáver de Ted. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos, un gesto de infinito terror en el semblante y una extensa moradura en el cuello.

—¡Hum! ¿Y están seguros de que ha sido un suicidio?

—¡Naturalmente! No pudo ser otra cosa. Estaba solo en la celda, y cuando el guardián entró...

—Me gustaría interrogar a ese guardián.

Lo hizo con cierta amplitud, pero no consiguió averiguar nada.

El guardián —un individuo de mediana estatura, ancho de hombros, de mirada recelosa y cara que no reflejaba una gran inteligencia, llamado Mike Rafols— se limitó a repetir una y otra vez la misma historia, empleando siempre iguales palabras.

Había entrado de servicio a las siete de la mañana; habló por última vez con Campbell cuando le sirvieron el desayuno, pero se limitó a darle de una manera formularia los buenos días. Luego paseó por el pasillo, si bien cada quince o veinte minutos observaba por la mirilla el interior de la celda. No sospechó nada de las intenciones de Ted hasta que fue demasiado tarde para impedir la tragedia.

Para colgarse, Ted utilizó un cinturón. Esto fue lo primero que llamó la atención del teniente. ¿Cómo era posible que tuviese un cinturón, cuando a todos los incomunicados se les despoja al entrar en su celda, no sólo de los cinturones, sino también de las corbatas, de los cordones de los zapatos y de todo cuanto puede servirles para atentar contra su vida?

—Lo ignoro —repuso el subdirector—. A Campbell, como a todos, se le registró a la entrada. Hace un momento que vi su cinturón en el almacén. No comprendo cómo pudo hacerse con éste.

—Porque alguien se lo entregó —repuso, cejijunto, Parsons—. Peor aún: porque alguien se lo echó al cuello para colgarle.

El subdirector protestó, acalorado. Estaba seguro de que se trataba de un suicidio. No admitía ni como hipótesis cualquier otra idea. El preso había permanecido a solas en su celda hasta que entró el guardián, atraído por el ruido que hizo al colgarse.

—Pues yo no creo en el suicidio —insistió Parsons—. Ted no tenía motivos para quitarse la vida. Hace treinta y seis horas que hablé con él y tengo razones sobradas para pensarlo así.

—En ese caso...

—Sólo queda una posibilidad: que el guardián, ese Mike Rafols, fuese quien le asesinó.

—¡Absurdo!

—¿Usted cree? Ya lo veremos cuando investiguemos a fondo el caso.

Desgraciadamente, no fue posible averiguar gran cosa por el momento. En el cinturón se hallaron las huellas del guardián; pero éste, que negaba obstinado y resuelto las acusaciones lanzadas por

el teniente contra él, explicaba el hecho con sólo recordar que había cogido el cinturón precisamente para tratar de salvar al suicida.

—Es un grave fracaso para mí —reconocía unas horas después Parsons, hablando de nuevo con su buen amigo Clement Labine—. Estoy seguro de que Ted hubiese hablado. Por desgracia, sus amigos pensaron lo mismo y se dieron buena prisa en silenciarle.

Aún no lo daba todo por perdido, sin embargo. El asesinato de Campbell —porque estaba firmemente convencido de que se trataba de un asesinato y no de un suicidio— demostraba que había acertado en los nombres que dio a Hegan como complicados en la gigantesca estafa deportiva e incluso le proporcionaba una posible pista.

—Mike Rafols tiene que estar de acuerdo con algunos tipos del «racket». Voy a vigilarle con cierto disimulo. Espero que me conduzca donde me interesa.

—¿Y no temes que te hagan correr la misma suerte que al pobre Campbell?

Parsons no lo temía. Durante dos días trabajó sin descanso y con bastante provecho. Cuando el anochecer del miércoles siguiente, Labine acudió a verle en su despacho, respiraba satisfacción y optimismo.

—Estaba en lo cierto, Clem. No pasarán muchas horas sin que consiga tener en mis manos todos los hilos de la trama.

Estaba seguro del triunfo, pero aunque Labine le instó a ello, no quiso contarle detalladamente las gestiones realizadas en las últimas horas. En realidad, no tuvo tiempo para ello. Apenas habían empezado a hablar, cuando sonó el timbre del teléfono. Parsons escuchó a quien le llamaba y replicó sin vacilaciones:

—«Okay», muchacha. Estaré ahí antes de media hora.

Se dispuso a salir, abandonando a Labine. Ante las preguntas insistentes de su amigo, replicó:

—Hace rato que esperaba esta llamada. Es de una chica que conoció mucho a Campbell y le quiso bastante. Su muerte ha sido una catástrofe para ella. Para vengarle, va a decirme cuánto sabe y a entregarme a quienes decretaron su asesinato.

—¿Estás seguro de que lo hará, Thomas? ¿No podría tratarse de una emboscada...?

—¡Ni pensarlo! Tiene tanto interés como yo en el asunto. Ten la

seguridad de que mañana podré enseñarte, metidos en los calabozos, a todos los culpables de lo sucedido.

Pero a la mañana siguiente. Thomas Parsons no estaba en condiciones de mostrar nada. Le hallaron en el East River, cerca del puente de Queensboro. Tenía la cara destrozada por los golpes recibidos y dos balazos; uno en la nuca y otro en el pecho, ambos mortales de necesidad.

III

POR CUENTA PROPIA



CON gesto inexpressivo el inspector Webster escuchó el fogoso alegato de Chick Parsons. Le dejó hablar sin interrumpirle por espacio de quince minutos. Comprendía perfectamente sus sentimientos. De encontrarse en su caso, pensaría lo mismo y se expresaría en idéntica forma. Desgraciadamente, tenía que responder con una rotunda negativa.

—Lo siento, muchacho; pero no hay nada que hacer. El asunto cae fuera de nuestra jurisdicción y no tenemos autoridad ni razón legal para intervenir en ese caso.

—¡Pero si se trata de una gigantesca estafa que afecta a diversos estados y una defraudación al Tesoro! —protestó Chick.

—Aunque así fuese, no podríamos intervenir, a menos que los funcionarios del Tesoro solicitasen nuestra ayuda. La realidad no es ésta, sin embargo. Que la estafa y la defraudación existan no pasan

de ser simples presunciones.

—Basadas en hechos indubitables.

—Quizá sí y quizá no. El único hecho cierto de que tengo noticia es el asesinato de un teniente de la Policía neoyorquina.

—Mi padre.

—Sí; su padre. Más que fuera su padre no varía el aspecto legal de la cuestión. Tenemos, pues, que un teniente de la Policía neoyorquina ha sido asesinado. Detener a los criminales es tarea que incumbe por entero a dicha Policía. Nosotros sólo podríamos intervenir si hubiera pedido nuestro concurso, cosa que hasta ahora no ha hecho.

—Ni lo hará posiblemente.

—Pienso lo mismo. Y siendo así, ¿qué pretexto tenemos para inmiscuirnos en algo que ni de cerca ni de lejos concierne al

F. B. I.?

Chick Parsons volvió a hablar con cierta vehemencia por espacio de otros diez minutos. Le hubiese gustado que el

F. B. I.,

interviniera en un asunto que juzgaba de la mayor trascendencia. Se trataba, en fin de cuentas, de asestar un duro golpe, el definitivo tal vez, al Sindicato del Crimen, cuyas extensas ramificaciones había demostrado la famosa investigación Kefauver. Terminar con él y con sus dirigentes sería prestar un servicio de inestimable valor a la sociedad americana.

Pero si por escrúpulos legalistas el

F. B. I.,

no estimaba llegado aún el instante de tomar cartas en la lucha contra el «racket» de las apuestas, sí podía autorizarle a él para trabajar, tratando de esclarecer el caso. En definitiva, tenía un interés personal y directo en el descubrimiento y castigo de aquella partida de forajidos.

—Interés —repuso con calma Webster— que le incapacita totalmente para encargarle de tal misión.

Ante la mirada de sorpresa de Chick, expuso con entera claridad su pensamiento. La causa de la Justicia había de ser defendida con espíritu ecuaníme, desapasionado, imparcial. ¿Cómo podía pedirse nada de esto, esperarse siquiera, de un hombre justamente dolorido por la muerte de su padre?

—Usted, dejándose llevar por sus naturales impulsos, convertiría en venganza lo que debe y tiene que ser Justicia. Ya le he dicho que el

F. B. I.,

no puede mezclarse en este asunto. Pero si interviniera, sería usted el único que no podría en modo alguno participar en su resolución.

Fueron inútiles todas las peticiones de Chick. Antes de hablar con él, presintiendo lo que el agente habría de decirle, tuvo buen cuidado de consultar con el Estado Mayor. Todos estuvieron de completo acuerdo con su criterio. No era posible mezclar las cuestiones personales con el servicio. La muerte de un teniente de la Policía neoyorquina era dolorosa y lamentable; pero cien veces más desmoralizador podría resultar encargar al hijo de perseguir a los asesinos de su padre.

—Tengo la esperanza de que los culpables sean detenidos. Pero, aunque así no fuese, no podría concederle la autorización que me pide.

Discutieron por espacio de media hora, pero el inspector se mantuvo firme en sus puntos de vista y Chick hubo de reconocer la razón que le asistía. Acabó, naturalmente, inclinándose ante su voluntad, acatando con toda disciplina el mandato de sus jefes.

—Quisiera, como único favor, una licencia de quince días. Deseo asistir en Nueva York al entierro de mi padre y arreglar diversas cuestiones de tipo familiar.

El deseo del joven Parsons era enteramente natural. Webster no tenía nada que oponer, si bien, y pretextando urgentes necesidades del servicio, limitó a ocho días el tiempo del permiso. Todavía al despedir al agente especial, le hizo una clara advertencia:

—¡Y mucho cuidado, Chick! No se meta en nada ni pretenda suplantar a la Policía neoyorquina. Deje en sus manos las investigaciones del caso. Si pretende hacer algo, lo sabremos y ese acto de desobediencia le costaría salir del

F. B. I.,

caso de que no le llevase de cabeza a la cárcel.

El joven Parsons asintió con un leve movimiento de cabeza. Pero en su fuero íntimo no estaba muy decidido a tomar en cuenta la prohibición del inspector Webster.

Si algún deseo le quedaba de no mezclarse en nada en el trabajo

de descubrir a los asesinos de su padre, desapareció por completo apenas puso los pies en Nueva York. Ver el cadáver del autor de sus días con la cara desfigurada por los golpes recibidos, le hizo crispár los puños de rabia, en tanto que los ojos se le llenaban de lágrimas. Hablar con algunos de los amigos del teniente, enterarse de la falta de toda pista que pudiese conducir al castigo de los culpables, hizo que se forjara una firme resolución.

—No sería hombre —se dijo—, si consintiera que este asesinato quedase impune. De estar cambiados los papeles, mi padre hubiera saltado por encima de todas las prohibiciones. Yo tengo que hacer exactamente igual.

Aunque no le sobraba tiempo —sólo tenía ocho días de permiso—, quiso hacer las cosas con sentido común. Sin dar pasos en falso ni palos de ciego. Primero de todo procuró informarse de cuánto su padre había hecho, de lo que logró averiguar, de los individuos con quienes chocó y de todo lo relacionado con sus investigaciones. Y nadie en mejores condiciones para ponerle en antecedentes que míster Labine —tan buen amigo del viejo como de él mismo—, y el capitán Raschi, que ingresó en la Policía como simple patrullero en unión de Thomas Parsons, y había sido compañero suyo a lo largo de muchos años.

Con Clement Labine pudo hablar con toda amplitud aquella misma noche, entre otras razones porque había resuelto aceptar su hospitalidad, pasando en su casa la semana que pensaba permanecer en Nueva York. De sus labios supo cuanto el asesor jurídico conocía acerca de los pasos dados por su padre desde que, presenciando el combate entre Sandy Peters y Bob Lemon, adquirió la plena certidumbre de que se trataba de un fraude.

—Thomas no consiguió sacarles quién estaba detrás de Campbell, acaso porque juzgó preferible que fuera éste quién se lo dijese, pero indudablemente lo sabían. En caso contrario, Sandy no se hubiese dejado vencer, demostrando un pánico tan extraordinario por la simple advertencia de aquel pobre diablo.

Míster Labine no abrigaba la menor duda de que los que respaldaban a Campbell tenían que ser los mismos que prepararon el asesinato de Ted y del propio teniente. Pero ¿quiénes eran? Clemet lo ignoraba en absoluto. La única pista posible era la muchacha, amiga de Campbell, a que había aludido Parsons en su

última charla. Desgraciadamente, dudaba mucho de que pudiera ser localizada. ¿Sus relaciones con Ted?

—Probablemente fueron el cebo para que tu padre cayese en la celada que le tendieron.

Estaba también Mike Rafols, el guardián que vigilaba la celda donde se «suicidó» el «bookie». Era indudable que había intervenido en el crimen. O lo perpetró personalmente o dejó que alguien entrase en la celda para eliminar a Ted. Pero el tal Mike, que se hallaba detenido en Centre Street, había sido interrogado concienzudamente por su padre. No sabía lo que le habría dicho; de cualquier forma, tendría que repetírselo al capitán Raschi, que investigaba el caso.

No quería desilusionar a Chick, pero abrigaba un fundado temor de que aquel crimen, como tantos otros, quedase en la más completa impunidad.

—Eso sería si yo no estuviese aquí —repuso su interlocutor—. Pero le juro que no descansaré hasta hacer justicia.

Míster Labine trató de disuadirle. Estaba enterado por el joven Parsons de que el

F. B. I.,

no tenía la menor intervención en el caso y de que el agente especial había visto denegada con energía su petición de que le dejasen llevar a feliz término la tarea emprendida por el autor de sus días.

—Quítate eso de la cabeza, muchacho —le aconsejó, en tono paternal—. Solo, sin ayuda de nadie, con todo el mundo enfrente, no lograrías otra cosa que hacerte matar.

Pero no era fácil convencer a Chick una vez que había tomado una resolución. Todos los razonamientos de Labine no le impresionaron en lo más mínimo. Comprendía perfectamente la dificultad de la tarea que se disponía a acometer; no desconocía los peligros que le acecharían ni la falta absoluta de protección en que habría de moverse. Sin embargo...

—El viejo lo hubiese hecho por mí; yo lo haré por él, pase lo que pase.

A la mañana siguiente visitó a Ed Raschi en su despacho de Centre Street. El capitán le había conocido de chico y le tenía un afecto entrañable. Pero no era el mejor momento para enternecerse

con los recuerdos. Apenas cambiadas unas palabras de saludo, Chick planteó abiertamente el propósito que allí le llevaba:

—Quiero hablar con Mike Rafold; necesito que me diga todo lo que sepa acerca de la muerte de Ted Campbell.

—Si sólo viniste a eso, perdiste el viaje, amiguito. A Mike tendrás que buscarlo en otro lado.

—¿En la cárcel?

—Quizá, aunque dudo que haya vuelto tan pronto a su empleo. Hace sólo tres horas que le pusimos en libertad.

Chick se puso en pie de un salto y habló, en tono en el que se mezclaban por partes iguales la extrañeza y la indignación. ¿Cómo era posible que hubiesen dejado en libertad a un individuo sobre el que recaían las máximas sospechas de haber cometido un asesinato?

—En primer término —replicó, un poco confuso, Raschi—, no hubo tal asesinato. Por lo menos, oficialmente. La muerte de Campbell ha sido calificada de suicidio y mientras no tengamos alguna prueba...

—¿Quiere más pruebas que el asesinato de mi padre? —chilló, irritado, Chick—. ¿O también se atreven a decir que ha sido un suicidio?

No; Raschi estaba muy lejos de insinuar que la muerte del teniente Parsons fuera un suicidio. Era un asesinato, con todas las agravantes imaginables. Incluso se inclinaba a pensar que también lo fue la desaparición de Campbell del mundo de los vivos. Desgraciadamente, esto último no existía manera de probarlo. Las autoridades de la prisión insistían tercamente en que Ted se colgó sin intervenciones ajenas.

—Y usted, ¿las cree?

—A medias, nada más. Traté de sacarle la verdad a ese maldito Mike; pero, aunque estuve interrogándole durante cuatro horas, no conseguí que dijese nada.

Parsons no había sido, al parecer, mucho más afortunado en su interrogatorio. En cualquier caso, si consiguió averiguar algo se lo llevó consigo a la tumba, porque no dijo a nadie una sola palabra.

—De todas formas —añadió Raschi—, yo no le hubiese puesto en libertad tan pronto. Pero quitaron la investigación de mis manos, y la primera medida del que se encargó del caso fue poner en la calle a Mike.

El inspector del distrito, Ray Boone, llevaba ahora personalmente las averiguaciones, encaminadas a dar con los asesinos del teniente. Ed Raschi no sentía por él la menor simpatía y no trataba de ocultar sus sentimientos. A diferencia de Parsons y de él, Boone no llevaba varios lustros en la Policía ni había subido a fuerza de años de servicios, desde los más humildes puestos hasta los cargos directivos. Ingresó poco antes, ya con el grado de inspector, merced a fuertes protecciones políticas.

—Tanto tu padre como yo hemos chocado muchas veces con él; desgraciadamente está por encima de mí y no puedo ni siquiera discutir sus órdenes.

—Pero yo sí puedo hacerlo.

—Ten cuidado, Chick. Boone no ve con buenos ojos al

F. B. I.

Bastará que sepa que perteneces a él para que procure darte con la puerta en las narices.

—Pues si no cumple con su deber en este caso —gruñó, colérico, el joven Parsons—, me parece que seré yo quien le dé en las narices, aunque no precisamente con la puerta.

Le costó cierto trabajo hablar con Ray Boone. No estaba en su despacho cuando acudió a visitarle; tampoco le encontró en su casa y hubo de esperar hasta primera hora de la tarde para poderle ver. La entrevista, fría y nada cordial desde sus comienzos, terminó en forma violenta.

Ray Boone era un hombre de cincuenta años, vestido con atildada corrección; alto, delgado, tenía una mirada glacial y un gesto de desdeñosa superioridad en el semblante. Chick experimentó una profunda antipatía por el tipo y tuvo la plena seguridad de que su interlocutor le correspondía plenamente.

Las primeras palabras, con las que Ray expresaba una poco sentida condolencia por la muerte del teniente, ya sirvieron para que Chick advirtiese que su interlocutor estaba perfectamente enterado de que era un agente federal y de que su estancia en Nueva York obedecía a motivos de índole personal y no a deberes del servicio.

Poco amigo de perder inútilmente el tiempo, Parsons planteó con rapidez la cuestión fundamental que le había llevado hasta allí. ¿Por qué había sido puesto en libertad Mike Rafols y qué medidas

había tomado Boone para encontrar y detener a los asesinos de su padre? El inspector pareció sorprendido ante aquellas preguntas, y en tono helado, en el que era claramente perceptible una burlona ironía, replicó:

—No creía que el

F. B. I.,

hubiera decidido intervenir en el asunto. Sin duda estaba equivocado, porque usted...

—Soy agente federal —repuso Chick—; pero he venido a verle a título personal tan sólo, porque...

—En ese caso —le interrumpió, secamente, Boone—, no tengo nada que decirle.

—¿Olvida que se trata del asesinato de mi padre?

—No olvido que soy yo quien lleva la investigación y no tengo por qué dar cuentas a nadie, ni siquiera a usted, de la marcha de mis trabajos.

Chick sintió vehementes deseos de contestar en forma adecuada. Se contuvo, con un violento esfuerzo, pensando que una disputa con el inspector en aquel instante sólo serviría para empeorar las cosas. Habló, pues, en tono comedido, midiendo con todo cuidado sus palabras.

Bien sabía que no tenía ningún derecho a exigir de míster Boone que le diese cuenta detallada de sus gestiones; jamás se le había pasado tal cosa por la imaginación. Sus preguntas, plenamente justificadas, dada la dolorosa impresión sufrida por el asesinato de su padre, eran un simple ruego. Le había sorprendido que Mike Rafols, al que algunos suponían autor de la muerte de Campbell, hubiera sido puesto en libertad; pero estaba seguro, naturalmente, de que el inspector tendría razones sobradas para proceder como lo había hecho.

—Claro que las tengo —contestó, mirándole fijamente, Ray—. Entre otras, la fundamental de que Campbell se suicidó.

—Tengo entendido que mi padre aseguraba que fue asesinado.

—Estaba equivocado, rotundamente equivocado, como tuve ocasión de decirle. Su padre era una gran persona y un funcionario modelo. Sólo tenía un defecto: exceso de celo.

—¿Lo considera un defecto?

—Lo es. El teniente Parsons se excedía en el cumplimiento de su

deber. A veces, los dedos se le antojaban huéspedes y veía crímenes y forajidos por todas partes. Esto fue lo que le ocurrió con Campbell.

—¿Quiere decir que era una persona decente?

—No afirmaré tanto. Tuvo algunos deslices, pero fue condenado y pagó su cuenta con la sociedad. Su padre se empeñó en que había cometido no sé cuántos terribles delitos, y, sin darse cuenta, fue él precisamente quien los cometió.

Afirmó que el teniente se había excedido en sus atribuciones al detenerle y hacerle ingresar incomunicado en la cárcel sin que previamente compareciese ante la autoridad judicial. Había hecho algo todavía más grave: asustar de tal manera con sus amenazas a Campbell, que el pobre diablo no encontró mejor manera de librarse de ellas que colgarse.

—Es lamentable tener que confesarlo y bastante desagradable decirlo en presencia de su hijo, pero la triste verdad es que el único culpable de la muerte de Ted fue el propio Parsons.

Nuevamente tuvo que hacer Chick un violento esfuerzo para lograr dominarse. Lo consiguió, no sin una dura lucha consigo mismo. Ya tendría tiempo y ocasión de decirle a Boone lo que estaba pensando. Ahora le interesaba, sobre todas las cosas, conocer qué se proponía hacer el inspector y qué opinaba respecto al «racket» de las apuestas y a sus turbios manejos. Hizo la pregunta con la mayor habilidad posible y vigiló con atención los menores gestos de su interlocutor.

Boone contestó en tono displicente. Estaba enterado, naturalmente, de que el teniente Parsons suponía la existencia de una gigantesca confabulación para alterar los resultados de las pruebas deportivas y quedarse con el dinero de las apuestas. No pretendía negar que algunos encuentros de «base-ball»,

fútbol y boxeo habían terminado en forma que los técnicos consideraban sorprendente.

—En el deporte abundan las sorpresas, sin que hayamos de pensar por ello que obedecen a un «tongo».

—¿No cree, entonces, que el «racket» de las apuestas tuviese intervención en el asesinato de mi padre?

Boone replicó en forma negativa. Ya sabía que algunos,

exagerando deliberadamente las cosas, creían que el famoso «racket» era un disfraz del fantasmagórico sindicato del crimen y que todo modesto apostador profesional era un Al Capone en pequeña escala. La realidad, por fortuna, resultaba muy distinta. La mayoría de los «bookies» eran personas decentes, que se ganaban la vida a fuerza de inteligencia y habilidad. Al llegar aquí, Chick le interrumpió, impaciente:

—Pero los autores de la muerte del teniente...

Con evidente desgana, el inspector condescendió a tocar aquel punto concreto. Afirmó que estaban trabajando con extraordinario entusiasmo y que no desconfiaban del éxito. Por desgracia, no tenían aún ninguna pista segura. El coche de Parsons había sido encontrado abandonado en Harlen y su cadáver hallado en el East River, a cuatro millas de distancia. Nadie sabía dónde había ido aquella noche ni quién pudiera tener interés en hacerle desaparecer. Se movían un poco a ciegas y su labor resultaba dificultosa en extremo.

—¿No vería un poco más de luz si buscase entre los dirigentes del «racket»?

—Ya le he dicho que nada tiene que ver en el caso.

—Y yo sigo pensando lo contrario —replicó Chick.

Incapaz de contenerse por más tiempo, habló con entera claridad. Creía que había que buscar a los asesinos entre quienes se enriquecían con el monopolio de las apuestas. Sandy Peters tenía que saber quién le había amenazado para hacerle perder el campeonato de los grandes pesos. Si se le interrogaba a fondo...

—¡Basta! —le interrumpió, irritado, Boone—. Sé perfectamente lo que tengo que hacer y no necesito que nadie venga a darme lecciones.

—No pretendo aleccionarle, aunque acaso lo necesite —contestó Chick—. Me limitaba a señalar dónde se puede hallar una pista.

—Le repito que no necesito para nada unos consejos que no he pedido. Creo que hemos terminado de hablar. Le agradecería que no siguiera haciéndome perder el tiempo.

Poniéndose en pie, fue hasta la puerta, que abrió de par en par, haciendo un gesto expresivo a su visitante para que se fuera cuanto antes. Lentamente obedeció Chick. Al pasar por delante del inspector, exclamó:

—«Okay», míster Boone. Ya veo que no quiere escucharme. Espero que no tardaré mucho en demostrarle que era yo quien estaba en lo cierto.

—Tenga cuidado, Parsons. No olvide que aquí no tiene nada que hacer. Si trata de actuar por su cuenta, suplantando a la Policía, puede tener un disgusto serio.

—Para mí no habría mayor disgusto que dejar impune el asesinato de mi padre. ¡Hasta la vista, inspector!

Cuando dio cuenta a Raschi del resultado de la entrevista, el capitán no pareció sorprendido en lo más mínimo. Conocía a Boone y había predicho cómo se comportaría. No creía que consiguiera detener a los culpables del crimen, pero no juzgaba posible hacer nada.

—Pues yo pienso hacer mucho —repuso, decidido, Chick—. Tanto, que no pararé hasta dar con ellos.

Ed arrugó el ceño al oírle. No le disgustaba la resolución del joven; sin embargo, dudaba mucho de que pudiese conducirle a otra cosa que a un desastre. El inspector no toleraría intromisiones de nadie. Pondría el grito en el cielo tan pronto como supiera que el joven Parsons trataba de pisar un terreno que consideraba suyo.

—Sería capaz de detenerte o enviar una denuncia a tus jefes de Washington.

—¿Y qué? ¿Voy a detenerme por eso, cuando se trata de vengar la muerte del viejo?

Habló con claridad de lo que pensaba hacer. Vencido por su decisión y entusiasmo, Raschi acabó dándole cuántos datos pudieran facilitar su trabajo. Le habló no sólo de Sandy Peters, sino de Vic Mantle, su «manager», que era quien cosas más interesantes podía decirle, así como el lugar en que, con toda seguridad, le encontraría aquella misma tarde.

También le proporcionó las señas de Mike Rafols y una fotografía para que pudiese reconocerle con facilidad. Por desgracia, sus informes respecto a la persona que más interesaba a Chick fueron vagos e inconcretos. No sabía quién era la joven que, según míster Labine, llamó por teléfono al teniente Parsons horas antes de su muerte. Sabía únicamente que Thomas se encontró a la puerta de la cárcel con una muchacha que lloraba al enterarte de la muerte de Campbell. ¿Su mujer? Seguro que no, porque Ted era

soltero. Posiblemente, su novia o cualquier amiguita. Pero ni había visto a la muchacha ni sabía qué aspecto podía tener.

—A tu padre le oí nombrar de pasada a una tal Peggy. No sé si será la chica que te interesa. Tenía pensado preguntar en el salón de Campbell, pero como ya no tengo intervención alguna en el asunto...

—Iré allí ahora; quizá logre algo.

Fue, en efecto, a Mott Street, donde el difunto Ted había tenido su oficina de apuestas, en el rincón de un salón de billares y otros juegos. Mott Street se halla en las cercanías de Bowery y es una de las intrincadas callejuelas que forman la famosa Chinatown neoyorquina, aunque, contra lo que su nombre parece indicar, no sean individuos de raza amarilla los únicos habitantes del barrio.

Los tipos que llenaban el Dime Saloon eran blancos en su casi totalidad, pero su aspecto no tenía mucho de tranquilizador. El encargado con el que se enfrentó Chick era un sujeto de nariz aplastada, mandíbula cuadrada, frente estrecha y manazas de oso. A las primeras preguntas del agente especial, repuso, en tono violento y desdeñoso:

—Equivocó el camino, muchacho. Yo no soy una agencia de información. Y si es usted uno de esos malditos «polis»...

—¿Qué?

—Haría usted bien en largarse con viento fresco. Ni sé nada ni quiero saber nada. ¿Entendido?

—Entendido que quiere obstruir la labor de la Justicia. Una cosa bastante peligrosa, amiguito. Sobre todo cuando quien le pregunta es un agente federal.

La rápida exhibición del carnet del

F. B. I.,

y la firme decisión de Parsons hicieron considerable efecto en su interlocutor. Cambió por completo de actitud y maneras. Se mostró dispuesto a responder a sus preguntas, si bien en casi todo alegó la más completa ignorancia.

—¡Le juro que no he sabido más que lo que dicen los periódicos sobre la muerte de Ted!

Tenía un interés excepcional en ser creído en este punto. Para Chick era de una importancia secundaria. Su atención estaba concentrada en la llamada Peggy. ¿Cómo era? ¿Dónde vivía? ¿Qué

lazos la unían con Campbell?

—Es una chica rubia, bonita, de las que hacen volver la cabeza. Aunque no vino por aquí más que dos veces, creo que Ted la quería mucho.

No fue mucho más lo que Chick logró sacarle. Suponía que la muchacha era uno de los muchos amoríos de Campbell, que sentía debilidad por el bello sexo. Desgraciadamente ignoraba su apellido y su domicilio exacto, si bien sabía que era en Brooklyn, en algún punto de los alrededores de Prospect Park.

Tuvo que darse por satisfecho con tan vagas indicaciones, y como la tarea de buscar a una chica llamada Peggy entre los dos millones de habitantes de Brooklyn era algo lindando con el imposible, decidió continuar su trabajo en otras direcciones.

Procuró encontrar a Mike Rafols. Telefoneó a la cárcel, sin conseguir nada. Por allí no había aparecido. Sabían que la Policía le había dejado en libertad, pero ni se presentó a tomar el servicio ni sabían cuándo lo haría. Chick quiso ver si estaba en su domicilio y se dirigió a Jersey City, donde, en una callejuela cercana a Montgomery Street, tenía alquilada una habitación.

—Hace días que no le veo el pelo —afirmó la dueña de la pensión, bastante impresionada por el carnet que Parsons puso ante sus ojos—. Llamó por teléfono a mediodía, diciendo que estaba libre, pero que no vendría esta noche ni mañana.

—Y ¿no sabe dónde podría hallarle?

La mujer quedó pensativa unos instantes. Luego citó una taberna de Hoboken, donde Mike comía algunas veces, y dos bares del East Side, cercanos a una estación de los Hudson Tubes, el ferrocarril subterráneo que, pasando por debajo del Hudson y el East River, pone en comunicación rápida y directa Jersey City con la parte baja de Manhattan y Brooklyn.

Utilizando el Hudson Tube como medio más rápido de locomoción, Chick se dirigió a aquellos dos bares, sitios en Oliver y *Water Street*. En ninguno de ellos encontró a Rafols. Pero en el segundo de ellos, uno de los camareros le indicó:

—Estuvo aquí esta tarde y dijo que volvería alrededor de las diez. Seguro que le encontrará a esa hora.

No eran más que las ocho y Chick no quiso perder el tiempo esperando. Prefirió aprovecharlo para hacer otra visita. Un «taxi» le

permitió recorrer, en menos de un cuarto de hora, las cinco millas que le separaban de Utica Avenue, en el corazón de Brooklyn, donde Vic Mantle tenía un gimnasio, en el que solía pasar las tardes.

Al entrar Chick, nadie pareció reparar en él. En tres «*rings*» distintos, seis boxeadores, calzando guantes de entrenamiento, se aporreaban concienzudamente, bajo la mirada vigilante de sus preparadores. Varios individuos más se entretenían «haciendo sombra», golpeando los sacos de arena, saltando a la comba o realizando rudos ejercicios gimnásticos.

—¿Dónde puedo ver a míster Mantle?

El sujeto a quien preguntó medía más de seis pies de estatura y era ancho de hombros, con unas manos muy grandes, una frente muy estrecha y una mirada entre recelosa y estúpida. Por su edad —frisaría en los treinta y cinco años— y su aspecto, Parsons dedujo que se trataba de algún antiguo boxeador, ya fracasado y bastante «sonado» por los golpes recibidos en sus pasados combates.

—¿Qué le quiere? Vic no recibe al primero que llega. Y usted, con ese tipo, no creo que le interese. ¡Apuesto a que no sabe ni ponerse los guantes!

—No soy boxeador —repuso Chick—; pero necesito verle en el acto. Y haría bien en llevarme donde esté.

Su interlocutor quiso replicar, pero cambió de actitud al vislumbrar la insignia que Chick hizo pasar con rapidez ante sus ojos.

—Del

F. B. I.,

¿eh? Haber empezado por ahí, amigo.

—Pues por ahí he empezado. ¡Vamos, de prisa!

El hombretón le hizo atravesar el gimnasio y pasar cerca de las duchas. Luego, por un estrecho pasillo, se llegó ante una puerta cerrada. Llamó con los nudillos, anunciando:

—Aquí hay un tipo que desea verte, Vic.

Una voz malhumorada replicó:

—¡Dile que se largue! No quiero ver a nadie.

El antiguo boxeador vaciló un instante. Luego, entreabriendo la puerta, insistió:

—No puedo echarle, Vic. Es un agente federal.

Sin esperar respuesta, Chick apartó a un lado al boxeador y entró en la habitación. Era un despacho amueblado sin grandes lujos. Mantle aparecía sentado detrás de la mesa, con un teléfono al alcance de la mano, masticando un puro y revolviendo con el ceño fruncido algunos papeles. Levantó la cabeza al entrar Parsons y, mirándole de hito en hito, preguntó:

—¿Es usted ese agente? ¿Qué quiere de mí?

—Hacerle unas cuantas preguntas en relación con la derrota de Sandy Peters. Creo que ya el teniente Thomas Parsons le interrogó sobre el mismo asunto y...

—¿Se llama usted, por casualidad, Chick Parsons? —le interrogó Vic.

—Me llamo así, aunque no por casualidad. Vengo a interrogarle, porque espero de usted una posible pista para...

Mantle se puso en pie. Brilló en sus ojos una lucecita irónica. Luego, sin dejar concluir a su interlocutor, repuso:

—Mire, amiguito: no tiene derecho a interrogarme. De forma que ya se está largando de aquí y dejándome en paz.

—¿Que no tengo derecho a interrogarle? —preguntó, sorprendido, Chick—. ¿De dónde ha sacado eso?

—De donde sea. Le repito que se largue, antes de que tenga que recurrir a otros procedimientos.

—¿Y si, a pesar de sus amenazas, me quedo aquí y le hago contestar a mis preguntas?

—No lo hará. El inspector Boone me avisó de su posible visita. Me bastaría llamarle a Centre Street...

—¡Usted no llamará a nadie! —contestó, irritado, Chick—. ¡Deje el teléfono si no quiere que le dé con él en la cabeza!

Avanzando hacia la mesa, arrebató el aparato de manos de Vic. Por la mente del «manager» cruzó un instante el deseo de emprenderla a puñetazos con su interlocutor. Pensó luego que quizá fuese más fuerte que él. Por fortuna, allí, parado en la puerta, tenía un magnífico auxiliar.

—¡Duro con él, Bill! Sujétale mientras hablo con la Policía. Si se resiste, le sacudes...

El llamado Bill extendió sus manazas y avanzó con gesto decidido sobre el agente federal. Nunca supo con exactitud lo sucedido. Repentinamente sintió un dolor agudo en el «plexus»

solar; luego, un golpe seco en el cuello, y cayó de bruces, perdido el conocimiento.

Con ojos aterrados, Vic había presenciado la increíble escena. El nerviosismo le impedía marcar un número, aunque tenía el teléfono en las manos. Chick no se anduvo con rodeos. Cerró de un golpe la puerta; cuando se volvió, tenía en la mano una pistola.

—¡Suelta el teléfono y habla! Si no contestas a lo que voy a preguntarte...

—¿Sería capaz de... matarme? —preguntó, aterrado, el «manager».

—A mi padre, que valía mil veces más le mataron por no hablar tú. A mí no me ocurrirá lo mismo. ¡O dices lo que sabes o puedes darte por muerto!

IV

CHICK EMPIEZA A VER CLARO



I un solo instante había pasado por la imaginación de Chick la descabellada idea de emprenderla a balazos con el aterrado «manager». Pero necesitaba asustarle, dar la clara impresión de que estaba dispuesto a hacer fuego sin vacilación alguna, para forzarle a hablar. Su treta, junto con los golpes propinados a Bill, que se removía en el suelo, empezando a recobrar el perdido conocimiento, dieron el fruto apetecido.

—¿Qué quiere que le diga? —preguntó Vic, pálido y sudoroso, dejándose caer pesadamente en su asiento.

—La verdad de la derrota de Sandy Peters en su combate con Bob Lemon.

Mantle tragó saliva, hizo un esfuerzo por serenarse y comenzó a contar las cosas a su manera. Había sido un caso de auténtica mala suerte. El negro tenía ganada la pelea cuando se descuidó y un golpe de su contrincante, que le cogió de lleno...

—¡Basta, Vic! Te he pedido la verdad, no que me cuentes una historieta.

—Pero si la verdad...

—Es totalmente distinta. ¡De prisa! ¿Por qué se dejó vencer Sandy? ¿Quién os amenazó de muerte si Peters derrotaba a Lemon?

Tuvo que repetir varias veces la pregunta, cada una en forma más amenazadora que la precedente, antes de conseguir una respuesta. Vic sudaba copiosamente y miraba en torno suyo, en una desesperada súplica de ayuda, que nadie podía proporcionarle. Al cabo, cuando el cañón de la pistola que Chick empuñaba estuvo a sólo unos centímetros de su cabeza, exclamó, desesperado:

—¡No puedo! ¡Le juro que no puedo decirlo!

—¿Por qué? —inquirió el agente.

—Porque si dijese una sola palabra..., ¡me matarían antes de cuarenta y ocho horas!

Hablaba entre sollozos, con acento de profunda sinceridad. A Chick le daba cierta pena verle temblar convulsivamente, mientras su mirada reflejaba un terror pánico. Pero estaban en juego demasiadas cosas para que pudiera detenerse por nada. Tras una breve pausa, replicó, con dureza:

—Es posible que te maten «ellos», pero también que logres escapar. Como no escaparás de ninguna manera es si cierras la boca. ¡Porque yo te levanto aquí mismo la tapa de los sesos!

—Pero es que...

—¡Habla o disparo!

Sentir el frío del cañón en la sien derecha era más de lo que Vic Mantle podía aguantar. Sintió que su terror llegaba al paroxismo, temiendo que Chick apretase el gatillo en cualquier instante. Sollozante, gritó:

—¡No, no! ¡Hablaré, hablaré!

Parsons apartó unos centímetros la pistola y esperó las revelaciones de Vic. En voz muy baja, como si temiere que las

paredes pudieran oírle, comenzó a hablar Mantle. Era cierto que Sandy Peters había simulado el fuera de combate. No le había quedado otro remedio. Tanto el negro como su «manager» habían sido advertidos de que, en el caso de negarse, no saldrían vivos del Yankee Stadium.

—¿Quién os amenazó?

—Ted Allan Campbell, naturalmente —contestó Mantle, tras una breve, pero claramente perceptible vacilación.

—¡Mentira! Conocías a Ted lo suficiente para no temerle. Era un «bookie», no un «gángster». Ni siquiera llevaba pistola, y tú lo sabías. ¿Quién te amenazó?

—¡Le juro que fue Campbell!

—Es posible que te transmitiera el último aviso. Pero ¿quién había detrás de él? ¿Quién te amenazó antes?

Se acentuó el temblor de Vic; sin embargo, no se atrevía a responder. Fue preciso, para decidirle, que por segunda vez el cañón de la pistola de Chick se apoyase en su sien.

Entonces sí habló. Lo hizo con la desesperación de quién se arroja de cabeza al agua porque el barco se va a pique. Tenía buen cuidado de no levantar la voz, de forma que Parsons necesitaba prestar mucha atención, para no perder una sola de sus palabras. Además, hablaba con rapidez, deseoso de terminar cuanto antes.

No, no había sido sólo Campbell quien le amenazó; en realidad, Ted no hizo otra cosa que decirle en el Yankee Stadium que recordase el «contrato» de Bugsy Ziefeld. Esto fue suficiente para que Sandy se dejase vencer. Porque Ziefeld, un antiguo y fracasado luchador de «catch», hacía cuatro años que capitaneaba un «gang», que sembraba el terror no sólo en Brooklyn, sino en Nueva York entero, e incluso en los Estados vecinos.

Bugsy Ziefeld era un «killer», un asesino frío y bestial. Su banda no se dedicaba al robo ni al contrabando, ni al juego: sólo al asesinato. Cuando a los elementos directivos del «racket» de las apuestas, de las drogas o de la «protección» les estorbaba un individuo, acudían a Ziefeld. Discutían las condiciones y llegaban con facilidad a un acuerdo, si le pagaban «su precio». A cambio de equis cantidad, Bugsy y sus muchachos eliminarían a determinada persona. Como anticipo solía recibir la mitad de la suma estipulada; el resto lo percibía una vez realizado su «trabajo». Y era fama que

nunca había dejado de cumplir un «contrato».

—Hace quince días vino aquí para anunciarme, sonriente, que acababa de firmar uno. Incluso había percibido la mitad: veinte mil dólares. Los otros veinte se los darían al terminar su labor.

El «contrato» tenía una cláusula suspensoria: que Sandy Peters se dejase vencer por Bob Lemon. En tal caso, no tendría nada que hacer. Pero si Bob era derrotado, tanto el negro como su «manager» habrían de vérselas con Bugsy. Fue inútil que Vic protestara, y se resistiese. Torvo, amenazador, Ziefeld se limitó a responder:

—Los negocios son los negocios, amigo. He firmado un «contrato» y tengo que cumplirlo. A tu elección queda la forma.

Igual advertencia recibió su púgil. Durante varios días quisieron hacerse la ilusión de que podrían salir con bien del empeño. Aunque con una debilidad extraordinaria por el dinero, Mantle llegó a ofrecer a Bugsy una cantidad similar a la que había de recibir por el asesinato. El «killer» la rechazó con un gesto digno. Había dado su palabra y la cumpliría.

Sobreponiéndose al pánico que sentían, el negro y su «manager» esquivaron una clara aceptación hasta el último instante. Esperaban un milagro, que no se produjo. Aquella noche, al salir de los vestuarios con dirección al «ring», vieron merodeando, en torno al cuarto en que Sandy se vestía, a Ziefeld y varios de sus «gun-men».

Su sola presencia ya desconcertó de tal manera a Peters, que no logró terminar en los dos primeros asaltos con Bob Lemon, que en circunstancias normales no habría aguantado un solo «round» en pie. Después, cuando Campbell les hizo la última advertencia, no les quedó otro remedio que aceptar la derrota.

—¿Por qué no acudiste a la Policía?

En los ojos de Vic pudo leerse una expresión de asombro y perplejidad. Tardó unos segundos en comprender que su interlocutor hablaba perfectamente en serio. Irritado, repuso:

—Porque no estaba cansado de vivir.

—¿Crees que no te hubiese auxiliado y protegido?

—¡Hum! Sé de algunos que pidieron su protección; ninguno vive a estas horas, mientras Ziefeld continúa en libertad. No quise que me ocurriese lo mismo.

—¿Tantos amigos tiene?

Vic optó, por no responder de una manera directa. Los amigos que Bugsy pudiera tener no era cuenta suya. Lo único que le importaba era que quien pretendió denunciarle perdió la vida, y que no estaba muy dispuesto a que le ocurriese lo mismo.

—¿Quién le pagó para que te asustara?

—Lo ignoro; Ziefeld no me lo dijo.

—Pero tú lo sabes. Se trata del «racket» de las apuestas, ¿no? Pues necesito nombres de los que están metidos en este lío. ¡Pronto!

Vic se resistía a hablar. Estaba asustado, pero resultaba evidente que, tanto como la pistola de Parsons, temía a las consecuencias de dar los nombres de quienes, si unas semanas atrás le habían amenazado de muerte, podían ahora llevar a la práctica su amenaza.

Un instante se creyó salvado, viendo que Bill se incorporaba silenciosamente a espaldas de Chick, disponiéndose a atacarle para vengarse de los golpes recibidos. Por desgracia para él, Mantle reflejó en su semblante algo de lo que estaba pensando, Parsons miró hacia atrás y Bill se vio detenido en su avance por una voz fría, que amenazaba:

—¡Cuidado! Vas a ponerte ahí, de cara a la pared y con las manos en la nuca, si no quieres que te haga un agujerito en la barriga.

Toda su vida, Bill había sentido un respeto supersticioso por las armas de fuego; ahora no quiso poner a prueba la puntería de su interlocutor. Las ansias de venganza se esfumaron repentinamente. Obedeció sin responder una sola palabra, colocándose en el lugar donde Chick le había indicado.

—¡Habla de una vez, Mantle! No me gusta perder el tiempo y si tardas dos minutos más...

La amenaza que envolvían sus palabras resultó más que suficiente para desatar la lengua de Vic. Conocía bastante del «racket» de las apuestas, por la definitiva razón de que toda su vida había girado en torno al deporte, y las grandes pruebas deportivas medían su importancia por los millones cruzados entre los partidarios de uno y otro de los individuos o los equipos contendientes.

Quince años atrás, cuando al cesar la prohibición los «gangsters» hubieron de buscar nuevos campos a su actividad, algunos jefes de

las antiguas bandas llegaron a un acuerdo, constituyendo lo que, andando los tiempos, había de ser designado por sus enemigos como el Crime Syndicate o con el título aún más expresivo de Murder Incorporated Syndicate.

En aquella corporación de malhechores, que explotaba cuánto era posible explotar —el juego, las loterías clandestinas, las apuestas deportivas, la prostitución, las drogas, la llamada «protección», etc., etc—, los gerifaltes se repartieron cuidadosamente los papeles. El «racket» de las apuestas fue colocado bajo la doble dirección de Frank Erickson y Charley «Lucky» Luciano. Todo fue bien durante algunos años, hasta que la traición de uno de los forajidos —caído en desgracia y sentenciado a muerte por sus compañeros— hizo que las autoridades tomaran cartas en el asunto, desbaratasen la organización, y algunos de sus miembros más significados —como el famoso Meyer Lepke— fueron llevados a la silla eléctrica.

—Todo eso es viejo —gruñó, irritado e impaciente, Chick—. Lo saben hasta los críos pequeños. Te he preguntado lo que ocurre ahora, no lo que sucedió hace diez años.

—Pues que todo está igual, sólo que con distintos individuos al frente.

Muchos de los viejos «gangsters» habían muerto; otros, como el propio Luciano, fueron expulsados de América; algunos —y allí estaban para demostrarlo Frank Costello, Joe Adonis, Frank Erickson y un puñado más— afirmaban haberse convertido en honorables negociantes, que nada sabían ni querían saber de sus antiguas andanzas. Pero el sindicato seguía en pie.

—¿Quién lo dirige ahora?

O Vic no lo sabía o tuvo miedo de decirlo; en cualquier caso, alegó una completa ignorancia, sin que las amenazas de Chick le hiciesen modificar su actitud. En cambio, parecía bastante enterado de cómo funcionaba el ramo de las apuestas. Había oído decir que a su frente estaba Vito Anastasia, uno de los célebres hermanos Anastasia, que en tiempos impusieron un reino de terror sobre los gigantescos muelles de las orillas del East River y del Hudson.

—Albert está retirado de los «negocios», pero Vito le sustituye, con ventaja para la familia.

A la memoria de Chick acudió algo relacionado con Vito

Anastasia. Dos años atrás se vio en un serio apuro, acusado de evasión de impuestos. Parecía inevitable que fuese condenado a una larga temporada de encierro. Le salvó el mismo que había salvado a su hermano Albert de sentarse en la silla eléctrica: Lewis Carl Hegan. ¿Y no había estado Hegan hablando con su padre, procurando sonsacarle lo que sabía? Indudablemente, Hegan era el lazo de unión entre Vito, el «racket» de las apuestas y los asesinatos de Campbell y del teniente Parsons.

—Bien, muchacho. Creo que me has dicho la verdad. Ahora, si te interesa llegar a viejo, procura no decir ni siquiera que me has visto. Si Ziefeld y Vito llegan a saber que me has dado sus nombres... ¡Bueno; lo más probable es que firmasen un nuevo «contrato» y tú fueses la víctima!

Vic movió repetidas veces la cabeza en gesto afirmativo. No, no diría una sola palabra. Ni Bill tampoco. Guardarían silencio, por la cuenta que les tenía. Incluso se largarían de América. Tenían pensado que Sandy celebrase algunos combates en Francia e Inglaterra.

—Tomaré el avión mañana mismo, antes de que a cualquiera se le ocurra volarme la cabeza.

—Me parece una idea magnífica. Sería lo que yo haría si estuviera en tu caso.

Al salir del gimnasio de Utica Avenue procuró alejarse de prisa, por si Vic reaccionaba de su ataque de pánico, lanzando algunos muchachos en seguimiento suyo. Respiró satisfecho cuando, tras salvar unas cuantas manzanas, se encontró en Fulton Street. Penetró en un bar, pidió un doble de «whisky» y se metió en la cabina del teléfono público. Un instante después hablaba con Centre Street.

—¡Hola, capitán! Soy Chick Parsons. Necesito que me haga un favor. ¿Qué sabe de Bugsy Ziefeld?

Ed Raschi lanzó una exclamación de sorpresa. Luego, en tono alarmado, replicó:

—¡Cuidado, muchacho! Te valdría más tropezar con siete tigres que enfrentarte con ese tipo.

—Lo sé, capitán; lo sé. Pero ¿querría mirar su ficha y darme algunos detalles de su vida y andanzas?

Raschi no necesitaba buscar la ficha, porque se sabía de memoria muchas cosas respecto a Ziefeld, y ninguna agradable.

Hijo de unos inmigrantes polacos, nacido y criado en Brooklyn, había sido detenido en diez ocasiones distintas, acusado de diversos delitos. Aunque no parecían existir grandes dudas acerca de su intervención en los mismos, jamás pudo probarsele nada. En todos los casos disponía de una magnífica coartada.

—¿Ha oído hablar de sus famosos «contratos»?

Sí; Raschi estaba enterado de aquello. Según algunos, el negocio más lucrativo de Bugsy era el asesinato por cuenta de otro. Pero esto no pasaban de ser suposiciones, porque en ningún caso se hallaron las pruebas precisas para inculparle. Como, por regla general, no existía la menor relación entre los muertos y él, que ni siquiera se conocían en la mayoría de los casos, resultaba doblemente difícil una acusación basada en indicios racionales de culpabilidad. Se sabía, sí, que en torno suyo, obedientes a sus menores indicaciones, se movían unos cuantos tipos de la peor catadura. Pero esto era todo.

—¿De qué vive, oficialmente?

Ziefeld tenía varios negocios, más o menos honestos, que le servían de tapadera para justificar una parte de sus ingresos. El capitán citó algunos de ellos: una estación de aprovisionamiento de automóviles en Coney Island, un garaje en el Bronx, un bar en el East Side...

—¿En qué calle? —preguntó Chick, asaltado por una idea repentina.

—En *Water Street*, en el número noventa y siete. Pero no te molestes en investigar allí, muchacho. Todo está «okay». ¡Ni siquiera se juega!

Parsons no tenía intenciones de buscar juegos más o menos prohibidos en *Water Street*. Había algo que le interesaba más: que aquél era precisamente el bar donde estuvo en busca de Mike Rafols y adónde se proponía volver inmediatamente. Que el guardián lo frecuentase, podía ser una simple casualidad, pero también —y era lo más probable— que Mike, en una forma o en otra, estuviese en relación con las huestes de Bugsy.

—Una última pregunta, capitán: ¿qué señas tiene Ziefeld?

Raschi se las dio en el acto. Era un tipo relativamente fácil de identificar: treinta y cinco años, de mediana estatura, fornido, con una cabeza cuadrada que revelaba un indudable origen teutón, un

presuntuoso bigotito en el labio superior y unos dientes de oro, sustituyendo a los propios, perdidos nadie sabía cómo ni dónde.

—Gracias, amigo. Procuraré tenerle al corriente de mis pesquisas.

—No dejes de hacerlo, Chick. Si pasan unas horas sin noticias tuyas, temeré que te haya ocurrido lo mismo que a tu padre.

—Me parece que antes daré bastante que hablar —repuso Parsons.

Colgó el auricular y salió del bar. Tomó un «taxi», que abandonó al otro lado del puente de Brooklyn. Desde allí fue andando hasta *Water Street*. Eran sólo unos centenares de metros y le convenía pasear un poco, poniendo en orden sus ideas y decidiendo el camino a seguir. Sin embargo, llegó a su punto de destino antes de haber tomado una clara decisión.

La noche estaba fría y lluviosa; *Water Street*, ruidosa y llena de gente durante el día, aparecía casi desierta. Tampoco en el bar había mucho público. Cinco o seis individuos, bebiendo acodados a la barra o sentados en los altos taburetes, y otros diez o doce, bebiendo y charlando, sentados a las distintas mesas. Una rápida mirada sirvió a Chick para convencerse de que Mike no estaba a la vista. El reloj marcaba las diez menos cinco. Esperaría; el camarero de la tarde le había dicho que vendría a las diez; acaso apareciera por allí en cualquier instante.

—Un bocadillo de jamón y un café bien cargado.

No había probado bocado en toda la tarde y sentía verdadera hambre. Esperaría comiendo. Pasaría más inadvertido así; además, se piensa mejor con el estómago lleno.

Terminaba de tomarse el café, cuando se abrió una puerta cercana al mostrador del bar y un individuo apareció en el umbral. Con disimulo miró la fotografía que llevaba en el bolsillo. No cabía le menor duda: aquel individuo era Mike Rafols en persona. Bien. Esperaría que saliese a la calle y marcharía tras él. Fuera podría abordarle con mayor tranquilidad.

Pagó lo que había tomado y encendió un cigarrillo con lenta parsimonia. Mike cambió algunas frases con varios de los parroquianos y dos de los camareros, que le felicitaron sin decir por qué; pero, indudablemente, por haber sido puesto en libertad. El guardián recibió sonriente sus felicitaciones. Luego, abrochándose

el abrigo, salió a la calle.

Chick fue tras él. No tuvo que ir muy lejos. Mike se detuvo en la esquina próxima, esperando que pasara algún «taxi», y Parsons decidió abordarle. Con la mano derecha hundida en el bolsillo de la trinchera, como elemental medida de precaución, interpeló al guardián:

—¿Mike Rafols?

El individuo se le quedó mirando, entre sorprendido y alarmado. Al cabo, con voz no muy segura, replicó:

—Sí. ¿Qué me quiere?

—Soy, policía y necesito hacerle algunas preguntas.

—¿Preguntarme a mí? ¿Sobre qué?

—Sobre la muerte de Ted Allen Campbell, naturalmente. Hay algunos puntos oscuros...

—¡No hay nada oscuro! —protestó, irritado, Rafols—. Ya me interrogaron en Centre Street y quedó todo bien aclarado. Campbell se suicidó.

—Sin embargo, tendrá que responder a unas cuantas cosas. Y decirme toda la verdad.

—¿Sería igual que te la dijese yo?

La voz había sonado a su espalda y Chick pretendió volverse con rapidez. Un objeto duro y frío se le clavó en los riñones, mientras la misma voz advertía:

—¡Con tranquilidad, muchacho! Levanta un poco las manos antes de volverte, o tendré que darle gusto al dedo. ¡Así! Ya puedes dar media vuelta.

Parsons obedeció. Se encontró entonces de cara con un individuo de mediana estatura que empuñaba una «Browning» y le miraba sonriente, mostrando al hacerlo unos cuantos dientes de oro. No tuvo la menor duda de que se trataba de Bugsy Ziefeld en persona.

—Bien, amiguito. No recuerdo tu cara, pero me parece que tendremos que charlar un ratito.

—¿Acerca de la muerte de Campbell? —inquirió, sin perder la calma, Chick.

—De tu interés por ese asunto y de otras cosas. ¿No te parece, Mike?

—Desde luego —gruñó Rafols—. Me dijo que era un policía,

pero yo creo...

—Dentro hablaremos con mayor claridad. Vuelve al bar, amiguito. Pero mucho cuidado. No olvides que voy a tu lado, que tengo un juguete en la mano y que al menor movimiento sospechoso...

Con gesto imperativo señalaba la dirección a seguir. Chick dudó un momento en echársele encima, esperanzado en vencerle, pese al arma que seguía empuñando. Cambió de parecer al pensar que podía ser interesante hablar con aquellos dos tipos y tratar de hacerles decir lo que le interesaba. ¿Qué podían matarle? Lo dudaba. Vacilarían cuando vieran que era un agente del

F. B. I.,

cuyo asesinato no quedaría impune. De todas formas, mientras no le cacheasen y le quitaran la pistola, que seguía guardando en el bolsillo de la trinchera, habría posibilidad de que se cambiasen las tornas.

Volvió a entrar en el bar. Mike marchaba a su lado, vigilando con atención sus menores movimientos. Tras ellos iba Ziefeld, que llevaba la «Browning» un poco disimulada. Al penetrar en el establecimiento, Bussy ordenó:

—Sigue hacia la puerta que hay al lado del mostrador. Y no acerques las manos al cuerpo. ¿Entendido?

Tanto los camareros como los parroquianos miraron un tanto sorprendidos al grupo que atravesaba el bar, pero ninguno hizo la menor pregunta. Cuando Chick atravesó la puerta que le había indicado Ziefeld se encontró en un saloncito, medianamente amueblado. Había un tresillo de cuero a un lado, una mesa con un sillón en el centro y una pequeña librería a la izquierda. Detrás de la mesa una ventana, que seguramente daba a la calle o a un patio de la casa.

—Vas a hablar clarito, muchacho. ¿Quién eres y qué te interesa de Campbell?

—Sí; que hable —se anticipó Mike, que daba ciertas muestras de inquietud—. Aunque me dijo que era un agente, lo dudo mucho. Cuando el inspector me dejó marchar dijo que no volverían a molestarme.

El inspector a que aludía no podía ser otro que Ray Boone.

Chick hizo una pregunta concreta y aunque no obtuvo respuesta

tuvo la seguridad de haber acertado por el gesto de Mike. Ziefeld habló, irritado:

—No eres tú, sino yo, quien puede hacer preguntas. Contesta a lo que te he dicho.

—He recibido órdenes de buscar a Mike Rafols —mintió Chick—. Tiene que aclarar algunos extremos respecto a lo ocurrido con Campbell. Pero si usted, como dijo en la calle, puede hacerlo, celebraría mucho escucharle.

—¿Insistes en que eres agente de policía? —inquirió, ceñudo, Bugsy.

—¡Naturalmente! Y puedo decirles más aún: que sólo por la forma en que me ha tratado ya se expone a un grave disgusto.

La firmeza con que Chick se expresaba pareció desconcertar un tanto a Bugsy, que permaneció vacilante unos segundos. Mike intervino de nuevo:

—No le creas. El inspector me dijo que el asunto estaba aclarado y que ningún policía tenía que molestarme en lo más mínimo.

—Quizá se equivocó Boone —repuso, con calma, Parsons—. Él no representa a toda la Policía. Es posible que el F. B. I.

tenga cierto interés en este asunto, porque...

—¿Pertenece al F B. I.? —le interrumpió, nervioso, Ziefeld.

—¡Seguro! Por eso dije que emplear la violencia contra la Policía federal...

—¡Es él, es él! —exclamó, excitado, Mike—. El inspector tenía razón al suponer que vendría.

—¿Os avisó Boone de que iba a venir? ¡Ya veo que sí! Parece que os lleváis muy bien. ¡Así da gusto! El famoso Bugsy Ziefeld de acuerdo con los representantes de la Ley...

Bugsy arrugó más aún el ceño al oírle. En tono violento exigió que le dijese quién le había dicho dónde podía encontrarle.

—No vine a buscarte a ti, sino a Mike. Pero celebro haberte encontrado. Sobre todo, si puedes decirme algo de la muerte de Campbell.

—¡Eres tú el que va a contestar y pronto! ¿Quién te dijo que podía estar mezclado en esto y dónde podrías encontrarme?

—Te lo diré con una condición: que tú me digas quién liquidó a Ted. También me interesaría mucho saber por qué matasteis al

teniente Parsons.

Ziefeld rechazó de plano la pregunta. Adivinaba el intento de su interlocutor de sonsacarle. Aunque teniéndole en sus manos no creía que le sirviera de mucho saber nada, no por eso quería confiarse. Tornó en forma apremiante a su interrogación precedente. ¿Cómo sabía el agente federal que estaba allí? ¿Cómo le había reconocido? ¿Por qué le suponía mezclado en los dos asesinatos?

—Porque firmaste uno de tus famosos «contratos» con Vito Anastasia. El «racket» de las apuestas contaba contigo para que se produjesen ciertos resultados-sorpresa.

—¡De prisa! —chilló Bugsy, alzando, en gesto amenazador, la pistola—. ¿Quién te ha contado todo eso? ¿Vic Mantle, acaso?

—Ni soñarlo; no he visto a Mantle en todos los días de mi vida. Pero interesa poco quien me lo dijese. Lo importante es que sea verdad.

—Aunque lo sea, te servirá de poco estar enterado —gruñó, feroz, Bugsy—. Pero si no quieres que te liquidé aquí mismo vas a darme el nombre del «chivato».

Sin dejarse intimidar por la amenaza, Chick se encogió de hombros. Acalorado, Ziefeld insistió. Antes de que Parsons pudiera responder una sola palabra se le adelantó Mike:

—¡Tuvo que ser Peggy, Bugsy! Ya te dije que esa chica...

—¡Responde tú! ¿Has visto a Peggy?

—Es la primera vez que oigo ese nombre —mintió Chick.

—No quieres hablar, ¿eh? Pues te aseguro que sé cómo soltar la lengua a tipos como tú. No tardarás en verlo. ¡Pero cuidado! Levanta bien los brazos y deja que Mike te cachee. No me gustan las sorpresas...

Simulando obedecer, Parsons alzó las manos por encima de la cabeza. Rafols se adelantó a registrarle. El agente se movió ligeramente, de tal manera, que Mike hubo de colocarse un momento entre la pistola que empuñaba Ziefeld y él.

Procedió entonces con celeridad vertiginosa. Cogiendo a Rafols por el cuello le tenía en el aire antes de que su adversario pudiera esbozar el menor gesto de resistencia. Luego, con fuerzas que nadie hubiese sospechado en él, dado su aspecto, lo arrojó con violencia contra Bugsy.

Cegado por la ira, temiendo que su adversario pudiera escaparse, Ziefeld apretó el gatillo tan pronto como Chick pasó a la ofensiva. Por desgracia, Mike ya estaba en el aire, lanzado contra él, y los dos balazos fueron a hundirse en la espalda del guardián de prisiones.

Los dos rodaron por el suelo un segundo después. Bugsy era fuerte, pero no pudo aguantar en pie el choque contra el cuerpo ya agonizante de Rafols. Y no fue lo peor que cayera al suelo, sino que al tropezar contra el respaldo de uno de los sillones la pistola que empuñaba se le escapó de entre los dedos.

Poniéndose en pie de un salto, quiso recoger el arma perdida. Pero ya entonces Chick era dueño de la situación.

—¡Quieto, Bugsy! Un solo paso y haces compañía a Mike.

Tenía una pistola en la mano y debía saberla manejar. Como todos los asesinos, Ziefeld no era un prodigio de valor, excepto cuando todas las ventajas estaban de su parte, cosa que no ocurría ahora. Aterrado levantó los brazos, suplicando:

—¡No tires, no tires!

—«Okay». ¡Cierra la puerta y responde a mis preguntas!

Tembloroso, Bugsy corrió el pestillo. Mientras, Chick abrió la ventana para tener libre un camino de huida. Apremió entonces a Ziefeld:

—¡Contesta rápido! ¿Fue Mike quién asesinó a Campbell?

Bugsy dirigió una mirada a Rafols, que se estremecía tendida de bruces en el suelo con la espalda empapada en sangre; si no había muerto, no tardaría en morir. Nada se perdía con acusarle.

—¡Apuesta que sí! Ted era un estorbo y nadie más que Mike estaba en condiciones de llegar hasta él.

—¿Para quién era un estorbo? ¿Para ti?

—No. Te juro que nada tuve que ver en el asunto.

—¿Para quién, entonces? ¿Vito Anastasia, quizá?

Ziefeld contestó con una ligera inclinación de cabeza, mientras buscaba la forma de escapar con bien de aquella situación. En la puerta resonaban llamadas acuciantes. Alarmados por los disparos, los clientes y los camareros del bar, entre los que había varios de sus pistoleros, pretendían entrar para enterarse de lo sucedido. Como nadie les respondiese estaban forzando la puerta.

—¡Contesta con claridad! ¿Fue Vito quién lo organizó todo de

acuerdo contigo?

—Sí.

—¿Incluso el asesinato del teniente Parsons?

El pestillo de la puerta saltó en aquel instante. Bugsy actuó con celeridad y acierto totalmente inesperados en quién daba la impresión de estar totalmente vencido. Con disimulo se había acercado a la llave de la luz. De pronto, dejó la habitación a oscuras, al tiempo que se tiraba de cabeza detrás de uno de los sillones, chillando:

—¡Entrad rápidos! ¡Qué me mata! ¡Qué me mata!

La puerta se abrió de un golpe. Chick disparó hacia allá sin propósitos de herir, sin otro deseo que mantener a raya a los secuaces de Bugsy. Lo consiguió, aunque desde fuera le contestaron con una lluvia de plomo. Por fortuna quienes tiraban desde el bar lo hacían sin atreverse a asomar la cabeza, por lo que sus disparos ofrecían poco peligro.

De cualquier forma, ahí no podía continuar. No sólo existía el riesgo de que le alcanzase uno de los balazos, sino que alguno de sus enemigos saliesen a la calle para atacarle a través de la ventana, cerrándole así todo el camino de huida. Tenía que escapar antes de que fuera demasiado tarde.

Tras hacer algunos disparos para mantener a raya a sus adversarios, saltó por la ventana. Se encontró en una callejuela oscura y desierta. Oyó gritos y voces a su espalda. Pegado a la pared, procurando marchar por las zonas peor alumbradas, echó a correr.

Cuando diez minutos después se detuvo jadeante, volvió la cabeza para comprobar que nadie le seguía. Aunque ya pudo considerarse a salvo, continuó andando con paso presuroso. Cuando se vio en Chatan Square murmuró:

—Ha pasado el peligro... por el momento. ¡Y no he perdido la noche!

V

TRAICIÓN



UNQUE se encontraba cansado no quiso dormir aún. Se dirigió, sí, a White Street, donde míster Labine vivía, y en cuyo piso había resuelto pasar los días que permaneciera en Nueva York. Clement estaba levantado, aguardando con cierta impaciencia su regreso y ambos conversaron durante largo rato.

Labine había pasado toda su vida en Nueva York, en contacto permanente con la Policía y estaba enterado de muchas cosas. Chick sabía que podía confiar en él y le contó detalladamente todo lo que había hecho. Al final, el viejo, tras pensarlo un rato, le aconsejó:

—Toma el primer tren de la mañana y vuelve a Washington.

—¿Abandonándolo todo cuando tengo en mis manos los hilos de la trama?

—Salvando la vida, que es lo fundamental. Sí continuas aquí veinticuatro horas no daré un solo centavo por tu piel.

Habló con claridad y sensatez. Aunque había logrado vencer en un momento dado a Ziefeld, no debía esperar que su victoria fuese definitiva. Bugsy era un asesino peligroso. A aquellas horas le estaría buscando ya. Seguramente no tardaría en encontrarle. Entonces...

—Le demostraré que las personas decentes también sabemos manejar las armas de fuego en defensa de nuestras vidas.

—Con la sensible desventaja de que las personas decentes no disparan por sorpresa ni a traición, y los forajidos sí.

Pero con significar un riesgo grave, Ziefeld no era el mayor de los que le amenazaban. Vito Anastasia, dirigente máximo del «racket», constituía una verdadera potencia. Aunque todo el mundo conocía su vida y milagros, pese a que la Policía no ignoraba que había acaudillado bandas de pistoleros, cuando no actuado personalmente como «gunman» en sus tiempos de guardaespaldas de su hermano Albert, nada se podía hacer contra él. Tenía muchos millones y, lo que le valía más aún: amigos e influencias.

—¿Lewis Carl Hegan, por ejemplo? —inquirió, sonriendo despectivo, Chick.

—Sí, y no te rías. Hegan es un tipo astuto que conoce las leyes para transgredirlas con mayor impunidad. Carece de escrúpulos, le respaldan gentes de apariencia honorable y no resulta saludable tenerle como enemigo.

Su habilidad había servido al abogado entre otras cosas para convertirse en muñidor electoral. Aliado con los Anastasia y otros «clientes» de parecida catadura, ejercía cierta influencia en las elecciones municipales. Dos o tres «aldermen» —concejales—, suponían, con mayor o menor fundamento, deberle sus actas.

—Y esto es muy importante cuando la Policía local depende del Municipio.

Una idea repentina cruzó, de pronto, por el cerebro de Chick. ¿Habría intervenido Hegan para que un individuo como Ray Boone alcanzase de golpe su cargo de inspector de distrito? Labine no se atrevió a dar una respuesta categórica.

—Lo único que puedo decirte es que se conocen y tratan. Les he visto en tres o cuatro ocasiones comiendo juntos.

—Con eso es suficiente para mí —repuso Parsons.

Daba por terminada su charla con mister Labine y se disponía a meterse en la cama, deseoso de madrugar al día siguiente, cuando el capitán Raschi le llamó por teléfono. Ed estaba bastante alarmado porque Chick no le había llamado, conforme le prometió y sobre todo porque Mike Rafols había sido muerto a tiros en *Water Street*, no lejos del bar de Ziefeld.

—¿Acaso pretenden acusarme a mí? —preguntó Chick.

De momento parecía que no. Según Bugsy y varios de los concurrentes al bar, a Mike le mataron a poco de abandonar el establecimiento. Cuando se asomaron a la puerta alarmados por los disparos, le vieron tendido en el suelo, mientras su agresor se alejaba en un automóvil. Ignoraban quién pudiera ser éste, pero sospechaban de un individuo joven que estuvo preguntando por Rafols aquella misma tarde y que dio a entender que era un agente de policía.

—Yo no creo una sola palabra de todo esto —afirmó el capitán—. Seguramente a Mike lo liquidaron sus amigos, temeroso de que se fuese de la lengua.

Abandonando aquel tema pasó a otro que ofrecía el máximo interés para el joven agente federal. Había logrado saber algo de la misteriosa Peggy. No todo lo que deseaba, aunque sí lo suficiente para poder encontrarla. Ignoraba su domicilio exacto, pero pudo averiguar —aunque no dijo cómo— que trabajaba de mecanógrafa en las oficinas de la Johnston and Wells Company, instaladas en la planta décima de un edificio comercial de Fist Avenue, a la altura de la 17th East Street. Decía llamarse Peggy Campbell.

—Entonces, ¿era la esposa de Ted?

—Eso parece por lo menos.

Para Chick encerraba enorme trascendencia la declaración de aquella muchacha. Era quien había atraído a su padre a la emboscada en que perdió la vida. De buena gana hubiese marchado inmediatamente en su búsqueda, pero no había nada que hacer hasta por la mañana. De noche las oficinas están cerradas y no habría allí nadie que pudiera indicarle la dirección de la mujer.

Se metió en la cama y se durmió pensando que al día siguiente

le esperaba una jornada más dura y agotadora y necesitaría estar bien descansado. Por la mañana no madrugó demasiado; se bañó y vistió con toda calma, antes de sentarse a desayunar y a leer los periódicos de la mañana. Aunque le consumía la impaciencia, no convenía precipitarse. Quería ir en busca de Peggy cuando tuviera la plena seguridad de que habría llegado a la oficina. Si se adelantaba a preguntar por ella, era posible que la mujer fuese advertida y procurase que no la encontrara.

En los periódicos no halló nada de especial interés. Publicaban la noticia de la muerte de Mike Rafols en la sección de sucesos sin darle excesiva importancia. Sólo uno de ellos recordaba el «suicidio» de Ted Allen Campbell e insinuaba que acaso hubiese alguna relación entre ambos hechos. Para los demás se trataba de un crimen oscuro y vulgar, resultado de una pendencia o de una venganza. Terminaba de leerlos y se disponía a salir cuando sonó el timbre del teléfono. Era el capitán Raschi quién llamaba.

—Procura desaparecer, muchacho, y de prisa. El inspector Boone va en tu busca y me supongo que con no muy buenas intenciones.

—¿Por qué lo supone?

—Creo que habló con Vito Anastasia, aunque esto te lo digo en plan puramente confidencial. Sé, por otro lado, que acaba de tener una conferencia con Washington. Al terminar dijo que hasta tus jefes le habían autorizado para decirte unas cuantas cosas y que iba a hacerlo sin tardanza. Lo mejor sería que no te encontrase.

—Pienso de distinta manera —repuso Chick—. Es posible que sea yo quien le diga cosas que no le gustaría oír.

Raschi trató de disuadirle. Como no lo consiguiera afirmó que procuraría ayudarle en todo lo posible. No podría ir a la casa, naturalmente, ni ponerse de una manera abierta en contra de su jefe. Pero...

—Estaré con mi coche en la esquina de Greene y Franklin Street. Si escapas con bien de la entrevista, vete por allí para que charlemos un rato. Creo que tengo algo interesante que contarte.

El inspector Boone no se hizo esperar demasiado. Apenas había colgado Chick el auricular cuando llamaron a la puerta del piso. Parsons salió a abrir, ya que estaba solo en la casa —hacía una hora larga que míster Labine se marchó a su despacho—, encontrándose

con Ray, al que acompañaban dos agentes uniformados.

—Vengo en su busca, Parsons. Tendrá que responder a unas preguntas y debo advertirle que si sus respuestas no me satisfacen, tendré que tomar, aun sintiéndolo mucho, una determinación enérgica.

—Puede pasar, Boone. Creo que en el «*living*» hablaremos mejor que en la escalera.

Con una ligera vacilación, Ray aceptó. A sus dos acompañantes les indicó que permanecieran vigilantes en el descansillo, dispuestos a entrar tan pronto como les llamase. Tras dejar la puerta simplemente entornada, Chick condujo al inspector hasta el saloncito inmediato al vestíbulo, invitando a Boone a tomar asiento, Parsons le preguntó:

—¿Qué desea preguntarme?

—¿Qué fue a hacer ayer tarde al gimnasio de Vic Mantle?

Una ligera sonrisa frunció los labios de Chick. Imitando a su interlocutor respondió a su vez con una nueva pregunta:

—¿Qué sabe usted de lo ocurrido en esa visita?

—Todo. De forma que lo mejor para usted es que me diga por qué se ha mezclado en esté asunto, desobedeciendo las órdenes de sus superiores, tratando de suplantarme y procediendo en forma inadmisibles, ilegal y violenta.

—¿No le parece suficiente motivo el deseo de descubrir a los asesinos de mi padre?

—No. Soy el encargado de las investigaciones y no necesito que nadie me diga lo que tengo que hacer ni se meta en mi terreno. Me basto y sobro para llevar los trabajos a feliz término.

—Lo cual no es obstáculo para que hasta ahora no haya conseguido absolutamente nada, ¿verdad?

—Usted, en cambio, ha hecho lo suficiente para pasarse una temporada a la sombra.

—¿Por hacer unas preguntas a Vic Mantle acerca del «racket» de las apuestas?

—Por forzarle a hablar, diciendo lo que a usted le interesaba, poniéndole una pistola en la sien. Como no actuaba debidamente autorizado, ha cometido toda una serie de graves delitos: allanamiento de morada, amenazas, etcétera. Lo suficiente para darle un buen disgusto.

—¿Y está muy seguro de que no actué en cumplimiento de mi deber como agente especial del F. B. I.?

—siguió preguntando Chick.

—No pierda el tiempo, Parsons. He hablado con Washington, y sé que, lejos de ordenarle realizar ningún servicio, le prohibieron mezclarse en esto. Es posible que el inspector Webster se encuentre a estas horas en Nueva York. Y no para darle la razón por lo que ha hecho, precisamente.

Chick expresó con claridad su extrañeza. ¿Hacía el inspector Webster un viaje con el simple propósito de reprenderle por haber hecho unas preguntas a Vic Mantle? ¿Tanta importancia concedían los jefes de la Policía federal a sus movimientos?

—Viene porque hay algo mucho más grave contra usted, Parsons. Algo que puede llevarle hasta la silla eléctrica: el asesinato de Mike Rafols.

Chick se estremeció al escucharle. ¿Se atreverían a acusarle de aquella muerte? Boone dispó con rapidez sus dudas. Había hecho algunas averiguaciones respecto a sus pasos de la noche anterior. No sólo estaba enterado de lo ocurrido en el gimnasio de Utica Avenue, sino de su visita a Hoboken, y especialmente de lo ocurrido en *Water Street*.

—Quiso emplear con Mike los mismos procedimientos que utilizó con Vic. Como Rafols se resistiera, usted disparó, matándole.

—¿Y quién se lo ha contado así? ¿Su amigo Hegan, Vito Anastasia o Ziefeld en persona?

Aunque Boone tuvo buen cuidado de no aclarar sus dudas, Chick recibió la impresión de que había acertado. El gesto del inspector fue lo suficiente expresivo para saber a qué atenerse. Tras una breve pausa, Ray tornó a hablar, si bien ahora lo hizo en tono duro y desabrido, expresando en pocas palabras sus deseos.

Había ido a detener a Parsons. Existían contra él acusaciones tan graves como concretas. Deseando evitar roces con la Policía federal, tomó la precaución de exponer sus propósitos a los jefes del F. B. I.,

en Washington, los cuales, ante la gravedad de los cargos acumulados contra el agente, tuvieron que dar su conformidad.

—Ahora —concluyó diciendo— espero que no haga tonterías y

se deje detener sin oponer la menor resistencia.

—¿Y si yo le asegurase que no maté a Mike Rafols?

—No le creería. Hay varios testigos que afirman lo contrario.

—¿Bugsy? Ya veo que sí. Pero, por muy amigo suyo que pueda ser ese individuo, no es posible que dé más crédito a la palabra de un «killer» que a la de un agente federal.

Habló con meridiana claridad, contando con entera sinceridad todo lo ocurrido. No ocultó absolutamente nada. Ni siquiera la confesión de Ziefeld de que a su padre le habían asesinado por orden de Vito Anastasia, que dirigía el «racket» de las apuestas.

—Bueno. Todo eso podrá repetirlo ante el juez, pero ahora queda detenido.

Chick protestó, airado. No podía detenerle en tanto dejaba en completa libertad a los forajidos. Y menos cuando sus gestiones estaban a punto de llevarle al descubrimiento de una monstruosa conspiración que, aparte de vulnerar diversas leyes federales, había conducido a una gigantesca estafa, para ocultar la cual se cometieron diversos asesinatos.

—Déjeme concluir mis investigaciones. No me llevará arriba de dos o tres días. Cuando termine, le entregaré no sólo a los asesinos de Campbell y de mi padre, sino a los dirigentes del «racket» de las apuestas, convictos y confesos de sus turbios manejos.

—Y de la muerte de Mike Rafols, ¿qué?

—Ya le he dicho que fue Bugsy Ziefeld quien le alcanzó con sus disparos, cuando trataba de borrarle del mundo de los vivos.

—Y yo repito que no creo una sola palabra de su relato.

—¿Tampoco cree cuanto le he dicho sobre el «racket» de las apuestas y la forma en que se obligó a Sandy Peters a dejarse vencer por Bob Lemon?

Ante el gesto de escepticismo de Boone, repitió palabra por palabra las declaraciones arrancadas a Vic Mantle. Constituían una prueba plena y definitiva, ratificada por lo que consiguió que Bugsy confesase. No era posible dudar de que Vito Anastasia lo había preparado todo. Bastaría con detenerle, con examinar a fondo sus ingresos y sus libros de contabilidad para comprobar que había ganado millones con las increíbles sorpresas deportivas registradas en las últimas semanas.

—Nada de eso me importa —replicó, malhumorado, Ray—

porque cae fuera por completo de mis atribuciones. Lo único que me interesa es la muerte de Rafols y por eso voy a detenerle.

No parecía dispuesto a aceptar sus exculpaciones. Había hablado con Ziefeld y concedía pleno crédito a sus palabras. En cuanto a Vic Mantle...

—A estas horas habrá salido en avión para Europa. Pero antes me denunció que usted amenazándole de muerte, pretendió hacerle decir cosas que no tenían la menor relación con la verdad.

Afirmaba que no sólo hizo de palabra tales manifestaciones, sino incluso que le llevó redactada y firmada una extensa declaración en tal sentido. Acompañándole fue el abogado que redactó, en nombre de Vic, lo que podía calificarse como denuncia concreta contra Chick Parsons.

—¿No sería ese abogado, por una extraña casualidad, míster Lewis Carl Hegan?

Lo era, en efecto. Pero aquello, lejos de restar importancia a la denuncia, la acentuaba en opinión del inspector Boone. Todo el mundo sabía que míster Hegan figuraba a la cabeza de los hombres de leyes neoyorquinos, que gozaba de sólido prestigio en el foro y que...

—Es amigo y cómplice de los Anastasia —le interrumpió, colérico, Chick—. Y uno de los individuos que más influyeron para que usted ocupase de golpe uno de los puestos directivos de la Policía local, ¿no?

El desconcierto de Ray, la violencia con que pretendió reaccionar y la sombra de temor que podía advertirse en su mirada, fueron otras tantas pruebas para Parsons de que no estaba errado en la suposición.

—¡Basta! —chilló el inspector—. No he venido aquí a oírle insultar a las personas decentes, ni menos aún para que lance contra mí las más calumniosas imputaciones, sino a detenerle.

—¿Sin atender a razones?

—Hasta ahora no oí más que embustes y falsedades. ¡Dese preso en el acto!

—¿Y si me negara a dejarme detener?

—¡Peor para usted! —chilló, iracundo, Ray, dando un paso hacia la puerta—. Avisaría a los guardias que me acompañan, y aunque fuese a viva fuerza...

—¡Quieto! —ordenó, con energía, Chick—. Aún no he dicho mi última palabra. Y a la fuerza, llevaría usted las de perder.

—Eso... —protestó el inspector, impresionado por la actitud de su interlocutor.

—Es la pura verdad. No intentará llegar a la puerta, no dará un solo grito y me escuchará con entera calma, o le juro que le mato aquí mismo.

Con ojos dilatados por el asombro, Ray advirtió que Chick se interponía en su camino, empuñando una pistola cuyo cañón se tendía amenazador hacia su pecho. Alarmado, exclamó:

—¡Está usted loco!

—Lo estaría si me dejase detener. ¡Levante los brazos y vuélvase de espaldas! Si vacila, apretaré el gatillo.

Boone tuvo que obedecer. Con movimiento rápido, Parsons corrió el pestillo de la puerta que comunicaba la habitación con el vestíbulo, despojó al inspector de su pistola, la quitó el cargador y la desarmó, tirando sus piezas a distintos rincones, mientras indicaba:

—Así no caerá en la tentación de utilizarla contra mí. Y ahora, inspector, va a responder con claridad a mis preguntas. Si da un grito, le mato; si trata de engañarme, también. ¡Usted verá lo que le conviene!

Aunque amedrentado, Ray protestó, si bien tuvo buen cuidado de no levantar la voz. ¿Qué pretendía Parsons con todo aquello? ¿No comprendía que se colocaba abiertamente al margen de la Ley, lo que acabaría costándole muy caro?

—Más caro me costaría no hacerlo. En cuanto a la Ley, otros se han salido de ella antes que yo. A los forajidos hay que tratarles a veces empleando sus propios métodos.

—¿Supone acaso que lo soy yo?

—Hace un momento me resistía a creerlo; ahora estoy seguro. Aunque tenga que hacerle trizas, va a descubrirme todo su turbio juego. Empiece. ¿Está de acuerdo con Vito Anastasia? ¿Qué órdenes ha recibido de él?

—Yo no recibo órdenes más que de mis jefes —replicó Boone—. Todo lo que hago...

—¡Mentira! ¿Quiere decirme de una vez la verdad, o tendré que obligarle a hacerlo?

El inspector insistió en que ninguna relación tenía con el «racket» de las apuestas y que actuaba siempre con perfecta rectitud, cumpliendo con su deber. Fueron inútiles las exhortaciones de Parsons a que reconociera y proclamase la verdad. Al cabo de dos minutos, Chick, perdida por completo la paciencia, resolvió pasar a la acción.

—¡Tú lo has querido, imbécil!

Mientras le mantenía bajo la amenaza de la pistola que empuñaba con la mano derecha, su puño izquierdo alcanzó con terrible contundencia el rostro de Ray, que, al tercer golpe, rodaba por el suelo, quejándose en tono lastimero. Parsons no se dejó impresionar por sus gemidos. A puntapiés le obligó a ponerse en pie, diciéndole a renglón seguido:

—Me repugna pegar a un hombre indefenso; tampoco me sobra tiempo para esperar a que hable forzado por los golpes. Pero estoy decidido a lograr una plena confesión. Si antes de medio minuto no empieza, apretaré el gatillo.

—Eso le costaría ir derecho a la silla eléctrica —repuso, tembloroso y pálido, Boone.

—Quizá sí; pero antes habría librado al mundo de un miserable. Van quince segundos; si transcurren otros quince... ¡Decida!

Los nervios de Ray no aguantaron los quince últimos segundos. Aunque Chick no estaba dispuesto a disparar, supo dar a su enemigo la impresión contraria. Boone temió verse acribillado a balazos y se entregó sollozante.

—¡No, no! Diré todo lo que quiera...

—Lo que quiera yo, no; la verdad. ¿Qué relaciones tiene con Vito Anastasia, el «racket» de las apuestas y Bugsy Ziefeld? ¡No mienta! Estoy más enterado de lo que supone. Al primer intento de apartarse de la verdad...

Boone estaba demasiado aterrado para intentar falsear los hechos. Tenía la seguridad de que la primera mentira iría seguida de un balazo, y confesó toda la verdad. Acaso lo hizo por entender que no tendría la menor trascendencia, porque siempre podría negar las palabras que Chick le atribuyese o demostrar —los puñetazos habían dejado claras huellas en su rostro— que había sido objeto de malos tratos.

No obstante, al principio se expresó en forma un tanto velada,

dando una larga serie de rodeos para rehuir lo que más pudiera perjudicarle. Al cabo, cuando vio encolerizado de nuevo a Parsons y sintió en la nuca el frío del cañón de la pistola de su enemigo, habló en forma clara, coherente y categórica.

La noche anterior Vito Anastasia le había llamado para exigirle que metiese en cintura a Chick, al que acusaba de haber amenazado de muerte a Vic Mantle. De madrugada fue más apremiante su exigencia: tenía que hacerle condenar. ¿Motivos? La irrupción violenta en el gimnasio de Utica Avenue, y sobre todas las cosas el asesinato de Mike Rafols.

—¿Que no fue él? ¡Bah! Lo importante es hacérselo creer a todos. Hegan le indicará como puede lograrlo. Tendrá todos los testigos precisos. Ha de terminar con ese tipo inmediatamente. A menos, naturalmente, que prefiera que dé carta blanca a Ziefeld para que acabe con él..., ¡y con usted!

Personalmente, Boone tenía pocas simpatías a Vito Anastasia. Le sabía culpable directo de varias muertes, dirigente máximo del «racket» de las apuestas e individuo de malos instintos. Pero no tenía más remedio que obedecerle. ¿Por qué?

Estrechado a preguntas por Parsons, tuvo que confesarlo. Unos años atrás, en un trance apurado, había pagado cierta cuenta con un cheque sin tener provisión de fondos en el Banco. El hecho constituía un delito de estafa que bastaría para meterle en la cárcel y hundirle definitivamente. Pero, aunque el Banco anotó en el respaldo del cheque que no tenía fondos en dicho establecimiento, el estafado no denunció el fraude a las autoridades.

Ray conoció los motivos de su inexplicable actitud cuando unos días después recibió la visita de un individuo desconocido, anunciando que tenía en su poder el cheque y que le metería en la cárcel, a menos que se prestase a cumplir al pie de la letra sus instrucciones. Pronto supo Boone que estaba entre las manos de una poderosa organización, el famoso Sindicato. Por fortuna para él, no pretendieron obligarle de momento a nada inconfesable.

Más tarde, utilizando las influencias políticas de Hegan, le hicieron ingresar en la Policía local con el cargo de inspector. Entendían que formando parte de los encargados de cumplir, y, hacer cumplir la ley, podía serles muy útil, y se lo fue en efecto. En repetidas ocasiones Ray pretendió librarse de su influencia e intentó

por todos los medios recuperar el cheque, borrando, al destruirlo, toda prueba de su primer delito. No lo consiguió. Le pagaron bien; recibió bastante dinero por sus servicios, pero cada vez estaba más ligado a los forajidos, que le manejaban a su antojo.

—«Okay», amigo. Dígame ahora, con la misma claridad, todo lo que sepa respecto al «racket» de las apuestas y los fraudes que mi padre quiso poner al descubierto.

No sin ciertas vacilaciones, Boone le confirmó cuanto ya sabía. Al frente de la organización que explotaba el negocio de las apuestas figuraba Vito Anastasia. Tanto el «boss» como sus numerosos secuaces estaban francamente asustados por la nueva Ley federal que elevaba considerablemente los impuestos que gravaban su «negocio», pero, sobre todo, por la obligación ineludible de que todos sus agentes figurasen inscriptos en un registro especial controlado por la Policía.

—Saben que cuando la Ley entre en vigor, y será muy pronto, tendrán que cambiar de profesión. Por eso precisamente prepararon unos cuantos golpes que redondeasen su fortuna.

Los golpes consistían, naturalmente, en que las pruebas deportivas en que se cruzaba mayor cantidad de dinero en apuestas terminaran en forma diametralmente opuesta a lo que esperaban los técnicos y la inmensa mayoría de los apostantes. Todo fue bien hasta que el teniente Thomas Parsons se mezcló en el asunto. Al principio no le tomaron en serio, creyendo que no conseguiría aclarar nada. Después se alarmaron, suponiendo que había conseguido hacer hablar a Campbell.

—Y decidieron suprimirle, ¿no?

Ray Boone afirmaba no estar muy enterado de aquello. Incluso suponía que Ted se suicidó, efectivamente, asustado por las amenazas lanzadas contra él. ¿Quién pudo transmitirle las amenazas del Sindicato? Indudablemente Mike Rafols, que debió ser el mismo que le entregó el cinturón con que se ahorcó.

—Sólo por esto, yo hubiese querido mantener su detención, pero me ordenaron ponerle en libertad y no pude negarme.

El interrogatorio de Chick llegó entonces a su punto más espinoso. ¿Quién, cómo y por qué habían asesinado a su padre? Todos los esfuerzos, las amenazas e incluso los golpes de Parsons no dieron el menor resultado en este aspecto concreto. Boone se

encerró en una rotunda negativa. Una y otra vez, con acento de profunda sinceridad, repitió que lo ignoraba. Ciertamente que en un principio supuso que había sido víctima de los agentes del Sindicato. Pero tanto Vito Anastasia como Ziefeld le juraron que nada habían tenido que ver en el hecho.

—Todo eso es muy interesante, inspector. Pero para que pueda surtir los debidos efectos, necesito que lo repita por escrito.

Dando un respingo, Boone miró desconcertado y receloso a su interlocutor. Parsons expuso con claridad su objetivo. Con aquella declaración en el bolsillo podría sentirse mucho más seguro y tranquilo. No pensaba presentarla en ningún sitio, a menos que la actitud de Ray le forzase a ello. Esperaba detener a los culpables de lo sucedido y obligarles a confesar. Pero para ello necesitaba libertad de movimientos.

—No podré tenerla si al dejarle en libertad, da orden de echarme mano, insistiendo en sus denuncias contra mí, reforzadas ahora por la forma en que hube de tratarle.

Por espacio de cinco minutos se resistió Ray. Al final comprendió que si había cedido en otros puntos, no le quedaba más remedio que ceder en aquél. A menos, claro está que quisiera exponerse a recibir un balazo. Ya vería más adelante cómo desvirtuaba cuánto decía en su confesión; por el momento, lo más urgente era librarse de la pistola apoyada en su nuca.

—¿Está así bien?

—Magníficamente. Ahora voy a marcharme por la escalera de incendios. Deje transcurrir unos minutos. Luego se va por la escalera, llevándose a sus acompañantes. ¡Y cuidado con lo que dice y hace! Si persiste en colocarse frente a mí, en ayudar a un grupo de forajidos, con la declaración tengo más que suficiente para hundirle.

—Descuide, Parsons —mintió Boone, con una sonrisa equívoca—. Ahora me interesa mucho ser amigo suyo.

—Pues procure no olvidarlo en ningún instante.

Cogió la trinchera y el sombrero, abrió la ventana y bajó con rapidez por la escalera de incendios que conducía a un amplio patio común a varios edificios de White Street. Un minuto después se hallaba en la calle.

Con paso rápido se dirigió hacia el punto en que le esperaba el capitán Raschi. Le encontró solo en su coche. Tomó asiento a su

lado y le indicó que se dirigiera hacia Broadway.

—¿Cómo ha ido eso, muchacho?

—Mejor de lo que esperaba. Vamos a un sitio donde pueda enseñarle algo del mayor interés.

Subieron por Broadway hasta Unión Square, penetrando en un amplio bar de sus inmediaciones. Sentados en una mesa apartada, mientras ingerían un café. Chick contó breves palabras lo sucedido en su entrevista con Boone. Raschi no se sorprendió demasiado al saber que el inspector estaba en convivencia con el «racket» de las apuestas, pero estaba ligeramente asustado.

—¡Cuidado, muchacho! Ray es un tipo vengativo y no parará hasta matarte.

—¡Bah! A Ray le he cortado definitivamente las garras. Lea esto y se convencerá.

Raschi se tranquilizó bastante al leer la explícita confesión de Boone. Con aquello había de sobra para terminar con el inspector y sus turbios manejos. Entendía, sin embargo, que Chick no debía cumplir su promesa de guardarse aquella declaración. Lo mejor sería presentar en el acto una denuncia contra Ray.

—Quizá fuera contraproducente —repuso Parsons—. Pondría sobre aviso a los asesinos de mi padre, que es a quien más me interesa descubrir y detener, y, acaso logran escaparéme de entre las manos. Habrá tiempo después de ocuparnos del inspector; pero cada cosa a su tiempo.

Antes se proponía hacer varias cosas. La primera de todas, buscar a Peggy Campbell y obligarle a decir cuánto sabía respecto a los asesinatos de Ted y de su padre. Después iría a entrevistarse con Lewis Carl Hegan; esperaba conseguir mucho en esta entrevista. Sabía que el abogado era un tipo peligroso y astuto; pero astutos y peligrosos eran Ziefeld, Mantle y Boone, a todos los cuales logró arrancarles la verdad, o parte de la verdad.

—¿Piensas recurrir a la violencia con Hegan?

—Si es preciso, ¿por qué no? Los hechos empiezan a demostrarme que a los miserables conviene tratarles utilizando sus propias armas.

Salieron del bar y cogieron el coche para dirigirse hacia las oficinas donde trabajaba Peggy Campbell. Tomando por East 17th Street corrieron por ella sorteando el tráfico, muy intenso en

aquellos instantes. De pronto, al oír en el aparato receptor de radio del coche la señal de un aviso de Centre Street, el capitán hizo funcionar el aparato y ambos escucharon con atención. La orden que transmitían desde la central policíaca a todos los coches patrulleros les dejó momentáneamente sin habla.

«Orden general —decía el locutor—: Pongan mucha atención. Es urgente la detención, vivo o muerto, de Chick Parsons, acusado del asesinato de Mike Rafols, perpetrado anoche, y que hace media hora intentó asesinar al inspector Ray Boone, cuando pretendió apresarle en su domicilio de White Street. ¡Cuidado! El sujeto buscado es un tipo peligroso y va bien armado. ¡Disparen antes de que pueda manejar la pistola que lleva siempre al alcance de la mano! Sus señas personales son...».

Seguía una descripción bastante exacta de Chick, consignando incluso la trinchera y el sombrero que llevaba puesto. Se suponía que en aquel momento debía estar en la parte baja de Manhattan, siendo muy probable que pretendiera refugiarse en Brooklyn, en el domicilio que fuera de su padre, aunque no se descartaba que tratase de salir de la ciudad, terminando la orden con las siguientes palabras:

«Es un asesino peligroso. ¡No le den tiempo a disparar!».

Escucharon el aviso por segunda vez antes de que acabasen de dar crédito a sus oídos. Luego quedaron ambos en silencio, mirándose con un gesto de perplejidad en el semblante. Al cabo Raschi estalló en violentos insultos contra el miserable Boone.

—Es un canalla que pretende eliminarte para que no descubras su turbio juego. Ahora más que nunca, cuenta conmigo.

Chick le hizo ver la gravedad del paso que daba. Aunque contra toda razón y derecho, se encontraba al margen de la Ley, perseguido por todos, acosado como fiera rabiosa. El capitán compartiría su suerte de permanecer a su lado; podía triunfar, pero había muchas probabilidades de dejarse la vida en el empeño.

—Lo sé —replicó Ed—. Tengo mujer e hijos y no me agradecería morir antes de verlos crecidos. Pero cuando ingresé en la Policía juré defender la Justicia, jamás falté a uno solo de mis juramentos y no creo que exista un caso más claro y patente que éste.

—Gracias, capitán —murmuró Chick estrechándole, conmovido, la mano—. Adelante, entonces.

Mientras el automóvil seguía su marcha, Raschi dijo a Parsons algo de cierto interés. Alarmados por las denuncias de Boone, de cuya buena fe no tenían motivos para dudar, sus jefes de Washington habían decidido tomar cartas en el asunto, y así lo comunicaron por teléfono aquella misma mañana. Personalmente, por cuanto el inspector no se hallaba en Centre Street, Ed habló con algún miembro del Estado Mayor del F. B. I.

—Aunque otra cosa diga Ray, no están nada convencidos de tu culpabilidad. Me anunciaron que uno de ellos había salido para aquí, a fin de investigar el caso. Se llama Frederick Webster, y llegará al aeropuerto dentro de media hora. Acaso si fueses a verle...

—Iré. Pero antes me convendría hablar con Peggy Campbell. Es posible que entonces sepa algunas cosas más.

Minutos después se hallaban en las oficinas en que trabajaba la muchacha. Pero la mujer no se encontraba allí. Había salido una hora antes, luego de recibir una llamada telefónica. ¿Dónde? No lo sabían ni sus compañeros ni sus jefes. Tan sólo uno, que se había asomado a la ventana, afirmó que en la puerta de la calle estaban esperándola dos individuos con los que subió a un automóvil.

Sin muchas esperanzas de conseguir nada, preguntaron uno por uno a los chicos de los ascensores. Todos la conocían de vista porque, según afirmó uno de ellos con gesto malicioso, «era demasiado bonita para pasar inadvertida». Pero ninguno parecía haberla visto salir. Preguntaban al último y estaban a punto de dar por fracasado el intento, cuando el botones de una joyería de la planta baja, que se había acercado por simple curiosidad, aseguró:

—Yo sí la vi. Había dos tipos esperándola y no iba muy contenta. Hasta juraría que lloraba al subir al coche.

—¿Y no sabes dónde fueron?

El muchacho no lo sabía, naturalmente. Tan sólo vio que la joven y los dos individuos que la aguardaban hablaban en tono acalorado. No pudo oír todo lo que dijeron. Pero sí recordaba un nombre que oyó repetir varias veces: el de míster Hegan.

—Gracias, amigo —dijo, satisfecho, Chick, poniéndole un dólar en la mano—. Me parece que ya sé dónde puedo encontrarla.

Estaba dispuesto a salir inmediatamente para Ámsterdam

Avenue, donde, en las proximidades de West 77th Street, tenía su domicilio y despacho Lewis Carl Hegan. Si desde un principio había concedido gran importancia a lo que consiguiera arrancar al abogado, ahora experimentaba mayores deseos de verle que nunca, porque tenía la corazonada de que allí podría aclarar definitivamente el asesinato de su padre.

—¿No crees preferible acudir al aeródromo para hablar con el inspector Webster? —inquirió Raschi.

—No; bastará que vaya usted. Puede decirle lo mismo que le diría yo y presentarle como prueba de la veracidad de sus manifestaciones la confesión de Boone. Espero que le haga mucho mayor efecto que si fuera yo mismo quién se la entregase.

En ir al aeródromo, hablar con Webster y tratar de convencerle perdería como mínimo dos horas. Correría, además, el riesgo de que, sospechando sus intenciones, Boone o Anastasia hubiesen mandado alguien que le acribillase a balazos antes de poder entrevistarse con el inspector federal. En cambio, nadie recelaría del capitán.

—Creo que yo puedo aprovechar mejor el tiempo en casa de Hegan. Pero antes de partir quiero que tenga una prueba personal y directa de que le he dicho la verdad al hablarle de mi conversación con Ray Boone.

Raschi no lo estimaba preciso. Estaba convencido de que todo se había desarrollado en la forma que Chick se lo habían contado. Sin embargo, Parsons insistió, diciendo:

—Siempre es preferible que lo oiga usted mismo a que tenga que referirse de una manera exclusiva a mis palabras.

Encontró con facilidad manera de realizar su propósito. En una de las bocacalles de First Avenue había una pequeña central telefónica, con numerosas cabinas para celebrar conferencias urbanas e interurbanas. Algunas de ellas estaban provistas de doble juego de auriculares, de modo que dos personas distintas pudiesen oír a un mismo tiempo una conversación. Con un gesto indicó a Raschi que escuchara con atención y se dedicó a localizar a Ray.

Llamó primero a la casa de White Street, donde había sostenido su violenta entrevista con él; como nadie cogiese el teléfono, dedujo que el inspector ya no se encontraba allí. En Centre Street le dijeron que había salido media hora antes y que pensaba regresar dentro de

una hora. Al fin consiguió encontrarle en su propia casa.

—Soy Chick Parsons, Boone. ¡Ya veo cómo ha cumplido su palabra! ¿No se da cuenta del peligro que significa para usted, teniendo como tengo en mi poder su explícita confesión?

—¿Aún se atreve a amenazarme, bandido? —chilló, iracundo, Ray—. ¿No le parece suficiente con el intento de asesinarme en...?

—¡Basta, Boone! Nadie nos oye y no es preciso que mienta. Sabe de sobra que no le quise asesinar; que pude hacerlo, de haberlo pretendido, con absoluta impunidad y que me limité a quitarle la careta, obligándole a descubrir su juego. Y eso...

—¡No le servirá de nada, Parsons! Toda la Policía neoyorquina tiene ya órdenes de cazarle dondequiera que le encuentren. Y no espere nada del

F. B. I.

No querrá mezclarse en esto.

—¿Ni siquiera cuando la confesión haya llegado a sus manos? ¡No sueñe, Ray! Podrán admitir incluso que yo soy un bandido; pero cuando vean lo que escribió con toda clase de detalles, no dudarán de que usted es otro y cien veces más indigno y peligroso.

Las palabras de Chick debieron producir considerable efecto en su interlocutor, porque Raschi le oyó respirar agitado y nervioso. Hubo medio minuto de silencio; al final, el inspector, recobrando el dominio de sus nervios, volvió a hablar en tono diametralmente opuesto al empleado minutos antes para conceder.

—Sea, Parsons; reconozco que esa confesión, con las cosas que dice, podría ponerme en un duro aprieto, aunque siempre me quedaría la salida de negarlo todo y decir que hube de escribirla a su dictado y con una pistola en la nuca. Pero usted lo pasará todavía peor. ¿No cree que a los dos nos conviene llegar a un acuerdo?

—Lo siento, inspector; pero no veo que exista posibilidad de arreglo después de haber dado orden a sus secuaces de que me liquiden dondequiera que me encuentren.

—Tuve que hacerlo, porque me lo exigió Vito Anastasia apenas le conté lo sucedido —trató de disculparse Boone—. Sin embargo, hay un medio fácil de arreglar las cosas. Usted me entrega la declaración y deja que le detengan sin ofrecer resistencia, y yo le doy mi palabra de honor de que no le pasará nada. Diré que todo

fue un error lamentable y que no hay en contra suya acusación de ninguna clase.

—Yo me enteraré en el otro mundo, ¿verdad? Muchas gracias, Boone, pero no soy tonto para caer en una trampa tan burda. Apenas le entregase la confesión, me llenaría el cuerpo de plomo.

—Le juro que...

—No jure nada porque no habría de creerle. Tengo una solución mejor. Espero y deseo que no tarde en tener noticias mías.

Cortó la comunicación, juzgando totalmente innecesario continuar la charla. Cabía en lo posible que Ray estuviese ya tratando de localizar el punto desde donde le llamaba y convenía alejarse de allí. En la puerta de la central, Parsons entregó a Raschi la declaración firmada por Boone, preguntándole:

—¿Tiene ya bastante para hablar como es debido con míster Webster?

—Más que suficiente, muchacho. Ten la seguridad de que lograré convencerle.

Llevó a Chick hasta una parada de «taxis», donde Parsons se dispuso a tomar uno que le condujese a Ámsterdam Avenue. El capitán lo abrazó al despedirse.

—¡Que tengas suerte! La mereces.

Mientras Raschi marchaba hacia el aeródromo, Parsons se dirigía al domicilio de Hegan. No quiso llegar hasta la misma puerta y despidió al «taxi» un par de manzanas de distancia. Le convenía ir andando hasta el edificio para observar con cierto disimulo si sus enemigos le estaban esperando en los alrededores.

No vio nada alarmante ni sospechoso. El número ciento veinticinco de Ámsterdam Avenue era una construcción de nueve plantas, presuntuosa pero vulgar. Cada planta constaba de cuatro amplios apartamentos, donde tenían su residencia y despacho diversos médicos, abogados, ingenieros y otras personas de profesiones liberales, todas ellas en desahogada posición económica.

Chick subió hasta la planta cuarta y llamó a una puerta junto a la cual pudo ver un letrero con el nombre de Lewis Carl Hegan. Un individuo de edad indefinible, con todo el aire de un pobre empleado a quien el sueldo no bastaba para renovar con la debida frecuencia su vestuario, le abrió, haciéndole pasar a un saloncito de espera, amueblado con un lujo detonante.

—Deseo ver a míster Hegan —dijo Parsons.

—Lo siento, señor; pero tendrá que volver; míster Hegan está muy atareado en este momento estudiando unos documentos y ha dado orden de que no se le moleste.

—A mí me recibirá en el acto y con mucho gusto —repuso Chick, sonriente.

Instintivamente, la mirada del empleado fue hacia una puerta situada a la derecha del saloncito. Tenía por fuerza que conducir al despacho del abogado. Con aire resuelto, Parsons dio unos pasos en aquella dirección.

El empleado vaciló un instante. Pareció dispuesto a cerrarle el paso, aunque casi inmediatamente cambió de manera de pensar. En tono servil, preguntó:

—Veremos si quiere recibirle, señor. ¿A quién le anuncio?

—Será mejor que me anuncie yo mismo —resolvió Chick, apartando a un lado al empleado y abriendo con ánimo resuelto la puerta.

Comprobó en el acto que no se había equivocado al suponer que se trataba del despacho de Hegan. La habitación era amplia y estaba amueblada con verdadera suntuosidad. Al fondo, junto a un amplio ventanal que debía dar a Ámsterdam Avenue, había una mesa de caoba tallada. Sentado tras ella, con unos papeles en las manos, estaba un individuo cuyas señas coincidían en absoluto con las que tenía del abogado. El individuo levantó la cabeza y pareció sorprendido por la inesperada irrupción.

—¿Quién es usted y qué desea, caballero?

—Se lo diré en el acto, míster Hegan —respondió Chick, avanzando sin vacilaciones, fijos sus ojos en el abogado, dispuesto a dominar por la fuerza cualquier asomo de resistencia—. Tenía mucha prisa en verle porque...

—¡Quieto, Parsons! Al menor intento, te vuelo la sesera...

Por mucha prisa que quiso darse en meter la mano en el bolsillo de la trinchera, donde llevaba la pistola, sus adversarios fueron más rápidos. Dos individuos le sujetaron los brazos por la espalda, mientras sentía en la nuca el cosquilleo del cañón de una «Luger», y la misma voz que le había amenazado antes, aconsejaba:

—No hagas tonterías, muchacho. Debes convencerte de que no tienes posibilidad de escapar.

Cejó en su resistencia por considerarla inútil; le cachearon con rapidez, quitándole el arma que llevaba. Sólo entonces pudo ver a sus enemigos. Eran tres individuos corpulentos y mal encarados; dos le resultaron totalmente desconocidos, pero el tercero no era otro que Bugsy Ziefeld, que sonreía con aire triunfal.

—¡Bien, amiguito; bien! Ha llegado el momento de devolverte las caricias de anoche. ¿Qué te parece la jugada?

Chick no respondió. Furioso, comprendió que había caído estúpidamente en una trampa. Supuso que el abogado estaba solo, cuando en realidad le acompañaban y protegían aquellos «killers». ¿Cómo no les vio? Seguramente porque se pegaron a la pared, junto a la puerta, y no tuvo la precaución de mirar a uno y otro lado antes de entrar en la habitación.

—Encantado de verle, Parsons —dijo, irónico, Lewis Carl Hegan—. Estaba seguro de que vendría por aquí. Y quise prepararle un recibimiento afectuoso y cordial...

Por asombroso que pudiera parecer, todo indicaba que el abogado decía la verdad. Ni Ziefeld ni sus pistoleros se hallaban allí por simple casualidad, ni el individuo que le abrió la puerta era un pobre diablo como aparentó al hablar con él. Indudablemente, el abogado le tenía preparado un lazo en el que se metió de cabeza con un exceso de ingenuidad. Pero ¿cómo podía haber adivinado que iría por allí?

—Deducción, clara y sencilla deducción —explicó, sonriendo, Hegan—. La cabeza me sirve para pensar, no para llevar el sombrero únicamente como a tantos otros.

—¡Mentira! —protestó Chick—. No es posible que supiera que vendría por aquí.

—Y, sin embargo, era lo que cualquiera hubiese esperado de un tipo tan terco, y testarudo como usted. En eso, amigo mío, se parece a su padre. Con treinta años menos, pero con el mismo afán de meter las narices en lo que no le importa.

—¡Deje en paz a mi padre! ¿Quién le dijo que venía para acá?

—Mi inteligencia. Uno tras otro iba viendo a todos los que tuvieron alguna relación con el teniente en sus últimos días. Ayer habló con Vic Mantle, Mike Rafols y Bugsy Ziefeld; hoy tuvo una amable charla con el inspector Boone. Supuse que sería el siguiente en su lista de visitas. Y no me he equivocado.

—¿Sabe, entonces, a lo que he venido?

—¡Naturalmente! Quería completar su trabajito, haciendo que yo redactase y firmara una declaración parecida a la de Boone. ¡Qué pena que las cosas no hayan salido como pensaba!

Hizo una pausa, como si esperase alguna respuesta o comentario de Chick, pero éste apenas si atendía a sus palabras, preocupado por encontrar manera de escapar de la difícil situación en que se encontraba. Por desgracia, no parecía existir ninguna. Tras quitarle la pistola, los tres forajidos le habían soltado, pero le vigilaban desde distintos sitios, sin perder de vista uno solo de sus movimientos.

—En honor a la verdad —continuó, con marcada ironía, el abogado—, he de reconocer que no ha estado muy lejos de tener éxito completo. Si llega a sorprenderme a solas, hubiera conseguido de mí lo que quisiera. Tengo verdadero terror a esos juguetitos; pensar que pueden apuntarme con uno, ya me hace estremecerme. Comprendo lo que le ocurrió al pobre Ray, porque yo también hubiese firmado lo que quisiera, con sólo sentir en la sien el frío del cañón de una pistola. Por desgracia para usted, estaban aquí estos amigos y no seré yo quien tenga que decir todo lo que sabe.

Parsons intentó entonces un pequeño truco. Saliendo de su mutismo, habló con rapidez y aparente serenidad. Se equivocaban sus enemigos si creían haber ganado la partida. Contra todo lo que pudieran suponer, no había venido solo. El

F. B. I.,

había tomado cartas en el asunto y estaba dispuesto a terminar con el «racket» de las apuestas y todos los forajidos complicados en él. Ahora mismo, la casa estaría siendo rodeada disimuladamente por sus compañeros, y antes de diez minutos...

—¡No pierda el tiempo, amiguito! —le interrumpió, irónico, Hegan, adivinando sus intenciones—. Ni conseguirá asustarnos ni que descuidemos un solo segundo su vigilancia.

—¡Allá usted si no me cree! Cuando vea aparecer a mis compañeros, tendrá que convencerse.

—Será usted quién se convenza sin tardanza de que no tiene salvación posible —contestó el abogado, que, acercándose a la puerta, indicó al supuesto empleado, que había aparecido en el umbral—: Di a Harry que venga.

El llamado Harry no se hizo esperar. Era un tipo de cincuenta años, bajo, rechoncho, de aspecto insignificante. Hegan le preguntó si había vigilado la llegada de Parsons y si le acompañaba alguien.

—Vino completamente solo, señor. Dejó el «taxi» en la esquina de West 75th Street y se acercó andando por la acera. Dudó un rato en entrar, observando con cuidado los alrededores. El «taxista» me dijo que había tomado el coche en Stuyvesant Square y que no iba nadie con él.

—«Okay», Harry. Vuelve a la calle y avisa si ves algo sospechoso.

Con aire satisfecho el abogado se volvió hacia Chick. Ya veía que mentir no le serviría de nada. Estaban enterados de todos sus pasos y no conseguiría engañarlos.

—Lo mejor es que tenga un poco de sentido común y me entregue la declaración de Boone.

—¿Para que me asesinen a continuación?

—¡Quién habla de asesinar, muchacho! Me limitaré a entregarle a la Policía. Ya sé que hay graves acusaciones contra usted. Pero, con un poco de suerte, puede escapar bien. Hasta es posible que yo le ayude. Soy un buen abogado y...

—Necesitará toda su habilidad para defenderse, Hegan, y es posible que no lo baste para librarse de la silla eléctrica. Ni a usted ni a quienes le acompañan.

—¡Toma, imbécil! Para que aprendas a amenazar...

Ziefeld, que se había contenido a duras penas hasta entonces, obedeciendo una muda indicación del abogado, no se nudo dominar por más tiempo. Chick recibió inesperadamente un patadón en la espalda, que lo hizo rodar de bruces por la alfombra. Bugsy hubiera querido seguir pegándole, pero Hegan se opuso:

—No, amigo, no; deja levantarse a míster Parsons. No habrá necesidad de esos procedimientos. Ya verás cómo es buen chico y nos entrega lo que le hemos pedido.

—¿La confesión de Boone?

—¡Claro! Y luego, en plan amistoso y cordial, nos dirá algunas cositas más. Le conviene hacerlo. Sabe que si se negase, no tendría más remedio que ponerlo en tus manos, y no creo que le convenga.

—¡Vamos a verlo! —repuso, no muy convencido, Bugsy—. ¡Vengan esos papeles, Parsons!

Chick no estaba dispuesto a entregarlos, aunque hubiese podido hacerlo, y no era éste el caso. Comprendió, sin embargo, que la confesión del inspector podía serle muy útil, sobre todo no llevándola encima. En el peor de los casos le serviría para ganar tiempo y hacer hablar a sus enemigos.

Al levantarse del suelo, ya tenía ultimado un plan de acción. Ante la exigencia de Ziefeld empezó a ponerlo en práctica. Mirando fijamente al abogado, afirmó que no entregaría la declaración a menos que se aceptasen sus condiciones.

—¿Tus condiciones? —exclamó Bugsy—. Pero ¿tan idiota eres que crees podérmolas imponer? Te quitaré los papeles y luego...

—Me los quitarías si los llevase encima —le interrumpió, con calma, Chick—; pero no los llevo.

—¡Registradle con todo cuidado! —ordenó Hegan, que había fruncido el ceño al escucharle.

Mientras dos de los forajidos le mantenían inmóvil, clavándole en la espalda los cañones de las pistolas, el tercero se dedicó a realizar un minucioso registro de la ropa y el cuerpo del agente especial. No sólo miró en los bolsillos, sino en el forro de la americana, en el pantalón y en los zapatos. Empleó quince minutos en aquella rebusca, pero al final hubieron de convencerse de que no llevaba encima la declaración de Boone.

—¿Dónde la tienes, cerdo? —chilló, colérico, Bugsy—. Si no lo dices en el acto, te agujereo la sesera.

—Ni lo diré mientras no aceptéis mis condiciones, ni tú dispararás.

—¿Que no? Y ¿quién me impide hacerlo?

—Tu propio instinto de conservación. Al matarme, firmarías tu sentencia de muerte.

Ziefeld se echó a reír burlonamente. ¿Creía que nadie iba a saber que era él quien le había liquidado? ¡Ni hablar! Aunque le matasen allí, su cadáver aparecería unas horas después en la cuneta de cualquier carretera.

—No me refería a mi asesinato, sino a otros que has cometido con anterioridad.

—Y eso, ¿qué tiene que ver con esto?

—Mucho. Si me matases, la confesión de Ray llegaría dentro de unas horas al

F. B. I.

Hay en ella mucho más de lo que él os ha dicho; lo suficiente para que vayas de cabeza a la silla eléctrica, y para que Vito Anastasia y Lewis Carl Hegan te acompañen en el viajecito.

Sus palabras le costaron una nueva patada y unos cuantos puñetazos, pero no sintió haberlas pronunciado, viendo que el abogado palidecía al escucharle. Indudablemente, Hegan temía que hubiese un fondo de verdad en sus afirmaciones; que Boone, impulsado por el miedo, se hubiese dedicado a acusar a todo el mundo, tratando de paliar su propia responsabilidad.

Necesitaba salir de dudas. Un cerebro primitivo como el de Ziefeld podía tranquilizarse pensando que todo era un embuste del agente especial. Pero él temía que tuviese un fundamento bastante más serio. Contuvo con un gesto enérgico a Bugsy y a los otros, que parecían dispuestos a terminar a golpes con Chick, y afirmó, dirigiéndose a su víctima:

—¿Qué dice esa declaración que pueda afectarnos a nosotros? Procure responder con la verdad. Si advierto que está mintiendo para ganar tiempo, sería mucho peor para usted.

—No necesito mentir para nada. He dicho y repito que con lo que Boone ha confesado hay suficiente para acabar con todos ustedes. ¿Quiere una prueba? Pues ahí va.

Contó en breves palabras cuánto Ray había dicho acerca de sus propias andanzas: del cheque sin provisión de fondos, de su entrega incondicional al sindicato, de la forma en que había ingresado en la Policía y de sus relaciones con Vito Anastasia y el «racket» de las apuestas. Aunque sus palabras produjeron profunda impresión en Hegan, se esforzó por disimularlo, interrumpiendo de pronto el relato de Chick, para preguntar, con aparente desdén:

—Y todo eso, ¿qué tiene que ver con nosotros?

—Mucho. Es, como le dije antes, una simple prueba. Si Ray ha confesado cosas que pueden determinar su expulsión fulminante de la Policía y su ingreso en prisión, ¿cree que se habrá callado las que afecten a otros?

—¿Qué ha dicho de mí? —pregunto, empezando a alarmarse, Ziefeld.

Parsons se lo dijo, corregido y aumentado. No sólo consignaba en su declaración que el propio Bugsy había reconocido, hablando

con él, que mató a Mike Rafols, sino que le señalaba como autor personal y directo de una larga serie de asesinatos «por contrato». No recordaba en aquel momento los nombres de sus víctimas, pero en la confesión aparecían con toda clase de detalles.

—Lo más grave de todo —añadió, tratando de sacar de mentira verdad— es el asesinato de mi padre.

—¿También ha dicho eso? —Se le escapó a Ziefeld, en un explícito reconocimiento de su intervención en el crimen.

Chick se estremeció de pies a cabeza al oírle. Tenía ante sus ojos, ya sin la menor sombra de duda, al asesino material de su padre. Experimentó un violento deseo de arrojarle sobre él y estrangularle entre sus manos, aunque le cosieran a balazos. Logró contenerse, acaso con el mayor esfuerzo de voluntad que hubo de realizar en todos los días de su vida. De hacer algo por el estilo, habría tiempo siempre. Ahora le convenía seguir hablando.

—¡Claro que lo dijo! Dio los nombres de los que intervinisteis en el crimen y de quien os pago: Vito Anastasia, naturalmente. El «boss» estaba un poco asustado por las investigaciones del teniente; sabía que una muchacha estaba a punto de decirle la verdad de lo ocurrido con Campbell...

—¡Ese cerdo! Cuando le vea, voy a dejarle el cuerpo como un colador...

—Lo cual sería una prueba definitiva contra ti. Porque en su declaración, Ray hace constar que teme que su confesión le cueste la vida, y te señala como seguro autor de su muerte, caso de ocurrirle cualquier desgracia.

Con gestos, maldiciones y amenazas expresó claramente Bugsy toda la indignación que sentía contra el inspector. Luego, concentrando su ira en quién tenía más cerca, tornó a pegar a Chick, exigiendo que le dijese dónde estaba aquella declaración comprometedora.

—Ya he dicho que no la entregaré antes de que aceptéis mis condiciones —repuso Parsons, aguantando con estoicismo la lluvia de golpes.

Nuevamente intervino el abogado para frenar la violencia de Ziefeld. Cuando lo consiguió, y no resultó muy fácil, se enfrentó con Parsons para hacerle unas cuantas preguntas. Hasta entonces, no había dicho una sola palabra respecto a él. ¿Es que no decía nada la

confesión del inspector?

—Más de lo que le convendría, Hegan. Expone con diáfana claridad su intervención en el «racket» de las apuestas, lo que Anastasia le paga y lo que piensa sacar de la última y gigantesca estafa.

El abogado se encogió, despectivo, de hombros. Aun admitiendo que fuese verdad lo que Parsons afirmaba, todo aquello resultaba demasiado vago para significar un peligro personal. Bugsy tenía motivos para sentirse alarmado; él, en cambio, nada tenía que temer.

—Se equivoca de medio a medio, amigo —repuso Chick—. Hay acusaciones mucho más graves y concretas. Entre ellas, el secuestro y, posiblemente, el asesinato de una mujer.

—¿De una mujer? —preguntó, tratando de fingir extrañeza, Hegan, aunque no logró disimular el temor que le dominaba—. ¿Qué mujer?

Parsons tuvo la seguridad de haber dado en el blanco con aquel disparo hecho un poco al azar. Como le había ocurrido momentos antes con Bugsy, ahora estaba en condiciones de obligar al abogado a reconocer una verdad altamente comprometedora para él.

—No disimule, Hegan. De sobra sabe que me refiero a Peggy Campbell...

—Ni sé quién es esa mujer ni he oído su nombre jamás.

—No mienta; no le serviría de nada. Boone me dijo que se proponían ir por ella a su oficina de First Avenue, para traerla aquí y asesinarla después, porque...

—¡Mentira! —gritó, perdida la calma, el abogado—. Boone no pudo decirlo, porque no lo sabía.

—Eso cree usted —repuso Chick—. ¿Cómo podría estar enterado yo, si no me lo hubiese dicho? Y ¿cómo podría decírmelo sin saberlo?

Hegan no supo qué contestar. Los argumentos de Parsons parecían tener una lógica irrefutable.

No comprendía cómo pudo enterarse Ray de lo que pensaba hacer, de acuerdo con Anastasia y Ziefeld; pero los hechos dejaban lugar a muy pocas dudas.

Fue Bugsy quien halló una posible explicación. Dirigiéndose al abogado, le indicó:

—¡No le crea, amigo! Estoy seguro de que no fue Boone quién se lo dijo.

—¿Quién, entonces?

—¡Peggy misma! No me creyeron anoche cuando indiqué que tuvo que ser ella quien le hablase de mí; ahora tendrán que convencerse. Esa perra está dolida por lo que hicimos con Ted y quiere hundirnos a todos.

—Pero ¿cómo y cuándo pudo decirle que yo la mandaba llamar?

—Desde la oficina, por teléfono. La perdimos de vista medio minuto; dijo que iba a lavarse las manos, pero seguramente...

Hegan encontró bastante verosímil la explicación de Ziefeld. Aquello sirvió para tranquilizarle un poco. De todas formas, le preocupaba que la confesión de Boone, con todo lo que pudiera contener, fuese a parar a manos del

F. B. I.

Si hablaba con claridad del «racket» de las apuestas —y podía hacerlo, porque estaba muy enterado—, la Policía federal encontraría motivos sobrados para intervenir. Y su intervención...

—¡No perdamos más tiempo! ¿Dónde está esa declaración?

—Se lo diré cuando acepte y cumpla mis condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Mi libertad inmediata, sin sufrir el menor daño, y la libertad de Peggy Campbell.

—¿Tanto le interesa esa mujer?

—¡Claro! —Se adelantó Bugsy a contestar—. Como que ha sido ella quien le dio el «chivatazo».

—Te equivocas, Ziefeld —replicó Chick—. Ni me ha dicho nada ni siquiera la conozco.

—Lo mismo dice ella, pero la verdad...

—No hay más verdad que ésa.

Hegan expresó con claridad su escepticismo. ¿Cómo, sin conocerla, se arriesgaba tanto por Peggy?

—Porque necesitaba que me dijese quién mató a mi padre.

—Y ¿si hubiera sido ella?

—No tendrían ustedes tanto miedo a que hablase.

El argumento parecía sólido y definitivo. El abogado no se mostraba nada inclinado a aceptar las imposiciones de Parsons, al que tenía en sus manos y confiaba en obligarle por la fuerza a hacer

lo que le interesase. Pero juzgó conveniente enfrentarle con la muchacha. Así podría aclarar si efectivamente se conocían, si era la chica quien le había dicho por teléfono que iba a casa de Hegan o si tenía que haber sido Boone el que hablase más de la cuenta. Dirigiéndose de nuevo al tipo que aguardaba en el saloncito, le ordenó:

—Di a Peter que traiga aquí a la chica. Y vosotros, vigiladme con cuidado a ése, mientras haga unas llamadas telefónicas.

Habló con dos números distintos. No le costó a Chick el menor trabajo deducir con quién hablaba. En pocas palabras, pero en tono enérgico, el abogado indicó a sus oyentes —Vito Anastasia y Ray Boone, indudablemente— la conveniencia de presentarse allí inmediatamente. El inspector debió poner algunas dificultades, porque Hegan replicó, irritado:

—¡Déjelo todo y venga! Ya le dije que tenemos aquí a nuestro «amigo». Si tarda en venir, seguramente tendrá que sentirlo.

Colgaba el auricular en el instante mismo en que el llamado Peter entraba en el despacho conduciendo a Peggy Campbell. Aunque ya había oído decir que era bonita, Chick experimentó una gran sorpresa al verla. Esperaba que la hermosura de la mujer fuera de un tipo explosivo, incitante; que la chica fuese una de tantas «wamps» que parecen complemento indispensable de los grandes señores del bajo mundo. Y Peggy no era nada de esto. De mediana estatura, bien proporcionada, vestida con sencillez, sin pintar apenas, era la antítesis de cuánto Parsons había esperado. Tenía el pelo de un rubio oscuro; los ojos, grandes y claros; la nariz, recta, y la boca, pequeña. Bella, indudablemente; pero de una belleza serena, recatada, suave y acariciante.

—Mira a quién tenemos aquí —la dijo Ziefeld—. ¿Qué dices ahora?

La mirada de la muchacha se clavó un instante en Chick. Advirtió, sin duda, las huellas dejadas en su rostro y en su traje por los puñetazos y las patadas de Bugsy. Posiblemente había sufrido un trato parecido, como lo probaba una extensa moradura que mostraba en el pómulo izquierdo. Acaso por ello, su mirada al otro detenido expresaba simpatía y compasión, ya que no afecto y cariño.

—¿Quién es este señor?

—¡No finjas, perra! —chilló, iracundo, Ziefeld, avanzando sobre ella con los puños en alto—. ¿Vas a decir que no le conoces, que no conoces a Chick Parsons?

Los ojos de la muchacha parecieron iluminarse por una luz interior al escuchar el nombre, pero no respondió una sola palabra. Fue Chick quien lo hizo, adelantándose a una nueva pregunta, a unos golpes, quizá, de Bugsy:

—¡Claro que no me conoce! Ya te dije que no nos habíamos visto nunca...

—¡No mienta! —protestó, acalorado, Hegan—. Si eso fuera verdad, ¿por qué iba a jugarse la vida viniendo hasta aquí en su busca?

—¿Hizo usted eso por mí? —inquirió la muchacha.

—Sí; la sabía en peligro y quise ayudarla, para que usted me ayudase.

—Y ¿en qué podía ayudarle yo?

—A dar con los asesinos de mi padre. Suponía que usted...

No pudo concluir la frase. A un gesto del abogado, Ziefeld y otro de los forajidos se le echaron encima, haciéndole callar a puñetazos y apartándole de la muchacha. Fue inútil que esbozara instintivamente un gesto de defensa. Si propinó a Bugsy un golpe, que le obligó a dar un pequeño traspiés, fue a cambio de recibir un culatazo, que le tiró medio atontado sobre la alfombra.

—¡Nada de habilidades, amigo! —indicó Hegan, como explicación de la violenta agresión de sus secuaces—. Les trajimos para ver si se conocían, no para que se pusieran de acuerdo entre sí.

La muchacha quiso decir algo, pero se lo impidió Peter, tapándole la boca con una de sus manazas. Parsons no se molestó en contestar; sabía que únicamente le serviría para recibir, sin necesidad, unos cuantos golpes más.

—¡Di de una vez dónde tienes esa condenada declaración! —le exigió, más amenazador a cada instante, Ziefeld.

—¿Aceptan mis condiciones? —inquirió Chick al incorporarse, mirando a Hegan y no a su interlocutor.

—No admito condiciones de ninguna clase —repuso el abogado—. Responda a lo que le han preguntado. Si vacila...

—¿Me matarán?

—Quizá. Pero antes pasará un mal rato. ¡Empieza con él,

Ziefeld!

Bugsy no necesitó que le repitieran la orden; un momento antes había aparecido en sus manos una porra de goma; ahora la descargó sobre la cabeza de Parsons. Furioso, Chick quiso lanzarse sobre él; entonces, otro de los forajidos le asestó un violento puñetazo en la nuca que le dejó casi inconsciente. Apenas si se enteró de lo que vino a continuación: porrazos, puñetazos, patadas. Rodó por el suelo y siguieron pegándole, hasta que perdió por completo el conocimiento.

—¡Canallas! ¡Bandidos! —chilló, indignada, Peggy, queriendo lanzarse en ayuda del caído.

—¡Sacúdela, Peter! ¡Que se calle!

Un puñetazo aplastó los labios de la muchacha, que, lejos de arredrarse, acometió a su agresor, clavándole las uñas en la cara. Irritado y brutal, Peter la golpeó de nuevo, hasta arrojarla medio destrozada sobre uno de los sillones, donde la joven quedó sollozante, tratando de limpiarse con un pañuelo la sangre, que le brotaba de boca y narices.

El lastimoso aspecto de Peggy fue lo primero que Chick vio al abrir de nuevo los ojos, recobrado el conocimiento merced a un cubo de agua que le echaron encima, sin preocuparse de no estropear la magnífica alfombra del despacho. Sintió centuplicado el odio que sentía contra aquel grupo de indeseables y, mientras se incorporaba, murmuró, mordiendo las palabras:

—¡Miserables! Os juro que...

Ziefeld le oyó y respondió con una patada, que le arrojó al suelo de nuevo. Pretendió continuar pegándole, pero Hegan se opuso.

—¡Déjale que se levante! Es posible que ahora lo haya pensado mejor.

Pero cuando Chick se incorporó y se encontró lo suficientemente repuesto para contestar a sus preguntas, el resultado fue diametralmente opuesto al esperado. No estaba dispuesto, en modo alguno, a entregar la confesión de Boone; no lo estuvo nunca, y ahora...

—Preferiría cien veces que me matasen a que pudiera escapar uno solo de vosotros. Sois una partida de forajidos que no merece nada mejor...

—¡Basta, jefe! Si continúa, le meto un balazo en la sesera...

Era Ziefeld quien, abandonando un momento sobre la mesa la porra que había esgrimido, recurría de nuevo a la pistola y parecía decidido a terminar de una vez con su adversario. Hegan tuvo que discutir un rato con él antes de hacerle desistir.

—De eso habrá tiempo siempre; antes conviene que hable. Por el procedimiento que sea, tiene que hablar. ¿Entendido?

—¡Pero si se empeña en callar...!

—Toda resistencia humana tiene un límite; la de Parsons; también. Acaso necesitemos horas enteras, pero acabará hablando. Tenemos tiempo de sobra y podemos intentar cualquier procedimiento. Sólo hace falta que no os ciegue la cólera y le matéis antes de tiempo. Sería hacerle un gran favor...

Peter se ofreció entonces. Afirmó que conocía métodos capaces de hacer hablar incluso a los mudos. Si dejaban de su cuenta a los dos presos, estaba seguro que en menos de una hora harían todo lo que se les mandase. Ziefeld seguía opinando que era mejor terminar cuanto antes.

—Liquidándoles de una vez nos evitamos complicaciones.

Los razonamientos del abogado le obligaron a transigir, ya que no le convencieron por entero. Si en cualquier caso el final era el mismo, acaso no resultara del todo desagradable martirizar a los detenidos, especialmente a Parsons, aunque sólo fuera por vengar el mal rato que les hizo pasar la noche anterior. Incluso se mostró dispuesto a dejar la dirección en manos de Peter, en quién reconocía una habilidad especial para atormentar a quienes no estaban en condiciones de defenderse.

—Vienen el «boss» y míster Boone —anunció en aquel instante el individuo a quien en un principio Chick había tomado por un empleado inofensivo.

—Perfectamente. Hazlos pasar aquí inmediatamente. Vosotros llevaos a éstos y empezad a «trabajarlos»: procurad que no alboroten mucho, porque tendremos que hablar.

Los cuatro forajidos se llevaron a empujones a Parsons y a la muchacha a una habitación inmediata. Ofrecía un violento contraste con el despacho, porque estaba totalmente desamueblada. ¿Para qué la utilizaría el abogado? Chick no tuvo demasiado tiempo de pensarlo, porque inmediatamente empezaron los palos.

Peter demostraba mucho mayor refinamiento y crueldad que sus

compañeros. Dejando a un lado por el momento a la muchacha, la emprendió con Parsons, al que previamente tuvo la precaución de atar manos y pies, para impedirle ninguna reacción violenta. Luego empezó a pegarle, utilizando la misma porra que había manejado Ziefeld, pero en forma muy distinta. Tenía buen cuidado de elegir los puntos más sensibles, aquéllos donde mayor dolor había de producir, sin hacer perder el conocimiento a su víctima. Aunque el agente se mordía los labios, para no dar a sus enemigos la satisfacción de oírle quejarse, no pudo dominar algunos alaridos.

—Parece que no te agrada, muchacho —comentaba, irónico, Peter—. Pues no es más que el comienzo. Aún te falta lo peor. Tú verás si te conviene hablar de una vez...

Pero lo poco que Chick podía decir —que posiblemente a aquellas horas la confesión de Boone estaría en manos de un inspector del

F. B. I.

— no sería creído por sus enemigos ni daría fin a la tortura. Para que le creyesen, sería necesario que hablase del capitán Raschi, lo cual pondría en grave peligro la vida de quién se había puesto a su lado, saltando por encima del cumplimiento de las órdenes recibidas, y Parsons estaba decidido a soportarlo todo antes.

Se desmayó de nuevo y le hicieron volver en sí por el sencillo procedimiento de echarle a la cabeza otro cubo de agua. Deseando ganar tiempo, Chick simuló durante un rato que seguía sin sentido.

—Mientras, podemos empezar con la chica...

No habían tenido la precaución de atarla, por juzgarlo innecesario. Peggy trató de defenderse, pero a los pocos segundos estaba acorralada contra la pared, sollozando dolorida bajo la lluvia de golpes. Parsons no pudo soportar el espectáculo:

—¡Dejadla en paz, canallas! No puede deciros dónde está lo que buscáis, porque no lo sabe.

—Pero tú sí y nos lo dirás —repuso Peter—. Va a reanudarse la función...

Del despacho inmediato les llegaba ruido de voces acaloradas. Ziefeld sintió curiosidad por lo que estaban discutiendo.

—Voy a ver lo que dicen. Llamadme cuando empiece a «cantar»...

En el despacho, Vito Anastasia, Ray Boone y Lewis Carl Hegan

discutían con vehemencia. El «boss» era partidario de liquidar sin tardanza a los dos detenidos; el abogado empezaba a inclinarse de su lado; sólo el inspector se oponía.

—Antes tenemos que recuperar lo que me hizo escribir. Con lo que me dictó hay suficiente para que todos pasemos un mal rato.

—¿No le dictó todo lo que puso? En ese caso, con decir la verdad, asunto resuelto. Una declaración arrancada ilegalmente, empleando la coacción, la amenaza y los golpes, carece de todo valor.

—Pero seguida de la muerte de Parsons adquirirá extraordinaria importancia. Figuraremos como sospechosos todos los que aparecemos en ella y...

—No hay cuidado —le interrumpió, sonriente, Vito—. Prepararemos una buena coartada y nadie podrá probarnos nada.

Aunque acobardado, Boone insistió en su punto de vista. Tenía un miedo cerval a que la confesión llegase a manos de quien le exigiera cuentas estrechas de su conducta. Impulsado por el pánico, había estampado en ella cosas ciertas, cuya comprobación sería relativamente fácil. Todo pudo resolverse si hubiesen cogido a Chick con la declaración encima. Así...

—Hay que recuperarla, porque si no...

Ziefeld saltó entonces, indignado y violento. Toda la culpa había sido del inspector. Más que una ayuda, se había convertido en un estorbo. ¿No estaría jugando con dos barajas?

—Me parece que tampoco perderíamos nada con liquidarle.

Boone se estremeció al escucharle; aunque Anastasia y Hegan mostraron una aparente disconformidad con el parecer de Bugsy, no podía fiarse demasiado. Cabía que en el fondo estuvieran de acuerdo, y entonces...

A interrumpir la charla vino una llamada telefónica. Guardaron todos silencio, mientras Hegan descolgaba el auricular.

—Es para usted, Ray. Lllaman de Centro Street. El capitán Raschi dice que tiene que darle un recado urgente.

Boone arrugó el ceño. ¿Cómo sabía el capitán que estaba allí? No recordaba haber dicho a nadie dónde pensaba dirigirse. En cualquier caso, era conveniente hablar con Raschi y saber lo que sucedía.

—¡«Hello», capitán! ¿Quiere decirme qué le ocurre y por qué me

llama aquí?

Con gran sorpresa por su parte, no fue la voz de Raschi la que le respondió, sino otra, que recordó haber oído a primera hora de la mañana en una conferencia con Washington. Y lo que ahora le dijo no tuvo nada de agradable:

—Escúcheme con atención, Boone, y tenga muy en cuenta mis palabras. Soy el inspector Frederick Webster, del Federal Bureau of Investigation. Hace media hora que hemos sido autorizados oficialmente para intervenir en el asunto del «racket» de las apuestas. Todas las investigaciones han de ser dirigidas por mí a partir de este momento. ¿Entendido?

Ray contestó con un sí apagado, en tanto que sentía que la tierra empezaba a faltarle bajo los pies. La impresión de hundimiento se acentuó con lo que Webster le dijo a continuación:

—Acabo de leer su confesión, Boone. ¿Qué le ha sido arrancada a la fuerza? Lo creo. ¿Que carece de entera validez ante un Tribunal? Es posible; pero proporciona datos y detalles suficientes para meterle en la cárcel, y usted lo sabe. En cambio, probablemente no se ha dado cuenta de que si algo le sucediera a Chick Parsons podría costarle a usted una sentencia de muerte.

Sacando fuerzas de flaqueza, Ray protestó, acalorado. La pretendida concesión era una sarta de estupideces, falsedades y calumnias, que hubo de escribir bajo la amenaza de una pistola. Nadie podía tomarla como base para dudar de su honradez. Pero todavía era más incomprensible que pretendieran hacerle responsable de lo que pudiera sucederle a Parsons. No le había vuelto a ver desde su borrascosa entrevista de White Street y no sabía dónde podía encontrarse.

—Pues se lo diré yo, Boone —le interrumpió, con acritud, Webster—. Está ahí, en esa misma casa. Por lo menos, lo estaba hace un rato. Como estaba una muchacha llamada Peggy Campbell.

—¡Falso! —chilló, nervioso y trémulo, Ray—. Aquí no está más que mister Hegan, un ciudadano por encima de toda sospecha, un conocido hombre de leyes...

—Hechura y cómplice de Vito Anastasia. ¡No pretenda engañarme, Boone! Sólo servirá para hacer más difícil su situación. Debe comprender que ha perdido y procurar aminorar el peso de sus culpas. En cuanto a Parsons...

—¡Le juro que no está aquí!

—¡Basta! Sé que está ahí. Voy a salir inmediatamente hacia Ámsterdam Avenue. Espéreme. Y procure que nada le suceda a Parsons. Si algo le ocurriese...

—¿Qué?

—No se lo perdonaría. Es uno de nuestros mejores agentes. Recuerde que el

F. B. I.,

no deja impune la muerte de ninguno de los suyos. Su cabeza, Boone, me responde de la de Chick. ¡La suya y la de todos los que le rodean!...

VI

BILLETE PARA LA ETERNIDAD



UANDO Ray Boone colgó el auricular, parecía haber envejecido veinte años en el espacio de cinco minutos. Estaba pálido, sudoroso, temblando de pies a cabeza, y su expresión reflejaba un completo hundimiento. Con voz entrecortada respondió a las preguntas apremiantes de sus acompañantes, contándoles su conversación con el inspector Webster. Al final, con terrible desaliento, afirmó:

—Estamos perdidos; definitivamente perdidos...

—Todavía no —replicó Hegan—. En llegar aquí tardarán, por lo menos, veinte minutos. Nos sobra tiempo para arreglar las cosas, si no perdemos la cabeza y procedemos con un poco de inteligencia.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Ziefeld—. ¿Sacar los «cacharros» y sacudirles cuando se presenten, o largarnos antes?

—Lo mejor es quitarnos de en medio —afirmó Vito—. Podemos

estar ocultos un par de días, a ver cómo van las cosas; luego, si se ponen feas, marcharnos al Canadá o a Méjico.

Pero Hegan tenía un plan mucho mejor. Con frialdad absoluta, había examinado rápidamente la situación y encontrado lo que más convenía en aquel instante. Webster sospechaba que Parsons y la muchacha estaban allí; pero sospechar es una cosa, y probar, otra muy distinta. En su charla telefónica, Boone lo había negado enérgicamente; debía persistir en su negativa cuantas veces se lo preguntasen.

—Pero si los encuentran aquí...

—No los encontrarán, porque os los llevaréis ahora mismo. Tú, Ziefeld: te encargarás de sacarlos por la parte de atrás. En el ascensor no los verá nadie; en el coche, tampoco. Luego...

Bugsy inclinó repetidas veces la cabeza, en gesto de asentimiento. Para su exclusivo servicio, el abogado tenía un ascensor, que conducía directamente al garaje. Su construcción le había costado unos millares de dólares, pero era el dinero que mejor había empleado en su vida. No sólo por la comodidad que para él, personalmente, podía representar, sino por lo útil que resultaba para algunos de sus clientes, que a veces tenían que ir hasta allí o escapar de su despacho, burlando la vigilancia policíaca o la de cualquier «gang» rival. Ziefeld se había valido en varias ocasiones del ascensor. Abajo, en el garaje, estaba un coche preparado, un chofer de absoluta confianza y una puerta de salida a West 77th Street, a espaldas de Ámsterdam Avenue.

—¿Y nosotros? —preguntó, inquieto y desasosegado Boone.

—Usted se queda aquí, conmigo. Cuando lleguen, les recibiremos con amabilidad, enseñándoles toda la casa y demostrándoles con ello que están completamente equivocados.

—¿Y si alguien ha visto entrar a Parsons o a la muchacha?

—No hay cuidado. A la chica, la subieron desde el garaje en mi ascensor; el otro tomó toda clase de precauciones, para no ser visto. Lo consiguió, sin sospechar siquiera que eso podía resultarle fatal.

Ni aun así parecía muy satisfecho Boone. Se sabía descubierto y temía lo peor. Por un lado, sentía deseos de oponerse a la inmolación estúpida y brutal de Chick; por otro, un ansia frenética de escapar de allí.

—Escapar ahora sería una confesión explícita de culpabilidad.

Dejar aquí a esa pareja o no liquidarla antes de que puedan hablar, equivaldría a un suicidio. Usted y yo nos quedaremos; los demás se largarán con Parsons y la chica, a los que eliminarán esta noche o mañana.

Ray saltó, angustiado, recordando las últimas palabras del inspector Webster. Su cabeza, la cabeza de cuantos se encontraban en la casa, respondían de la vida del agente especial.

—¡Bah! Eso no pasa de ser una frase —repuso el abogado—. Webster tiene que atenerse estrictamente a la ley y no puede hacer nada sin pruebas plenas. Mientras no las tenga, y no las tendrá nunca, habrá de limitarse a hablar.

Mientras charlaba daba instrucciones, para poner todas las cosas en orden. Un sillón taparía la parte de la alfombra que resultó mojada, cuando echaron un cubo de agua sobre Parsons para hacerle volver en sí; las puertas se cerrarían luego de la marcha de los forajidos conduciendo a los secuestrados; Samuelson, el supuesto empleado de aire inofensivo —que gozaba de la inapreciable ventaja de no estar fichado por la Policía—, continuaría en el antedespacho; dentro seguirían hablando, en plan amistoso, Boone y él.

—Vino a advertirme de que ese loco de Chick le había dictado y obligado a escribir una serie de disparates sobre mí. Yo, naturalmente, negaré que haya en ellos un ápice de verdad.

Ray no tenía que preocuparse por nada. Parsons y la chica desaparecerían sin dejar rastro. Los cargos que pudieran deducirse contra él de su obligada confesión, sería fácil desvirtuarlos, al no encontrarse una sola prueba en qué apoyarlos y no admitir los tribunales ninguna declaración arrancada a la fuerza.

—El cheque no aparecerá, naturalmente; si preguntan al Banco, recibirán una respuesta negativa. ¿Qué le puede ocurrir? ¡Nada! Lo peor, y como máximo, que le pidan su dimisión. Pero sabe que recibiría suficientes compensaciones.

Vito Anastasia, a quien agradaba la solución esbozada por Hegan, entre otras razones por la fundamental de que personalmente se quitaría de en medio sin tener que hacer frente a un interrogatorio, siempre peligroso, de la Policía federal, se apresuró a dar toda clase de seguridades a Boone.

—Apueste que estaremos apoyándole. Y al final, pase lo que

pase, cuente con cincuenta de los grandes. ¿Entendido?

Sin esperar al final de la charla, Bugsy Ziefeld había entrado en acción. Corrió a la habitación inmediata, para avisar a Peters y a los otros forajidos de que los presos iban a ser trasladados inmediatamente. Ligeramente esperanzada al oírle, Peggy inquirió:

—¿Es que aceptan las condiciones de míster Parsons? ¿Que nos dejan en libertad?

Brutal y sincero, el «killer» respondió con la verdad:

—¡No sueñes, dulzura! Al venir aquí, tanto tú como ése sacasteis billete para la eternidad. ¡Y seguro que no perdéis el viajecito!

Uno de los bandidos empujaban ya a la muchacha hacia la puerta del despacho; otro borraba precipitadamente las pocas huellas dejadas por los malos tratos dados a los detenidos; el tercero quería cargar con el agente especial, que fingía estar medio atontado por los golpes, pero pesaba demasiado para él.

—Despiértale y desátale. Es preferible que vaya por su pie.

—¿Y si trata de escapar?

—¡Ni con alas! Llevamos los «cacharros» en la mano y al menor movimiento...

Soltaron a Chick, que parecía no tener apenas fuerzas para dar un paso. En realidad, aunque los golpes recibidos le habían quebrantado bastante, conservaba muchas más energías de las que sospechaban sus enemigos. Viendo que se recostaba en la pared con gesto de absoluto agotamiento, Bugsy indicó a Peter:

—Ayúdale a llegar hasta el ascensor. Por su pie no llegaría nunca...

Peter pasó uno de los brazos de Parsons por encima de sus hombros y, casi en vilo, lo sacó hasta el despacho. Delante iba Peggy, sujeta por otro de los forajidos. Cerrando el grupo, Ziefeld, siempre con la pistola en la mano.

Boone se estremeció al advertir que Chick le miraba con un gesto de profundo desprecio. Todavía le hizo mayor efecto oírle exclamar, en tono despectivo:

—¡Buena compañía para un inspector de Policía! Tan buena, que...

—¡Silencio, cerdo! —le interrumpió Peter, asestándole un violento codazo en la boca del estómago.

Parsons simuló que el golpe le había producido un efecto

demoledor y, soltándose del forajido, se dejó caer al suelo. Ziefeld chilló, irritado:

—¡Levántale de prisa! No podemos perder tiempo.

Casi al mismo tiempo, Samuelson asomaba la cabeza para indicar que acababa de ver unos tipos sospechosos ocupando posiciones en Ámsterdam Avenue, frente por frente al edificio.

—¡Vámonos cuanto antes!

Sonó, una vez más, el timbre del teléfono. Todos, un poco instintivamente, esperaron a ver quién llamaba. Hegan, que cogió el auricular, oyó una voz enérgica y dura, que le advertía:

—Soy el inspector Webster. Le aconsejo que no haga tonterías. Tengo rodeada la casa, y si intentan escapar, tendrán que sentirlo.

Cortó la comunicación sin esperar la respuesta. Vito Anastasia procuró tranquilizar a sus secuaces:

—Se trata de un «bluff». Siempre podremos escapar por West 77th Street.

Pero todos, incluso el «boss» se hallaban nerviosos y desconcertados. A aumentar su desconcierto vino uno de los forajidos, que se había llegado hasta el ascensor del garaje, diciendo que no funcionaba. Había intentado hacerlo subir oprimiendo todos los botones, sin conseguir nada.

—¡Cuidado, amigos! —gritó Bill, alterado, irrumpiendo en aquel instante en el despacho—. ¡La «bofia»! Tiene rodeada la manzana y diez o doce suben ya por la escalera. Vine corriendo para advertiros...

Sus palabras produjeron el efecto de una bomba. Hegan corrió a la ventana y lo que vio confirmó sus peores temores. Un grupo de agentes, provistos de armas automáticas, vigilaba desde la acera; en la terraza de la casa de enfrente, varios más tomaban posiciones.

—¡Nada que hacer! —murmuró, desalentado, Boone—. Lo mejor será entregarnos sin hacer resistencia...

—¡Ni pensarlo! —protestó, airado, Ziefeld—. No quiero que me «tuesten». Antes de eso...

—Tendremos que abrirnos paso a balazos —añadió Peter.

—¡Seguro! —afirmó Vito, que en el momento crítico volvía a ser el «boss» sanguinario y cruel—. Nos lanzaremos sobre ellos vomitando plomo y romperemos el cordón.

—¿Y éstos? —inquirió Hegan, refiriéndose a la muchacha y a

Parsons.

—Liquidarlos. Sólo nos servirían de estorbo.

Ray Boone fue el único en discrepar. Lo hacía por dos razones. La primera, porque el asesinato de ambos haría inevitable una sentencia de muerte, caso de ser detenidos.

—No nos detendrán si no continuamos cruzados de brazos —gruñó, sordamente, Bugsy.

Sin hacer caso de su interrupción, Ray expuso la segunda razón, la de más fuerza. Podían obligar al agente especial y a la chica a que fuesen delante de ellos, sirviéndoles de parapeto movable contra los balazos de la Policía.

—¡Fuera caretas! —gritó, irritado Bugsy—. Lo que tú quieres es salvarlos. Eres un traidor, pero no te saldrás con la tuya. Voy a cargarme a estos tipos y luego...

—¡Espere, Ziefeld! Lo que yo digo...

—¡Toma, imbécil! Contigo no acabaríamos nunca...

Fuera de sí, impulsado por su sed de sangre, Bugsy hizo fuego contra Boone. Ray recibió los balazos en el pecho y el vientre. Se contrajo su rostro en una expresión de dolor, se le doblaron las piernas y cayó hacia adelante, quedando de bruces sobre la alfombra.

Chick comprendió que había llegado el momento de jugárselo todo a una sola carta. Tras el inspector, iría él. Enfrentándose violentamente con los forajidos, todos los cuales tenían ya las pistolas en la mano, tenía un máximo de probabilidades de ser cosido a balazos; pero si se cruzaba de brazos, era inevitable un final idéntico. Valía más, en cualquier caso, caer luchando, llevándose por delante a cualquiera de aquellos miserables.

Sin saber cómo, Peter se sintió levantado repentinamente del suelo; una décima de segundo después iba por los aires, para chocar violentamente con el grupo formado por Hegan, Bill, Samuelson y otro de los forajidos, rodando todos por el suelo en confuso montón.

Parsons no se entretuvo en mirarlos. Había alguien a quien odiaba más que a nadie en el mundo; sabía que rodeado de enemigos no viviría muchos minutos; pero deseaba tener el tiempo preciso para acabar con aquel miserable, con el autor de tantos «contratos de asesinato», con el «killer» que mató a su padre, con Bugsy Ziefeld. Apenas se hubo desprendido de Peter saltó sobre él.

—De todas formas, te mataré.

Bugsy había adivinado sus intenciones y trataba de anticipársele disparando. Chick sintió una dolorosa quemazón en la cadera izquierda, pero no se detuvo por ello. Llegó a la altura de Ziefeld, le cogió del brazo y se lo retorció con todas las fuerzas de la desesperación hasta hacerle soltar la pistola. Su adversario replicó con un puñetazo a la cara y un rodillazo al estómago.

Siguieron segundos de terrible confusión. Todos los presentes chillaban a un tiempo; Hegan y Anastasia gritaban órdenes que nadie escuchaba ni se cuidaba de cumplir; alguno de los forajidos corría hacia la escalera sin preocuparse de los demás; otros no sabían contra quién emplear las armas que tenían en la mano.

Mientras, Chick y Bugsy estaban enzarzados en una pelea silenciosa y brutal. Parsons recibió un cabezazo que le partió una ceja, haciendo que las gotas de sangre que brotaban de la herida le impidiesen abrir los ojos. Ziefeld, en cambio, supo de los efectos devastadores de varios golpes de «jiu», asestados con terrible violencia por el agente especial. Los dos hombres, estrechamente enlazados, rodaron por el suelo. Un momento el forajido estuvo encima, cerradas sus manos en torno al cuello de Chick, que sintió que el aire le faltaba en los pulmones. Al siguiente, Bugsy salía despedido a tres pasos de distancia de un violento puntapié.

Pero su enemigo se le venía encima. Embestía como un toro, con la cabeza agachada, decidido a dejar fuera de combate a su enemigo de un golpe en el bajo vientre. Parsons trató de burlar la acometida, pero no había acabado de incorporarse aún y no pudo hurtar el cuerpo. Se vino de nuevo a tierra y Ziefeld, llevado de su impulso, cayó también. Se incorporaron los dos estrechamente enlazados. De pronto, resonó un disparo y un grito de agonía.

Con asombro sin límites advirtió Parsons que Bugsy se derrumbaba pesadamente, mientras un hilillo de sangre salía de entre sus labios. Miró sorprendido en torno suyo. No le fue difícil entonces comprender lo sucedido. Sobreponiéndose a la confusión reinante, Vito Anastasia había disparado, queriendo terminar con el agente especial. ¿Cómo le falló la puntería a tan corta distancia? La explicación estaba a la vista de Chick, y se llamaba Peggy Campbell.

Cuando Vito apretó el gatillo, la muchacha se lanzó sobre él. Anastasia era un tipo corpulento que manejaba un arma mortífera;

ella, una mujer debilitada por los golpes recibidos. En la lucha llevaría todas las de perder; pero ni aún así vaciló al comprender el grave peligro que corría Parsons. No consiguió arrebatarse al «boss» la pistola, ni siquiera impedirle disparar. Pero sí desviar su disparo, haciendo que la bala destinada al agente, penetrara en el costado izquierdo del forajido, partiéndole el corazón.

—¡Maldita perra! Voy a enseñarte a ti...

Tras apartar a la chica de un violento empujón, comenzó a tirar sobre ella. Tuvo la seguridad de alcanzarla con el primer disparo, al ver que Peggy caía al suelo; aún así pretendió continuar haciendo fuego. Hubo, no obstante, algo que se lo impidió. Con movimiento rápido, ansiando salvar a la joven que acababa de jugárselo todo por ayudarle, Chick se agachó para recoger el arma perdida por Ziefeld y estaba disparando antes de incorporarse de nuevo.

Vito Anastasia lanzó un alarido al sentir que una onza de plomo le atravesaba el hombro izquierdo, en tanto que otra le tronchaba el brazo derecho un poco por encima del codo. La pistola se le escapó de entre las manos, le dominó un terror pánico y sin pensarlo dos veces echó a correr, atravesando el vestíbulo y tratando de ganar la escalera de servicio. Poco amigo de estar donde los disparos pudieran alcanzarle, Hegan le siguió a toda velocidad. Pero allí quedaban aún Peter, Bill, Samuelson y otros dos forajidos.

Parsons se enfrentó con ellos sin vacilaciones, tirando con rapidez, ansioso de librar al mundo de aquella serle de indeseables. Pero en la desigual pelea no tenía posibilidad alguna de vencer. Logró abatir a uno de sus enemigos; en cambio, sus adversarios consiguieron meterle unos cuantos balazos entre pecho y espalda.

—¡Vámonos! —apremió Peter a sus compañeros—. Ese tipo ya tiene bastante.

—Voy a asegurarle, por si acaso —gruñó Bill, avanzando hacia el punto en que Chick había caído.

Parsons comprendía el intento del forajido: asestarle el tiro de gracia. Por desgracia, aunque conserva plena lucidez, estaba demasiado débil para poder soñar con defenderse. Bill podría rematarle con absoluta impunidad.

Sin embargo, resonó un disparo y no fue Bill quien lo hizo, sino quien lo recibió. Desde el suelo, Chick le vio abrir los brazos en gesto trágico, girar sobre sus talones, dar un par de traspiés

vacilantes y derrumbarse a plomo, muerto antes de llegar al suelo. Miró entonces hacia el punto de donde había partido el disparo. Peggy, con la blusa empapada en sangre, se mantenía difícilmente en pie, pero había tenido la energía precisa para recoger y manejar el arma perdida por Anastasia.

Un instante pensó Chick que no le serviría de nada. Los otros forajidos le rematarían a él y terminarían con la muchacha. Pero cuando miró hacia la puerta, advirtió que no había nadie. Los pistoleros habían huido por el mismo camino de sus jefes.

Segundos después se oían disparos lejanos y voces, intimidando la rendición. Con paso inseguro, Peggy llegó a donde se encontraba Parsons y se inclinó sobre él. Con voz apagada, la muchacha murmuró:

—Era lo menos que podía hacer..., ¡por ti, que lo arriesgaste todo para salvarme, aun temiendo que fuese igual que ellos!

Estaba tan cerca la boca de la muchacha, que Chick apenas tuvo que moverse para besarla. Le sorprendió haberlo hecho y le pareció un sueño que la muchacha no apartase la cara. Creyó seguir soñando tres segundos después cuando oyó pasos en la habitación inmediata y entrevió confusamente las figuras del inspector Webster y el capitán Raschi. Le hubiese gustado poder comprobar que no estaba viendo visiones, pero las fuerzas le abandonaron de pronto, se le cerraron los ojos y cayó en plena inconsciencia.

Durante mucho tiempo permaneció hundido en las tinieblas, al margen de cuanto le rodeaba. Sólo muy de tarde en tarde, parecía recuperar el conocimiento y abría momentáneamente los ojos. Volvía a cerrarlos siempre y se hundía de nuevo en la inconsciencia con la seguridad de continuar soñando. Porque siempre, siempre, inclinado sobre él veía el rostro de Peggy Campbell, y en alguna ocasión llegó a creer sentir sus besos.

Pero cuando al cabo de un mes largo recuperó por entero el conocimiento, comprendió que los sueños tenían una base real. Peggy estaba a su lado, cogiéndole de las manos, cuidándole con solícito afán. Y así había estado día y noche durante varias semanas, sin apartarse un segundo de su lado, despreocupada por entero de su propia herida, que, afortunadamente, no había sido más que un rasguño.

Todo esto no lo supo Chick en el primer momento, sino en el

transcurso de varios días y de labios de distintas personas, especialmente del capitán Raschi y del inspector Webster. Aunque este último habló de asuntos del servicio más que de temas personales.

—Ha realizado usted un soberbio trabajo, Parsons. Tan espléndido que merece la felicitación entusiasta y cordial de los jefes. Gracias a su testarudez y al afán de vengar a su padre, que le hizo pasar por encima de todas las prohibiciones, ha hecho una magnífica obra de justicia, terminando con una gigantesca organización criminal.

Los delitos perpetrados por el Sindicato que acaudillaba Vito Anastasia se salían de la órbita local para entrar en la nacional. Estaba, pues, plenamente justificada la intervención de las autoridades federales. Afortunadamente, y merced al heroísmo de uno de sus agentes, el

F. B. I.,

se lo encontró casi todo hecho cuando decidió tomar cartas en el asunto.

—Vito Anastasia, Hegan, Peter y una larga serie de malhechores están en la cárcel, esperando una sentencia que, en el mejor de los casos, significará muchos años de cárcel para cada uno. El «racket» de las apuestas ha desaparecido. Acaso sea la mejor manera de vengar a su padre: haber conseguido eliminar esta ponzoña, combatiendo la cual encontró él una muerte heroica.

Respecto a su llegada al edificio de Ámsterdam Avenue había poco que explicar. Al ser recibido en el aeródromo por el capitán Raschi, oír sus manifestaciones y leer la confesión suscrita por el inspector Boone, marchó a Centre Street para interrogar a Ray. Al no encontrarle, conferenció con Washington, dando cuenta de lo que sucedía y recibiendo autorización para tomar en sus manos el asunto.

Raschi le indicó el punto a dónde Chick se había dirigido. Webster tuvo la corazonada de que Boone estaba allí y no se equivocó. Hizo que el capitán le llamase para que no recelara nada, y cuando se puso al teléfono, le habló con claridad y energía. Las débiles negativas del inspector sirvieron para confirmar sus presentimientos. Fueron a la casa de Hegan dispuestos a todo, rodeando el edificio, y cuando entraron pudieron detener a los que

huían, no sin vencer una breve pero enconada resistencia.

Ed Raschi, en cambio, apenas si habló a Chick de otra cosa que de asuntos personales. Podía tener la seguridad de haber vengado a su padre. Estaba probado que fue Bugsy Ziefeld quien le asesinó por indicación de Vito Anastasia. ¿Qué papel había jugado Peggy Campbell en aquel asunto? Prácticamente, ninguno. Estaba dolida por la muerte de Ted —que suponía un asesinato— y quería ayudar al teniente Parsons a descubrir a los autores. Cuando el teniente salía de hablar con ella, Ziefeld, que le había ido siguiendo, terminó con su vida.

—Bugsy creía que la chica estaba enterada de todo, cuando en realidad apenas sabía nada, y cometió la torpeza de amenazarla el día mismo que tú le hiciste matar a Mike Rafols. La amenaza no la hizo demasiado efecto, porque sólo pensaba en dar con los asesinos, de Ted.

—Ted era su marido, naturalmente.

—¡Ni hablar, muchacho! Ted era su hermano. Por suerte para ti, entre los dos hermanos hay un verdadero abismo.

—¿Por qué suerte para mí?

—Porque la quieres tanto como ella te quiere a ti. Es un caso increíble de amor a primera vista; pero no he conocido otras personas que estén más enamoradas que vosotros dos.

Chick arrugó el ceño al escucharle. ¿Cómo podía decir con tanta seguridad algo que él mismo ignoraba? Sonriente, el capitán dio la explicación. Durante sus horas de delirio —y había pasado muchas durante las últimas semanas—. Parsons no hacía otra cosa que llamar a Peggy. Por su parte, la joven no se apartaba un instante de su lado, mirándole con expresión de arrobamiento.

—Si eso no es amor, no sé lo que pueda ser.

Peggy se lo merecía todo. A diferencia de su hermano, al que apenas veía y a quien inútilmente había tratado de llevar al buen camino, su vida era de una intachable honradez. Llevaba años trabajando en la misma empresa, y cuántos la conocían sólo tenían elogios para ella.

—Espero que la hagas muy feliz; y que Peggy te lo haga a ti.

Unas horas después, tras una larga charla con la muchacha, interrumpida a veces por un beso apasionado, Chick empezó a conocer la felicidad. De pronto advirtió que Peggy parecía

abstraída, en tanto una sonrisa revoloteaba por sus labios. Quiso saber en qué pensaba.

—¿Te acuerdas de lo que nos dijo Ziefeld? Afirmó que al ir a Ámsterdam Avenue habíamos sacado billete para la eternidad. Creo que sufrió una pequeña equivocación. En vez de eternidad, debió decir cielo... ¡Bueno; por lo menos, eso me parece a mí!

FIN

APARECERA

PROEZAS

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL *de los* EXITOS!

sabía que los lectores anhelaban otra clase de novelas que hiciesen pareja, por su calidad, interés y originalidad, con las de la soberbia

Colección F. B. I.

Y para complacer al público, harto de leer otras series de baja categoría, EDITORIAL ROLLAN, tras un profundo estudio y después de una selección cuidadosa de temas y autores, lanza al mercado una NUEVA COLECCIÓN, que no tiene rival (a excepción del F. B. I.) porque marca un género desconocido hasta ahora:

PROEZAS

Esta Colección refleja, como su título indica, las emocionantes proezas de hombres audaces en lucha mortal contra la Adversidad, acuciados por los peligros del mundo actual, en ambientes exóticos y donde las pasiones son tan fuertes que conmueven hasta las raíces del ser humano.

Los más famosos escritores internacionales colaborarán en esta novísima Colección (cuyo precio es solamente de CINCO PESETAS), y buena prueba de ello es que

ALF MANZ

el inolvidable autor de tantas y tan geniales obras, ha escrito el primer número, una novela incomparable, titulada

LA JUNGLA EN ARMAS

♦ ♦

HOMBRES MUJERES Y JOVENES LEERAN

PROEZAS

¡LA NOVELA DE TODOS Y PARA TODOS!

5 Pesetas.

